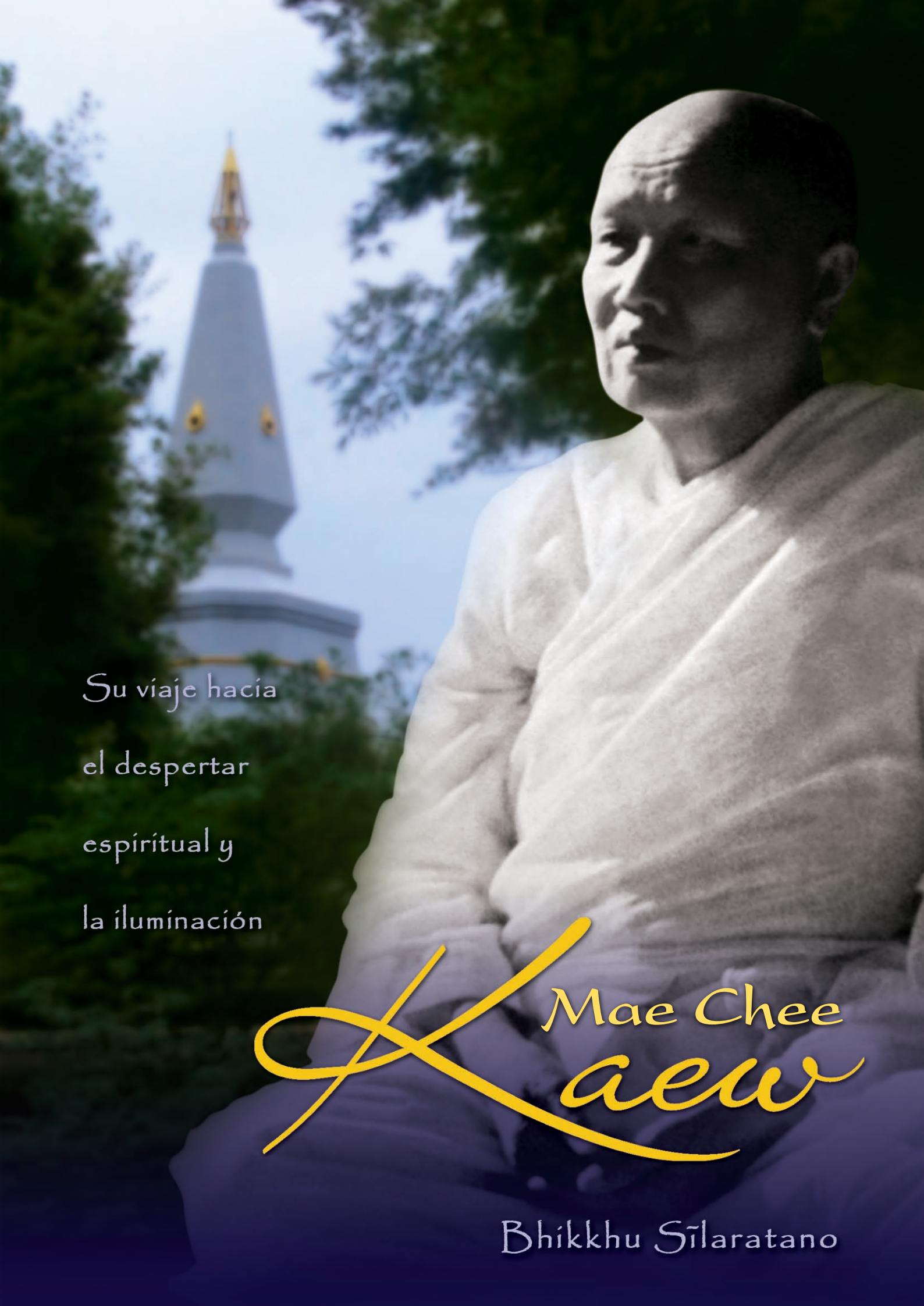

Su viaje hacia
el despertar
espiritual y
la iluminación
Mae Chee
Kaew
Bhikkhu Sīlaratano

Mae Chee Kaew

Su viaje hacia el despertar espiritual y la iluminación

Compilado de fuentes tailandesas y escrito

por Bhikkhu Sīlaratano

"El Regalo del Dhamma es Superior a Todos los Demás Regalos."

— El Señor Buddha

Publicado por Forest Dhamma Publication en 2009 Reservados los derechos comerciales a Bhikkhu Dick Sīlaratano

El Dhamma no debería ser vendido como mercancía en el mercado. Está permitido reproducir esta publicación de cualquier manera con el objetivo de distribuirlo de forma gratuita, como regalo del Dhamma. No hace falta preguntar por permiso. Está estrictamente prohibida su reproducción para la venta comercial.

Diseño de la cubierta y del interior del original en inglés por Melita Halim.

ISBN 978-611-90205-0-4

Imprimido en Tailandia por: Silpa Siam Packaging and Printing Co., Ltd

silpa@ksc.th.com

Publicado por:

Forest Dhamma Books
Baan Taad Forest Monastery
Udon Thani 41000,
Tailandia

fdbooks@gmail.com

Mae Chee Kaew (1901 - 1991)

Prefacio

Introducción

Primera Parte Bendición

- Perlas de Labradorita
- Espíritu Guerrero sin Miedo
- Bendición de Una Vida
- El Bosque de Moreras
- Sumida en Trabajo Sin Fin
- Pequeña Kaew

Segunda Parte Renuncia

- Dejándolo todo atrás
- La recuperación del tesoro perdido
- Revolviendo un avispero
- Simplemente ir a buscar agua
- A través de la Puerta de Acceso
- El Jabalí
- Los espíritus de la Montaña
- La Cueva de Nok Kraba
- Las deficiencias del Espíritu
- Contemplación del cuerpo
- La monja buddhista ideal
- Peregrinación

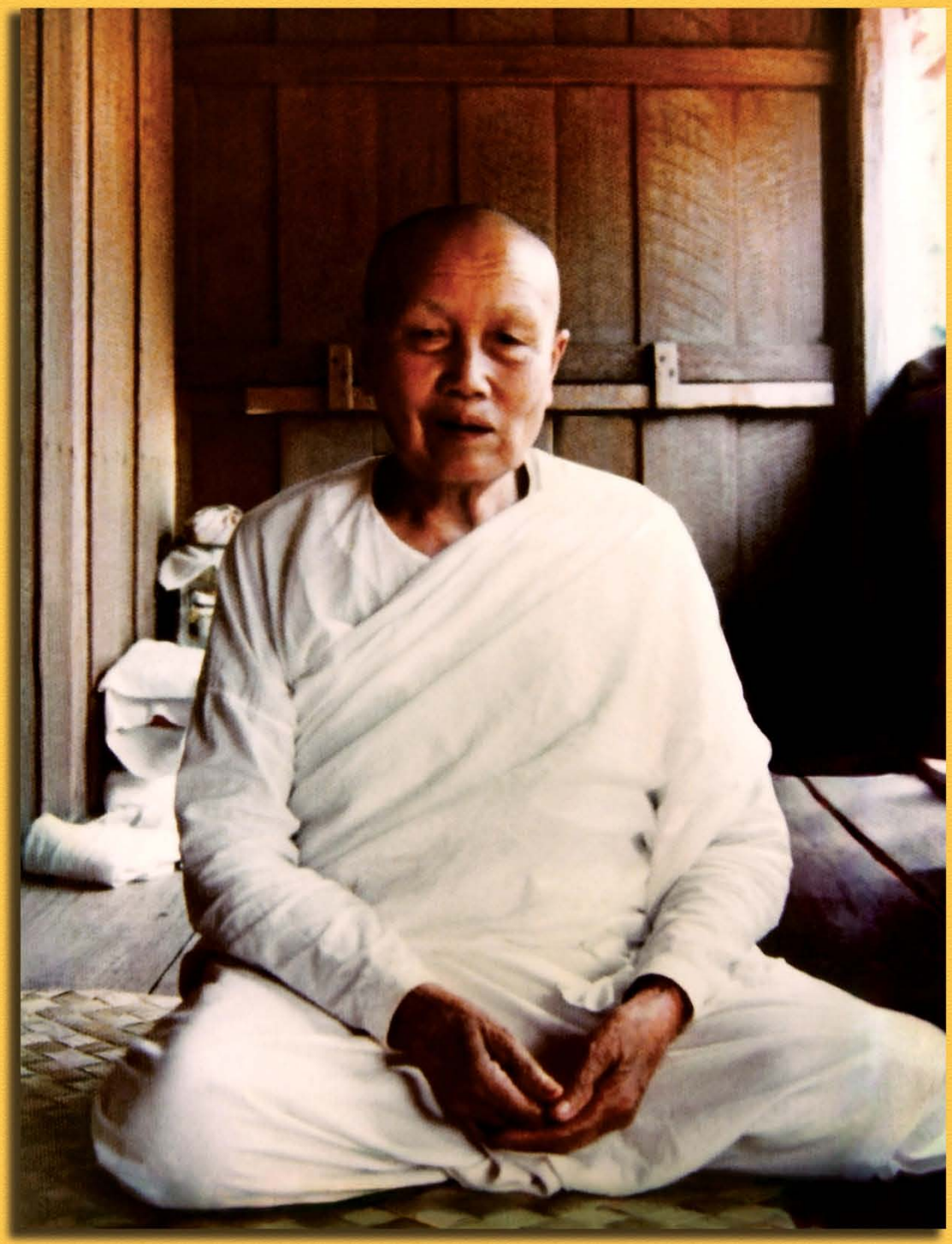
Parte Tres Esencia

- Senderos kámmicos que se Cruzan
- Un presagio de Dhamma
- El cadáver interior
- Atención pura espontánea
- Esencia Luminosa
- Phayom en pleno flor

Parte Cuarto Pureza
Río y océano
Inmensa Gratitud
Compromiso permanente
Pureza de corazón

Epílogo

Enseñanzas recopiladas



Prefacio

Mientras vivía en el monasterio del bosque Nakamnoi, en 2007, el abad, Ajaan Intawai Santussako, me pidió traducir una breve biografía de Mae Chee Kaew del tailandés al inglés. Quería publicarla en ambos idiomas. Aunque la biografía que me dio era realmente breve, Ajaan Intawai puso a mi disposición generosamente todo lo que se había escrito con anterioridad sobre la vida de Mae Chee Kaew y él pudo reunir. Después de traducir la versión breve de su vida al inglés, decidí escribir una historia completa que se basaría en una investigación más extensa sobre los eventos que dieron forma a su vida y marcaron cada paso en su camino hacia la iluminación. El monasterio del bosque de Nakmnoi tenía el ambiente tranquilo que necesitaba para trabajar y los monjes disfrutaban de una valiosa asistencia para la investigación. Las enseñanzas reunidas de Mae Chee Kaew, de las que cito al principio de cada capítulo, eran un desafío especial, ya que la mayoría de ellas habían sobrevivido en su dialecto natal de Phu Tai. Les debo mucho a los monjes de la etnia de Phu Tai que me ayudaron a entender su significado. Este libro no se habría acabado sin los esfuerzos que dedicaron muchos amigos y ayudantes. Mi gratitud hacia ellos es inmensa. En particular, me gustaría dar las gracias a Swe Thant, que es mi editor desde hace mucho tiempo por revisar de manera incansable las partes poco afortunadas de mi primer borrador y ayudar a determinar el tono general de la narrativa. Rachel Claveau, después, hizo un trabajo excelente abreviando pasajes que contenían información superflua y mejorando la estructura gramatical. También fue Rachel la que me instó a clarificar muchos pasajes poco claros o difíciles de entender para establecer lo que quería decir concretamente. Un gracias especial para Mae Chee Melita Halim, quién, ella sóla, creó el diseño de la portada y el reverso del libro, el diseño interior y todos los dibujos a lápiz. Trabajó sin descanso durante meses en circunstancias poco propicias para preparar el manuscrito para su publicación. Me siento bendecido por tener un responsable de publicación tan generoso y entusiasta, Silpa Siam Packaging and Printing Co., Ltd., quienes no sólo facilitaron la publicación sino que también ayudaron a reunir los fondos necesarios para costear la impresión. Sin la generosidad de muchos donantes tan dedicados, no habría sido posible imprimir este libro para ponerlo a disposición para su libre distribución. Sus nombres son demasiado numerosos como para nombrarlos a todos, pero cada uno de ellos merece un gracias de corazón. Y, finalmente, mi más sentida gratitud para Forest Dhamma Books, una red de amigos a escala mundial, por el tiempo y esfuerzo que pusieron en apoyar este proyecto.

"Cuando fuí al monasterio, siendo una chica joven, tuve que ser acompañada por mis padres, y no me era permitido relacionarme con los monjes. Mientras escuchaba a los monjes como discutían el Dhamma, estaba sentada al final del todo y justo podía oír lo que decían. El venerable maestro de meditación nos enseñó cómo homenajear al Buddha y cómo elogiar sus virtudes con los cantos. Nos animó a radiar amor benevolente hacia todos los seres vivientes, y a ser siempre abiertos de corazón y generosos. Nos dijo que, independientemente de cuán generosos fuéramos como laicos, la virtud de esa generosidad no se podría comparar con la virtud de ordenar como monjas de hábito blanco y con practicar de manera sería el camino para terminar todo el sufrimiento. Este mensaje siempre se quedó en mi corazón."

– Mae Chee Kaew

Introducción

Este libro da a conocer la vida y la practica de una mujer que alcanzó la cumbre de la práctica buddhista durante su vida. Se le conocía como Mae Chee Kaew. Mae Chee Kaew escuchó la llamada a una vida espiritual a una edad temprana. Bendecida, siendo una chica muy joven, con la buena suerte de conocer a algunos de los maestros de meditación de más renombre de su época, tomó muy en serio sus enseñanzas de meditación y las puso en práctica seriamente con un entusiasmo juvenil. Debido a su disposición favorable, pronto desarrolló habilidades extraordinarias, practicando el arte de la meditación de samadhi. Su mente se absorbía fácilmente en la profunda concentración durante horas y fue testigo de muchas ocurrencias extrañas y maravillosas.

Cuando sus circunstancias familiares se interpusieron en su camino de vocación religiosa, aguantó pacientemente, esperando poder aprovechar la primera oportunidad que se le presentara. Después de veinte años de un matrimonio poco satisfactorio, finalmente se abrió una puerta para Mae Chee Kaew y la atravesó, entrando en la vida de renunciante. Como monja, pasó muchos años viviendo y practicando con maestros de gran renombre. A menudo la elogiaban por sus habilidades extraordinarias en la meditación, sobre todo por los fenómenos psíquicos que vivió. Pocos de ellos podían igualar su habilidad en este campo de percepción. Más destacadamente, sin embargo, logró sobreponerse a su apego al mundo convencional con sus condiciones siempre cambiantes y, así, llegar al estado incondicionado de libertad completa. Siendo una de las pocas arahants femeninas de la era moderna, se convirtió en un testimonio viviente de que la meta del Buddha, la completa iluminación, puede ser alcanzada por todos, independientemente de su sexo, raza o clase social.

Durante la época del Buddha vivieron incontables mujeres practicantes; la mayoría de ellas llegaron a recoger sus frutos del Noble Sendero y muchas fueron elogiadas por el Buddha. Una y otra vez aparecen sus discípulas femeninas en los primeros discursos del Buddha: las elogiaba por su diligencia, su sabiduría y su habilidad en la enseñanza. No hay duda de que muchas mujeres de entonces dejaron sus familias atrás y se dedicaron a la vida errante de un renunciante. De hecho, cuando el Buddha comenzó la orden de las monjas, muchas mujeres se dieron prisa y fueron ordenadas. Eso fue un logro excepcional, sobre todo por las limitaciones sociales a las que estaban expuestas esas mujeres.

La voluntad de un hombre para abandonar a sus padres, esposa e hijos, se veía como un prueba de su determinación para buscar la verdad. Se consideraba una virtud para los hombres abandonar sus casas y familias a favor de su vocación espiritual. Las mujeres, sin embargo, tenían un camino mucho más difícil hacia la vida de la renuncia. Tenían mucha menos libertad que los hombres y no podían abandonar sus familias sin primero pedir el

permiso de sus esposos, normalmente en contra de la idea. Además a menudo estaban atadas por el deber de atender a sus viejos padres o jóvenes niños. Dando comienzo a una orden de monjas, el Buddha dio una oportunidad única a las mujeres de vivir una vida errante de una manera que transcendió las limitaciones habituales de la sociedad y de la cultura. También apreció de esa manera que las mujeres son tan capaces de entender el Dhamma como los hombres, lo cual fue una idea bastante radical para su tiempo.

El Sangha de las Bhikkhunī era la comunidad de monjas fundada por el Buddha. Siguió siendo una orden monástica en auge por más de un milenio, pero finalmente el linaje de las Bhikkhunī se extinguió debido a guerras y épocas de hambre. Ya que el Buddha no nos dejó ningún mecanismo para revivir este linaje, la única oportunidad de ordenación que aún existe para mujeres en los países donde se practica el Theravada hoy, es la ordenación como monja, observando 8 o 10 preceptos. [Nota de la traductora al castellano: este es un tema muy polémico y hay esfuerzos por revivir la orden de las Bhikkhunī, sobre todo en Sri Lanka y en Tailandia.] En Tailandia la norma son monjas con 8 preceptos. También se les conoce como Mae Chees. De la misma manera que los monjes, las Mae Chees afeitan su cabeza y toman reglas de entrenamiento que los laicos normalmente no siguen. Llevan hábitos blancos muy distintivos que reflejan la estricta división de un estilo de vida de una persona ordenada y el de un laico. Las Mae Chees observan un código de disciplina estándar que se refiere a ropas, comportamiento y medios de vida apropiados. No puede aceptar un trabajo, cobrar por trabajar o comprar o vender productos o servicios. Se le instruye a recordar siempre que una apariencia digna y un comportamiento ejemplar pueden dar lugar a un interés genuino en las virtudes de la práctica buddhista en otras personas.

La mayoría de las Mae Chees residen en monasterios administrados por monjes. Un número más pequeño vive en sus propios monasterios de monjas, que a menudo están asociados con el monasterio local. Los monasterios que hacen hincapié en la práctica, sobre todo los de la tradición tailandesa del bosque, dan a las mujeres el tiempo libre y los requisitos básicos que necesitan para perseguir un estilo de vida de renuncia y meditación. Mucha gente ve una desventaja de este desarrollo en que las monjas están relegadas a un estatus claramente secundario, detrás de los monjes. Esta limitación se alivia, en cierta manera, por el entendimiento entre los buddhistas que la autoridad y el estatus en una comunidad son esencialmente convenciones sociales para posibilitar el buen funcionamiento de una comunidad. La posición de una mujer en la jerarquía no refleja de ninguna manera su valor esencial como persona.

La separación entre hombres y mujeres es tan inherente en la mayoría de las culturas que es bastante normal vivirlo en el contexto religioso. Pero el sexo no es permanente, viene y se va; es condicionado por el kamma pasado, un tipo de destino. La esencia del ser de cada uno no tiene nombre ni forma, de esa manera no tiene características masculinas o

femeninas. Este es un fundamento de la enseñanza buddhista. Que los atributos de la identidad individual no tienen una esencia intrínseca – todo lo que hace que una persona sea única cambia continuamente y, al final, se desintegra. Cada personalidad constantemente deja de ser lo que era y se convierte en algo nuevo. Tendemos a ver estos factores como "yo", pero son impermanentes e huidizos. Absolutamente todo de la forma física, los pensamientos y emociones de la mente, carecen de un valor intrínseco y ha de disolverse. Por esta razón, el apego a cuerpo y mente es la mayor fuente de dolor y sufrimiento.

Resaltar que la esencia de la mente, sin las características externas, no tiene un sexo, posición o estatus inherentes, nos libera de los conceptos de identidades separadas o comunes que obstaculizan nuestro progreso y limitan nuestra libertad. Hemos de transcender todas las distinciones convencionales si queremos cortar las cuerdas que nos atan tan estrechamente al ciclo de vida y muerte. En este respecto, todos los seres humanos están en la misma posición, ya que la ignorancia fundamental de la mente que ha de ser superada es esencialmente la misma para todos.

No hay nada más maravilloso que la mente – lo que puede hacer una mente bien entrenada es extraordinario. De por sí, la mente de Mae Chee Kaew tendía a ser valiente y dinámica. Sueños proféticos y visiones psíquicas se daban sin esfuerzo durante sus meditaciones. Sus tendencias psíquicas eran tanto una responsabilidad como una fuente de fuerza. Durante años ella no pudo ver la necesidad de auto-control por su atractivo. Más tarde, cuando había aprendido a disciplinar su mente, fue capaz de usar sus habilidades inusuales de manera profunda y maravillosa.

Pero las tendencias inherentes de la mente son muy distintas para una persona u otra. Algunos, como Mae Chee Kaew, son bastante activos y se aventuran; otros son más reservados y cuidadosos. Cada uno tiene sus ventajas durante la meditación. La mente dinámica de Mae Chee Kaew se permitió un rápido progreso a lo largo del camino de la práctica que mucha gente encuentra lento y difícil. Pero pocas veces se encuentra un persona cuya mente combina el grado de habilidad y poder que tenía la de Mae Chee Kaew. Por esta razón, es casi imposible igualar su amplitud extraordinaria de la percepción psíquica para la persona media. Estos aspectos de su practica no servirán como guía de meditación apropiada para la mayoría de practicantes.

En un nivel más profundo, sin embargo, la practica de Mae Chee Kaew, apunta el camino más allá de las condiciones cambiantes de nacimiento y muerte hacia la esencia de la verdadera libertad. En el centro de esta realización se encuentra una distinción fundamental entre dos aspectos muy diferentes de la mente: la esencia sabia de la mente y los estados impermanentes de la mente, que surgen y cesan en su interior. De hecho, todos ellos son sólo condiciones cambiantes que nunca se mantienen estables de un momento a otro. La esencia sabia de la mente es el único constante real. Normalmente lo

mezclamos todo y lo llamamos mente; pero los estados que existen en la mente están ahí además de su conocimiento. Con está visión profunda comprendemos que la felicidad y el sufrimiento son realidades separadas de la mente que las conoce. Pero la esencia verdadera de la mente conoce todos los estados y condiciones, pero no se apega a ninguno. Por esta razón, se encuentra más allá de los estados cambiantes de felicidad y sufrimiento. Si podemos ver esto, podemos abandonar estas realidades convencionales y soltarlas. Con este entendimiento, el desapego liberador ocurre sin más.

Mae Chee Kaew era una mujer de campo que vivía una vida sencilla en un pueblo de la región al noreste de Tailandia. Superó grandes dificultades en su intento de abandonar la vida familiar y seguir el Noble Camino del Buddha hacia la libertad de sufrimiento. Su persistencia, su valor y su sabiduría intuitiva le facilitaron transcender todos los límites convencionales – tanto los que fueron impuestos sobre ella por el mundo en el que vivió y también los que limitaban su mente desde el interior – y así encontrar la liberación de la atadura del ciclo de nacimiento y muerte. A pesar de vivir y practicar bajo las mismas condiciones a veces adversas que la mayoría de las practicantes mujeres tenían que aguantar, abrazó ese reto, armonizando de manera hábil su practica para encajar bien dentro del marco convencional de los monasterios. Entregándose de todo corazón a ese sistema dignificado por muchos cientos de años, logró convertir sus desventajas aparentes en unas ventajas para ella. En vez de quejarse por su estatus desigual, Mae Chee Kaew cultivaba diligentemente una mente de atención pura, clara y espontánea, y así logró cortar su ilusión profundamente asentada sobre una identidad personal y cultural. Vista a la luz de la visión profunda transcendente, el mundo sólido de clases y diferencias en el que pasó su vida entera se evaporó y desapareció.

Los monjes hábiles en la meditación no tienen prejuicios a causa de estar condicionados culturalmente. No dudan de que las mujeres que observan los ocho preceptos y practican seriamente pueden lograr niveles excepcionalmente altos de meditación. Realmente, las mujeres tienen una capacidad asombrosa para entender el Dhamma y pueden lograr niveles muy profundos de samadhi y desarrollar conocimientos y sabiduría extraordinarios. Muchas monjas y mujeres laicas en Tailandia sobrepasan a los monjes en sus logros. Por esta razón, los maestros de meditación en general aprecian mucho a las practicantes femeninas, sabiendo que su potencial espiritual es igual al de los hombres. En la tradición del bosque tailandesa de hoy en día, muchos maestros de renombre creen que las mujeres son capaces de obtener los logros espirituales más altos. A menudo recomiendan a monjas como maestras ejemplares. Muchos maestros de meditación de la tradición del bosque tienen estudiantes femeninas, monjas y laicas, que son maestras reconocidas por sus propios logros. Estas mujeres participan activamente en sus comunidades religiosas como meditadoras hábiles, curanderas o mentoras, y son reverenciadas por la población local. Mae Chee Kaew era una mujer así. Monjas practicantes como ella nos han dejado un legado que inspira generaciones futuras y

muestran como el camino buddhista de la práctica está abierto a todo el mundo, hombre o mujer.

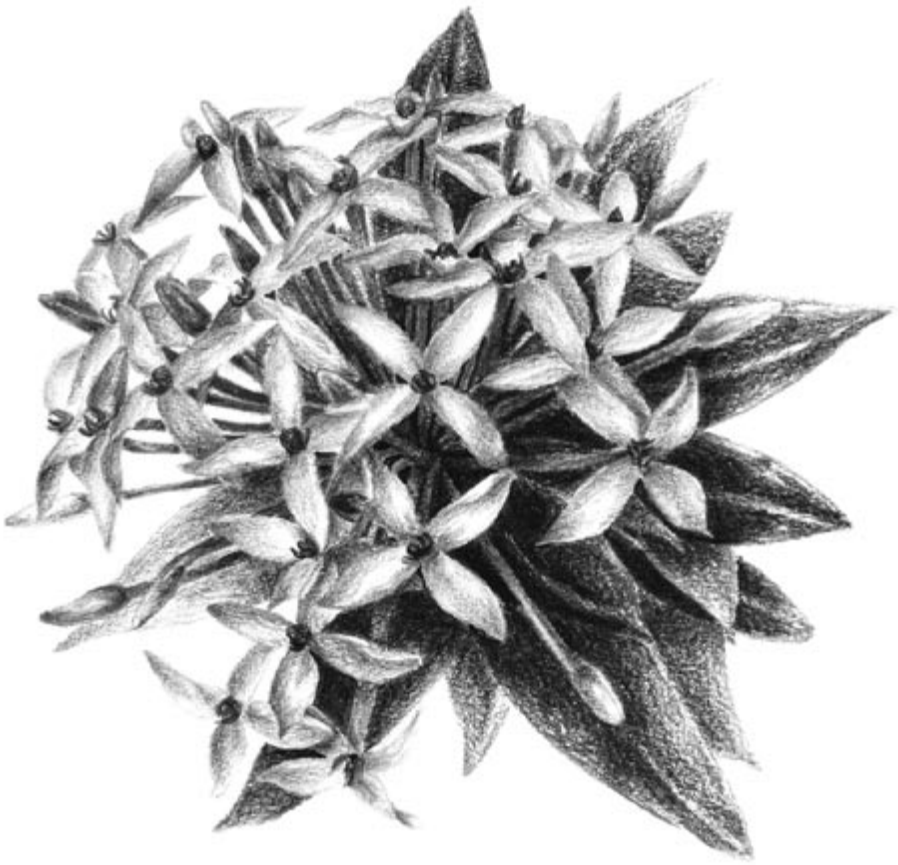
Esta biografía de Mae Chee Kaew es presentada en forma de una narrativa biográfica, usando los hechos disponibles, emplazados en su contexto histórico, para contar la historia de su vida. He incluido toda la información que pude encontrar para poder mostrar su vida en un marco veraz de su tiempo y cultura, citando sus propias palabras y las de sus contemporáneos, además de los eventos conocidos de su época. La historia que cuento se compiló de varias fuentes de lengua tailandesa. Le debo mucho a Ajaan Maha Boowa quien, a través de sus enseñanzas orales y escritas, contó muchas historias claves sobre la práctica de la meditación de Mae Chee Kaew. He usado sus descripciones lúcidas sobre los niveles trascendentes de la visión profunda y la sabiduría para elaborar los detalles de la progresión paulatina de Mae Chee Kaew hacia la iluminación. Ella era una de las discípulas más aventajadas de Ajaan Maha Boowa, y él no da lugar a duda sobre los logros espirituales de Mae Chee Kaew.

Ajaan Intawai era una inspiración importante para escribir este libro. Disfrutó de una relación muy buena con Mae Chee Kaew desde su infancia y mostró ser una fuente valiosa del fondo cultural en detalles históricos. Los familiares de Mae Chee Kaew que aún están vivos me dieron información personal sobre su vida familiar y sobre los primeros años de vida como renunciante. Dr. Pensri Makaranon, que la cuidó incansablemente cuando ya era muy mayor, compartió sus memorias vívidas sobre los últimos años de Mae Chee Kaew. Incluyen muchas historias fascinantes que la misma Mae Chee Kaew contó a sus asistentes médicos.

He juntado todo este material para construir una imagen de su vida. Sin embargo, aparecieron muchos huecos e inconsistencias en las narraciones escritas y verbales. Encontré distintas versiones de la misma historia y en algunas faltan detalles cruciales. Así que también eché mano a mi imaginación para rellenar los huecos en la imagen de su vida y de su práctica, añadí detalles gráficos para dar una imagen mental vibrante y clara de la mujer y sus logros extraordinarios. Esta no es una obra escolástica, más bien una narrativa biográfica que quiere ser fuente de inspiración a aquellos que se han comprometido con la práctica buddhista. Con este propósito en mente, espero que veáis este libro, sobre todo, como una invitación a contemplar las profundidades y sutilezas de la mente que se experimentan en el camino del Buddha hacia la liberación total.

Primera Parte

Bendición



Habiendo nacido, damos mucha importancia al pasar de los días, meses y años; creemos en la importancia de nuestras vidas y las vidas de otros. Por esa razón, nuestras mentes están constantemente preocupadas con dolor y sufrimiento.

Perlas de Labradorita

A partir del siglo noveno, la migración de los pueblos Tai desde el sur de China progresaba de manera constante y tranquila como el flujo de las inundaciones del monzón que se filtran en los densos y fértiles bosques y cubren los llanos fecundos, cambiando de color según los tonos del cielo y forma según el contorno de la tierra. Entretejidos geográficamente, grupos étnicos Tais con orígenes comunes y culturas similares avanzaron sobre las montañas y valles abajo, desde el sur de China, adentrándose en la antigua Siam.

Entre los muchos sub-grupos de Tai estaba el pueblo de los Phu Tai, que eran agricultores y cazadores ferozmente independientes. Originarios de la prefectura china de Jiaozhi a orillas del río Rojo, fueron impulsados por una sucesión de convulsiones políticas a abrir su camino hacia el sur a través de los vecinos reinos de Laos, poco a poco empujados más allá con cada generación hasta llegar a las orillas del río Mekong. Se establecieron tierra adentro y permanecieron allí durante siglos, migrando más tarde a las tierras más fértiles al otro lado del río y expandiendo sus territorios hacia el oeste.

Tras cientos de años de esfuerzo y lucha - aguantando sequías, inundaciones, desastres naturales y tragedias en su comunidad – el ingenioso pueblo de los Phu Tai se unió finalmente en una entidad política coherente gobernada por un señor local con título hereditario y un poderoso clan de guerreros y administradores. El reino de Mukdahan - llamado así por las perlas de piedra de luna (labradorita), o mukda, que los Phu Tail descubrieron en los lechos de arroyos locales - se convirtió en un centro de su modo tradicional de vida en la región.

Baan Huay Sai era una pequeña comunidad agrícola de Phu Tai en el distrito de Kham Cha-ee de la antigua provincia de Mukdahan perteneciente a Siam. Situado en el extremo más lejano de la llanura de inundación del río Mekong, donde la vertiente sur de las

montañas de Phu Phan se eleva para formar un paisaje ondulado, el pueblo está situado en un tramo llano y alto, entre los ríos Huay Bang Sai y Huay Bang Ee. Era un poblado de rústicas casas de madera, construidas sobre pilotes y sombreado por grandes árboles frondosos, como si el espacio habitado hubiera sido tallado en un bosque denso y primitivo. Los aldeanos eran gente del campo con maneras ásperas, sin refinar, y llevaban una vida sencilla sin ilusiones, alimentándose de la agricultura y la caza de animales salvajes. Cultivaban arroz, cada familia tenía una parcela de tierra fértil en las afueras del pueblo en la que se habían talado los árboles. Más allá del terreno talado había una jungla espesa. Lleno de tigres y elefantes, este gran bosque se creía que estaba lleno de peligros escondidos y lugares aterradores, obligando a los habitantes a juntarse y asentarse en pueblos que ofrecían seguridad y compañerismo.

Situado sobre una gran extensión de territorio fértil a lo largo del Mekong, Mukdahan comenzó siendo un reino independiente y se convirtió más tarde en un principado semi-autónomo, debiendo lealtad a la dinastía Chakri de Siam. Cuenta la leyenda que el pueblo de Baan Sai Huay fue en su época el hogar de tres hermanas reales – la Princesa Kaew, la princesa Klum y la princesa Kah - quienes, a través de la línea femenina, estamparon una huella duradera en el carácter de los Phu Tai. Por la fuerza de su personalidad, inculcaron en las generaciones descendientes un agudo intelecto, una determinación implacable y un punto de vista imparcial. Orgullosos de su herencia e independientes de espíritu, los Phu Tai se unificaron por los lazos de tradición, costumbre e idioma que los unían. Estos lazos fueron transmitidos de generación en generación como fideicomisos sagrados.

A finales del siglo XIX en Siam, el magistrado local del pueblo de Baan Huay Sai era Tason Sianglum. La autoridad de Tason provenía de Jao Meung, el señor provincial que lo había nombrado. Su función era mediar en los conflictos locales, moderar los ánimos, e involucrar al sentido innato de justicia de la gente Phu Tai para preservar la paz y la armonía en la zona.

El magistrado Tason era un hombre ecuánime de sabiduría sencilla que estaba determinado a servir bien a su pueblo. Al mantener la paz social, estaba haciendo su parte para mantener la identidad tradicional de los Phu Tai. Su esposa, Don, era una mujer dulce y amable que también llevaba el título de magistrado, pero oficialmente no tenía funciones públicas. En cambio, formó una familia con cinco hijos. Los tres mayores eran varones, seguidos en una rápida sucesión de dos niñas. La más joven nació a la mañana del 8 de noviembre de 1901. Su madre la llamó Tapai, que significaba "lo que atrae la vista".

Desde temprana edad, Tapai tenía un aura de misterio a su alrededor, como si supiera más de lo que podría expresar jamás. Cuando tenía la edad suficiente para hablar, se reía con deleite mientras le contaba al oído de su madre las aventuras nocturnas durante las

que acompañaba globos iluminados a lugares maravillosos - lugares que sólo podía describir con gestos y no con palabras. Muchos años más tarde, después de que se convirtiera en monja buddhista, contaba cómo se crió, siendo compañera de juego de seres celestiales, devas de las esferas celestiales, cuyas formas radiantes sólo ella podía ver. Habían sido sus compañeros espirituales en innumerables vidas anteriores, y estaban preocupados de que su espíritu sucumbiera a las atracciones de la forma física. Para evitar que el espíritu de Tapai se anclara en el plano terrenal, los devas a menudo hacían que ella se separase de su cuerpo físico para recorrer el reino espiritual de moradas celestiales con ellos.

El padre y la madre de Tapai eran ambos buddhistas devotos que mostraban tendencias ilustradas. Por ejemplo, mantenían una distancia respetuosa de la práctica del culto a los espíritus que era común en la cultura Phu Tai. La familia vivía justo detrás del templo de la aldea, su propiedad se ubicaba a lo largo de la valla de bambú que delimitaba el terreno del templo, tan cerca que el árbol de mango que daba sombra al templo dejaba caer la fruta madura en el patio de la familia Tapai cada verano. En este entorno, Tapai creció en sintonía con los sonidos suaves del canto monástico, por la mañana y a la tarde, y familiarizada con el ritmo diario de la vida monástica. Ya de niña, aprendió a concentrar su mente, con la cadencia suave e hipnotizante de los monjes, hasta que resonaba en su corazón. Ella era una entusiasta de la emoción de los días festivos que marcaban los años del calendario buddhista, cuando el pueblo entero se reunía para celebrar en el recinto del templo detrás de su casa.

Tapai observaba cómo su padre trataba a los monjes con gran respeto. No era el tipo de respeto tenso, atento que mostraba a los funcionarios de alto rango. Era, en cambio, una deferencia natural, abierta, llena de calor y devoción. Cada mañana, después de que Tapai y su madre colocaran sus ofrendas de arroz glutinoso y curry, envueltas en hojas de banano, en los cuencos de limosnas de los monjes, su padre seguía a los monjes hasta la salida del pueblo. Tason siempre mantenía una distancia respetuosa cuando los monjes recibían sus ofrendas diarias y ayudaba a llevar los cuencos cargados de alimento de vuelta al templo. En los cuatro días mensuales de observancia religiosa - los días de luna nueva y luna llena, además de los dos días de media luna - Tason mantenía escrupulosamente los preceptos mientras disfrutaba del lujo de pasar todo un día en el templo, charlando y realizando trabajos ocasionales para los monjes.

Siendo una niña pequeña, la energía vital de Tapai se movía libremente entre el mundo físico y el mundo espiritual. Entonces, de repente, cuando tenía cinco años de edad, ambos mundos se derrumbaron. Sin pensamiento o aviso – antes de haber pensado ni una vez en la posibilidad o siquiera pasara por su imaginación - su madre cayó enferma y murió. En su conmoción y confusión, todo en lo que ella creía se derrumbó y se vino abajo.

Durante la sencilla ceremonia de entierro, Tapai estaba aterrorizada por el miedo a mirar el cuerpo frío y rígido de su madre, envuelto en capas de tela blanca, echado sobre una pira de troncos y ramas. Cuando las llamas saltaron y atravesaron la tela y la piel para exponer la carne cruda, formando ampollas, además de tendones retorcidos, ella volvió la cabeza en su dolor. Incluso cuando el fuego finalmente se apagó, y sólo quedaban cenizas y huesos calcinados, aún no podía soportar mirarlo.

Con la muerte de su madre, Tapai aprendió a una edad temprana que el cambio y la pérdida son parte de la vida; que la vida es inseparable del dolor y la muerte. Poco a poco, con la ayuda de su familia - especialmente de sus dos hermanos, P'On y P'In - empezó a sanar. Los muchachos querían a su hermana -con sus ojos brillantes y una fuerte voluntad. Aunque ellos también sentían dolor por la pérdida de su madre, los hermanos intentaban constantemente alegrar a Tapai y aliviar su estado de ánimo. Al final, sin embargo, era la nueva, más íntima y personal relación con su padre la que definitivamente levantó su corazón y se desvaneció la carga de dolor.

Después de la muerte de su esposa, Tason comenzó a llevar Tapai consigo al templo en los días de observancia lunar. Estaba sentada junto a su padre durante horas, observando, escuchando, soñando despierta - pero, sobre todo, curándose. Tanto le llegó a gustar la atmósfera del templo, que cada vez que tenía tiempo libre le gustaba colarse en su terreno, sentarse debajo del árbol de mango, y no hacer nada pero disfrutar de una sensación de calma.

Tapai gustaba de celebrar Visakha Puja, el festival de mayo en honor al nacimiento del Buddha, su iluminación y fallecimiento. Mayo en el pueblo de Baan Huay Sai era uno de los meses más bonitos del año. Con las primeras lluvias anuales, las flores se abrían, trayendo pequeñas explosiones de color en todas partes y brazadas de flores para ofrecerlas en el festival. Se reunían muchas flores y se colocaban con amor en torno al santuario de Buddha radiante con su altar a varios niveles. Por la noche, una procesión de monjes y laicos con velas encendidas buscaba su camino alrededor de la sala de ordenación; tras lo cual, los monjes dirigían toda la congregación durante los cantos de versos antiguos que elogian al Señor Buddha y su enseñanza. Los cantos eran profundamente inspiradores y tan conmovedores que levantaban a los participantes desde el lugar común de la existencia diaria a un plano superior, más elevado.

A medida que el vínculo espiritual entre padre e hija se profundizaba, Tapai comenzó, de manera vacilante al principio, a contarle acerca de su otro mundo, su mundo interior de misterio y sorpresa. Tason escuchó con paciencia y curiosidad los cuentos sobre deidades juguetonas y escapadas al mundo de los sueños -vuelos de la fantasía que él toleraba, pero a las que se cuidaba de prestar ningún crédito.

Luego, a los siete años, Tapai comenzó a tener recuerdos vivos de sus vidas pasadas, tanto humanas como no humanas. Inocentemente y con entusiasmo, describió a su padre

las vidas que había recordado, de forma espontánea, como si de una visión se tratara: la vida de un pollo, un médico, una princesa, un plebeyo. El padre de Tapai nunca se había complacido con su clarividencia y ahora mostró su creciente desaprobación. Su estado de ánimo cambió dramáticamente. Su tez se hizo más oscura y su voz tuvo un tono nuevo - y amenazante. Le advirtió - al principio suavemente, y luego con mayor severidad – que no hablara de estas visiones a nadie; de lo contrario, correría el riesgo de ser etiquetada como loca, o algo peor. Le preocupaba que tal estigma podría llegar a estar irrevocablemente unido a ella cuando creciera en esa pequeña comunidad rural.

Poco a poco, Tapai se ajustaba a su nueva situación familiar, asumiendo las responsabilidades laborales tradicionales de la mujer. Tapai compartía la carga de las tareas domésticas con su hermana mayor. Siendo la más fuerte y la más voluntariosa de las dos, Tapai decidió perfeccionarse en las innumerables pequeñas tareas que había visto llevar a cabo a su madre con tanta gracia. Alguien tenía que levantarse temprano para encender el fuego y cocinar al vapor la ración diaria de arroz para la familia. Se necesitaba que alguien preparara la comida, lavara las ollas y guardara los platos. Hubo que barrer, fregar y lavar; hilar algodón, tejer telas y remendar ropa. Las escobas se hacían a mano, igual que una variedad de cestas – algunas tejidas de bambú para el embalaje de arroz glutinoso y otras plegadas de ratán para la recogida de setas silvestres y hierbas del bosque.

Entrenando su cuerpo resueltamente para adaptarse a sus nuevas tareas, Tapai se hizo experta en todas estas numerosas obligaciones a una edad temprana. Cada tarea, cada artesanía requería de una habilidad especial, y tediosas horas de práctica para ser dominada. Cuando no estaba realizando estas tareas en casa, estaba trabajando en los campos de arroz o los bosques adyacentes, y así adquiría otras habilidades. Su madre solía llevarla en excursiones por las colinas de los alrededores para recoger plantas silvestres y hierbas del bosque, así como pescar en las lagunas periféricas. Ahora iba con sus tías y primas, aprendiendo a distinguir las setas comestibles de las venenosas, las hierbas dulces de las amargas. Ya fuera la siembra, cosecha, recolección, los alimentos siempre eran una preocupación cotidiana.

El arroz - la variedad pegajosa que era el alimento básico de los Phu Tai - tenía una influencia constante e ineludible en los aldeanos, que influía en el tenor de sus vidas. En previsión de las lluvias anuales, los agricultores plantaban los brotes germinados en pequeñas parcelas de tierra, mientras que sus búfalos de agua araban los campos. Cuando finalmente llegaba la temporada de lluvias y estas saturaban la tierra con agua suficiente, los campos eran pisoteados por los búfalos hasta convertirse en barro ordinario, creando así un pantano rico para la siembra de las plantas germinadas de arroz. Entonces, grupos de mujeres, dobladas por la cintura y caminando hacia atrás, agarraban puñados de plantas jóvenes para meterlas en pequeños racimos en el barro espeso, plantando varias hileras a la vez y tratando de mantener las filas rectas.

El cultivo de arroz era un trabajo agotador, pero hacía que las comunidades vecinales estuvieran muy unidas. Después de que la madre de Tapai muriera, todas las mujeres de su extendida familia trabajaron juntas durante la temporada de siembra para cultivar los campos de su padre. Mientras era todavía demasiado joven para realizar trabajos duros, Tapai a menudo estaba de pie en el terraplén bajo un cielo gris y observaba a las mujeres salpicando a través de la blanda tierra húmeda, ansiando el día en que ella tomaría su lugar junto a las demás mujeres.

Después de varios años, y un intervalo respetable de luto, el padre de Tapai volvió a casarse. Su nueva esposa era una joven viuda cuyo marido había muerto en una de las epidemias que periódicamente perturbaban la regularidad de la existencia del pueblo, añadiendo otra capa de dificultades a una vida ya dura de por sí. A Tapai le gustaba su madrastra. Disfrutaron de la compañía de inmediato; y Tapai ganó una nueva compañera en la persona de la hija joven de la mujer. Era como un nuevo comienzo, y Tapai se sentía otra vez feliz. Se enfrentaba a cada situación con una sonrisa fácil; y las dificultades de la vida rural parecían evaporarse en la presencia de su actitud alegre y luminosa.

Pero, cuando su hermanastro murió poco después de nacer, Tapai sintió el dolor de la pérdida y de nuevo estaba de luto. Experimentó otra vez la amarga verdad de la impermanencia - un conocimiento a cuyo aprendizaje parecía destinada en su mundo de pérdida y cambio constante. Vio que el mundo a su alrededor se vino abajo sólo para renovarse cada día y con cada temporada. El cambio era un hecho tan persistente de la vida, que partir llegó a ser simplemente una parte normal de la vida.

La gente de los pueblos Phu Tai llevaba una vida dura. El trabajo de las mujeres era interminable: cocinar, lavar, coser, tejer, y sembrar y cosechar los cultivos de arroz - año tras año. A Tapai le ayudó llevarse bien con su madrastra. Desarrollaron una estrecha relación de trabajo, compartiendo el trabajo pesado y los momentos alegres siempre con buen humor. Tapai encontró otras formas de ayuda también. Sin escuela local, Tapai no podía obtener una educación formal. En cambio, encontró que su casa, los campos de arroz y los bosques silvestres eran su escuela. En estos lugares recibió la enseñanza que sólo puede considerarse como duradera y esencial en la vida: lecciones de amor, renuncia, cambio y paciencia; lecciones de desilusión y determinación; y lecciones de sufrimiento y ecuanimidad. Con estas enseñanzas, la educación de su infancia progresaba año tras año.

Conócete a tí mismo, acepta tus defectos y trabaja para superarlos. No ocultes nada de tí mismo. Sobre todo, no te mientas a tí mismo. Aunque mientas al mundo entero, nunca te mientas a tí mismo.

Espíritu Guerrero sin Miedo

De vez en cuando durante las estaciones secas y calientes del año, monjes errantes *dhutanga* pasaban por Baan Huay Sai, buscando lugares aislados para acampar y meditar en soledad. Las montañas y los bosques que rodeaban el pueblo eran zonas vastas de naturaleza sin tocar, de acceso difícil e inhóspitos. Los animales salvajes vagaban libremente, y se creía que eran el reino de espíritus malévolos. El terreno seguía siendo una selva, y el miedo mantenía la gente a distancia. Esto lo convirtió que un lugar ideal para que vivieran monjes errantes que practicaban la meditación y practicaran su camino ascético de la vida en soledad.

Independientes, reservados y determinados a la renuncia, los monjes *dhutanga* pasaban por la selva, a menudo solos, a lo largo de senderos desiertos. Buscaron lugares apartados que ofrecieran a cuerpo y mente calma y tranquilidad - una cresta, una cueva, una roca saliente lugares adecuados para tratar de alcanzar el fin de todo sufrimiento. Viviendo toda la vida sin casa, el monje *dhutanga* constantemente se ponía a la merced de los elementos y los caprichos del clima. Viviendo en armonía con su entorno natural, la vida diaria de un monje *dhutanga* se caracterizaba por la rica diversidad de la naturaleza: las rocas y los árboles, los ríos y arroyos, tigres, serpientes, elefantes y osos. Para sus medios de vida dependía de las limosnas de alimentos que le dieran en los pequeños poblados que habían surgido al borde de la selva.

Los Phu Tai sentían un vínculo común con los ascetas errantes y con su espíritu guerrero intrépido. Por eso, los monjes encontraban apoyo a su estilo de vida fácilmente en las comunidades Phu Tai. Al padre de Tapai le gustaban los monjes del bosque especialmente: Los llamaba "verdaderos hijos de Buddha", con una sonrisa agradecida. Animado por verlos les daba la bienvenida con el entusiasmo de un niño.

En 1914, la llegada de Ajaan Sao Kantasilo - el renombrado maestro *dhutanga* - transformó el paisaje espiritual de la vida en pueblo de Baan Huay para siempre. Habiendo venido de lejos, él y un pequeño grupo de discípulos simplemente entraron un

día en la zona a pie. Habían estado caminando durante meses, primero cruzando el río Mekong desde Laos a la provincia siamesa de Nakhon Phanom, y a continuación pasaron sobre los montes orientales de Sakon Nakhon y bajaron a través de la selva de Phu Phan para llegar a Mukdahan.

A pesar de tener 55 años de edad, Ajaan Sao caminaba días enteros en el calor tropical, cruzando los terrenos más difíciles con paso firme y sin esfuerzo. Cuando él y su grupo llegaron a las proximidades del pueblo de Baan Huay Sai, las lluvias anuales acababan de empezar. Ráfagas desde las nubes y duchas refrescantes de lluvia fueron seguidas por un sol brillante que iluminaba el cielo, mientras que el calor húmedo abrazaba el suelo. Ajaan Sao sabía que el cambio de clima le instaba a buscar un lugar adecuado para pasar el retiro de las lluvias, un período anual de tres meses para practicar la meditación intensiva. Siguiendo las instrucciones de Buddha, los monjes dejan de caminar durante la duración de la temporada del monzón para tomar residencia en un lugar, bajo la protección de un techo.

Ajaan Sao fue visto por primera vez en el húmedo y brumoso amanecer, cuando entró en el pueblo adormilado, dirigiendo una columna de personajes vestidos de hábitos de color ocre. Caminando descalzo y con un cuenco para pedir limosna en bandolera en un hombro, los monjes parecían dispuestos a recibir lo que la generosidad de los habitantes tenía que ofrecer: arroz, pescado en escabeche, plátanos, sonrisas o inclinaciones respetuosas. Conmovidos por la apariencia serena y digna de los monjes, las mujeres, hombres y niños del pueblo se apresuraron a encontrar alimentos para ofrecer a los "monjes del Dhamma", al tiempo que se gritaban mutuamente los unos a los otros en su entusiasmo. En el momento en que Ajaan Sao y sus monjes pasaron por delante de la casa de Tapai, toda su familia se encontraba de pie expectante a lo largo del camino de tierra en la parte delantera, a la espera de colocar bolitas de alimentos en los cuencos de los monjes, y con la esperanza de acumular méritos especiales por sus acciones.

Deseoso de descubrir la identidad de los recién llegados, el padre de Tapai junto con unos amigos siguió a los monjes a su regreso hacia su campamento temporal en las colinas cercanas. Aunque Ajaan Sao era venerado como maestro supremo en toda la región, Tason y sus amigos nunca se habían encontrado con él cara a cara. La sorpresa se convirtió en alegría y emoción al oír mencionar su nombre. El padre de Tapai decidió que quería que Ajaan San se asentara en la zona, aunque sólo sea por la duración de los monzones. Conociendo bien las tierras locales corrientes rápidas y ríos sinuosos, cuevas en formas sobresalientes y afloramientos rocosos, sabanas abiertas y selva densa – Tason hizo de guía para el venerable maestro, proponiendo diferentes sitios para el próximo retiro de lluvias. Estuvo primero aliviado y luego lleno de alegría, cuando Ajaan Sao eligió entrar en retiro en la cueva de Banklang, situado en una zona boscosa salpicada de rocas planas y grandes de piedra caliza, a cerca de una hora de camino desde el pueblo.

Mucho antes de su introducción al buddhismo, el pueblo de los Phu Tai seguía una antigua tradición de culto ritual a los espíritus. Homenajeaban a benevolentes espíritus ancestrales a los que realizaban sacrificios, y también veneraban los espíritus guardianes de los bosques. El culto a los antepasados estaba tan arraigado en su carácter que el altar para los espíritus se convirtió en una característica central de la vida hogareña. Las familias daban ofrendas diarias para aplacar a sus antepasados muertos desde hacía mucho, ya que se creía que así protegían la familia, la casa, incluso el pueblo entero, de sucesos desagradables – incluso de las consecuencias desagradables de descuidar este deber sagrado. Si las cosas iban bien, significa que los espíritus estaban contentos con los esfuerzos de la familia. Dejar de lado los rituales disgustaba a los espíritus, lo que explicaba por qué las cosas iban mal. Se elegían días propicios para el comienzo de todo esfuerzo y se realizaban ofrendas propiciatorias para ganar el favor de las deidades locales. Las deidades de la tierra y el cielo no se omitieron. Debido a su relación íntima con el arroz y el agua, los Phu Tai habían heredado un viejo refrán: "Cuando comes, no te olvides del espíritu del arrozal. Y nunca pases por alto el espíritu del agua que nos trae el pescado ".

Así, mientras que en el centro de cada pueblo había un templo buddhista, o wat, el culto a los espíritus aún dominaba una parte importante de las vidas de los aldeanos. Durante años, Ajaan Sao vagó por el campo, explicando a la gente del lugar las virtudes de una conducta moral y las consecuencias causales de sus acciones y creencias. Ajaan Sao no negaba la existencia de espíritus y deidades. Se encontraban en todas partes, en todo - bosques, árboles, montañas, cuevas, ríos, campos, tierra y cielo - y era tolerante con la creencia en la existencia no física. A lo que se opuso era a la creencia de que estas entidades fueran las causas y los instigadores, del dolor y el sufrimiento humano; y a la creencia de que sobornos en forma de ofrendas de sacrificios pudieran proteger contra la adversidad y el infortunio.

Las deidades locales y los espíritus eran tan parte de la vida del pueblo de Phu Tai como el sol, la lluvia y la niebla matutina; tan inevitables como el nacimiento, la vida y la muerte. Ajaan Sao no refutaba esto. Pero les enseñó que todos los seres no físicos experimentaban las consecuencias kámmicas de sus propias acciones; cada uno era el producto de su propio kamma, al igual que los aldeanos mismos. Adorar a estos seres era, de hecho, atribuirles un poder que no poseían. La esencia del mensaje de Ajaan Sao era la responsabilidad personal. Placer o dolor, felicidad o sufrimiento, tener o no tener: todos son un resultado de las acciones kámmicas pasadas de un individuo, combinado con la conducta moral de uno en el presente.

Se necesitaba construir refugios durante la preparación del campamento de Ajaan Sao para el retiro a fin de capear las lluvias monzónicas: un refugio de una sola habitación para cada monje y una sala central para las comidas y las recitaciones de las reglas monásticas. Había que nivelar senderos para la meditación andando y había que excavar

letrinas. Con alegría en su corazón y con paso alegre, el padre de Tapai rápidamente ofreció sus servicios - cortando y serrando árboles para hacer de gruesos postes, cortando y presionando bambú para pisos y paredes, recogiendo y atando hierbas altas para los techos de paja. Se limpiaron, nivelaron y barrieron senderos; retretes al aire libre fueron excavados y rodeados de paja. En el momento en el que Tason y sus amigos habían terminado el trabajo, se había elaborado un pequeño y ordenado monasterio del bosque en la selva.

Poco a poco se dio una transformación espiritual en el pueblo Phu Tai. Primero una familia, luego otra, dieron el salto a la fe - la fe en el poder protector del señor Buddha y la fe en su propia virtud moral. Muchos quemaron sus altares para los espíritus y también sus objetos rituales de culto hasta convertirlos en cenizas. Algunos se mostraron escépticos del buddhismo y vacilaron. Quién sabía cómo reaccionarían las deidades locales. ¿No se vengarían?

De naturaleza poco habladora, Ajaan Sao utilizaba sus palabras con moderación para contrarrestar los temores comunes e inculcar fe y virtud entre los aldeanos. En charlas directas y fáciles de entender, les enseñaba sencillas lecciones. Para inculcar la fe, los animó a sustituir la costumbre de las ofrendas de sacrificio con la práctica de tomar refugio en Buddha, Dhamma y Sangha. Para inculcar virtud, los alentó a tomar los cinco preceptos morales: abstenerse de matar, robar, mentir, cometer adulterio y tomar intoxicantes. Los habitantes del pueblo aprendieron que al controlar sus mentes y acciones con prácticas sencillas, pero potentes, adquirirían los medios para protegerse ellos mismos ya que evitaban un comportamiento que hacía daño a ellos y a otros.

Con el fin de ayudarles a superar y librarse del miedo, Ajaan Sao les enseñó el poder de protección de la meditación. En primer lugar, dirigió a las personas en el homenaje al Buddha, enumerando en canto las virtudes del Bendito al unísono. Una vez que sus corazones estaban tranquilos y claros, procedió a disipar sus dudas y preocupaciones, hablándoles de manera simple y concisa: "No tengáis miedo. Mientras meditáis, centrándoos en '*buddho, buddho, buddho*', los espíritus nunca os molestarán. Todo el mundo se enferma en algún momento de la vida. Pero es absurdo pensar que la enfermedad es causada por fantasmas y espíritus. Nuestros cuerpos constantemente decaen y se renuevan. El cuerpo humano y la enfermedad van de la mano. No tiene sentido pedir ayuda a vuestros familiares muertos. Es mucho mejor practicar la meditación y dedicar el mérito de vuestras acciones a sus espíritus. Así ambos obtendréis algún beneficio."

De costumbre, los habitantes del pueblo - especialmente los buddhistas devotos - reservaban parte de cada día de observancia lunar para las actividades religiosas. Iban al monasterio para ofrecer comida, ayudar con las tareas, escuchar las enseñanzas de Dhamma, practicar meditación o realizar una combinación de estas actividades. Tapai, teniendo ahora 13 años, a menudo acompañaba a sus padres en las excursiones

mañaneras al monasterio del bosque de la cueva de Banklang. Siendo una chica, sin embargo, no se le permitía mezclarse con los monjes. Así que, cuando Ajaan Sao hablaba a los laicos, Tapai estaba sentada lejos de él, en la parte posterior de la sala, justo alcanzando a oír su voz suave y cálida.

Sentada detrás de las mujeres y mirando por encima del hombro de su madrastra, Tapai absorbió la atmósfera y las enseñanzas. Ella, al igual que todos los habitantes del pueblo, había heredado las creencias locales culturales como algo que no se dudaba. Su visión del mundo estaba influenciada por el mismo fondo cultural. Sin embargo, aunque conocía la existencia de los espíritus desde su primera infancia, Tapai no era una persona supersticiosa. Prefería, a cambio, buscar relaciones causa-efecto por medio del sentido común. Así que, mientras que su familia seguía teniendo un pequeño altar en honor a los espíritus, la inclinación natural de Tapai era abrazar el Buddha y la verdad de su enseñanza.
De esta manera, desde una edad temprana, Tapai sintió la influencia duradera de Ajaan Sao. Correspondía a su manera simple, con los pies en la tierra, su temperamento sereno y tranquilo, su aspecto noble y digno. Inspiró una profunda devoción en ella y dejó una huella indeleble con su carácter, sus palabras, su presencia misma. A pesar de que en realidad no se esforzaba por concentrar su mente en la meditación como Ajaan Sao instruía, Tapai sintió en su corazón que Ajaan Sao había alcanzado la paz perfecta. Pronto, Tapai sintió que la fuerza sutil de la personalidad de Ajaan Sao tiraba de ella para que tomara una nueva dirección.

La primera vez sintió este tirón en una ocasión memorable. Escuchó Ajaan Sao alabar a las mujeres por su generoso apoyo de los monjes. Sus ofrendas diarias de alimentos y otras necesidades no eran sólo de beneficio para los monjes, sino también eran una bendición para su propio futuro. Luego añadió, breve y enfáticamente, que la virtud de la generosidad no era nada comparada con la virtud de la renuncia practicada por las monjas vestidas de blanco que meditaban en el bosque. Esta observación movió a Tapai en el centro de su ser. Las monjas, dijo Ajaan Sao, eran un campo fértil de mérito para todos los seres vivientes. Con este pronunciamiento, Ajaan Sao había plantado una semilla pequeña en el corazón de la joven, que un día crecería para convertirse en un árbol Bodhi majestuoso.

No dudes del valor de la meditación ni subestimes tus habilidades. Conténtate con el progreso que haces, sea el que sea, porque refleja una parte de la verdad que estás buscando. Como tal, es algo en lo que puedes confiar.

Bendición de Una Vida

Ajaan Sao pasó tres años viviendo en las cercanías del pueblo de Baan Huay Sai, primero en un sitio del bosque, luego en otro. Cuando abandonó el distrito de Kham Cha-ee y siguió su camino hacia el norte, el paisaje religioso de la zona había cambiado para siempre. Ajaan Sao fue tan influyente, que la mayoría de la gente del lugar entonces prefería las prácticas buddhistas sobre el culto a los espíritus.

El padre de Tapai había acompañado a Ajaan Sao a los diferentes lugares de la zona, proponiendo nuevos lugares apartados y trabajando con sus amigos para construir pequeños refugios de bambú para Ajaan Sao y sus discípulos. Como todo el mundo, agradecía el renacimiento buddhista entre la comunidad. Aunque el padre de Tapai se entristeció al ver la partida de Ajaan Sao, se consoló al mismo tiempo sabiendo que el buddhismo se había establecido ahora firmemente en los corazones y las mentes de sus vecinos Phu Tai. Sin embargo, no se imaginaba que la partida de Ajaan Sao sería sucedida por la llegada del maestro buddhista más venerado de todos ellos.

Ajaan Mun Bhuridatto pronto iba a ser leyenda. La historia de su vida y logros espirituales iban a tener un estatus exaltado sin precedentes en la historia moderna de Tailandia. Su excelente reputación había llegado a las provincias del nordeste, transmitida de boca en boca en toda la región. Se decía que exponía la profunda naturaleza del Dhamma con tal poder y persuasión que incluso los espíritus fueron sometidos en su presencia. Devas, nāgas, garudas y asuras, todos estaban cautivados por el aura de su gran amor y compasión. Su modo de vida austero le había convertido en un maestro del ascetismo, un pionero del estilo de vida *dhutanga*. Sus discípulos, los monjes que vivían según su ejemplo, se habían convertido en su legión, y los guiaba con la inflexible disciplina de un guerrero espiritual consumado. Había un rumor que decía que encontrarse una sola vez con Ajaan Mun, significaba tener toda una vida de buena suerte.

Siendo un caminante puro, Ajaan Mun rara vez se quedaba en el mismo lugar para más de un retiro de lluvias. Después del final de las lluvias, él y sus monjes vagaban

libremente, sin cargas, a través de las alejadas vastas zonas del noreste, como pájaros felices, volando tranquilamente a donde el viento los llevara. Como pájaros que vuelan libremente y se contentan con sentarse en un árbol, una laguna o una ciénaga; para luego levantar el vuelo y dejar todo atrás sin apegarse a nada, de la misma manera los monjes dhutanga llevaban una vida de desapego sublime.

Así que, en 1917, cuando se acercaba la estación del monzón anual rápidamente, Ajaan Mun y un grupo de sesenta monjes bajaron del norte, hasta llegar a las estribaciones boscosas que rodeaban al pueblo de Baan Huay Sai. Acamparon bajo unos árboles, en cuevas, debajo de acantilados que sobresalían de las rocas y en los cementerios cercanos. Después de que Ajaan Sao hubiera encontrado su camino al corazón de la comunidad de Baan Huay Sai, la llegada de Ajaan Mun causó un gran revuelo de excitación. Los aldeanos estaban emocionados con la perspectiva de hacer méritos apoyando a los monjes. Todo el pueblo de Baan Huay Sai dio la bienvenida a los monjes del Dhamma con fe y gratitud.

Ajaan Mun y sus discípulos comenzaron a practicar en su nuevo entorno, llevando una vida sencilla y meditando en la tradición del dhutanga. Muchos aldeanos acudían al campamento en la ladera del monte en los días de observancia lunar, y los padres de Tapai se aseguraron de no faltar. En ese tiempo, Tapai apenas era consciente de la reputación distinguida de Ajaan Mun. Había oído mencionar su nombre en relación con Ajaan Sao - los dos habían sido compañeros íntimos espirituales, animándose mutuamente en el camino de la práctica. Esto sí que lo sabía Tapai, pero poco más. Acompañando a sus padres de vez en cuando, se dio cuenta de las diferencias entre Ajaan Mun y Ajaan Sao. Pronto vio que el carácter contundente y dinámico de Ajaan Mun contrastaba mucho con el temperamento sereno y equilibrado de Ajaan Sao. Físicamente, Ajaan Mun era más bajo y más delgado que Ajaan Sao; pero cuando hablaba, era mucho más activo: sus brazos volaban, sus manos gesticulaban de manera dramática, y su voz tenía la intensidad de un trueno.

Al prinicipio, Tapai sentía un poco de miedo de Ajaan Mun; un poco recelosa de su intensidad. Todas las mañanas cuando, en el pueblo, colocaba ofrendas de comida en su cuenco, Ajaan Mun a menudo se detenía y se dirigió a ella directamente, animándola a ir a verlo más a menudo. Pero, sintiéndose algo asustada y tímida en su presencia, Tapai sólo se atrevía a ir en los días de especial relevancia religiosa con sus padres y un grupo de los aldeanos locales. Ajaan Mun siempre era excepcionalmente amable con ella, dándose cuenta, a menudo, de su presencia en los días de observancia lunar e intercambiando algunas palabras con ella. Sabiendo intuitivamente que ella poseía un potencial espiritual poco común y una devoción profunda, empezó a animarla a meditar. Le explicó la misma técnica básica que había enseñado Ajaan Sao: la repetición silenciosa de la palabra meditativa '*buddho*', practicada repetida y continuamente hasta convertirse en el único objeto de su conciencia. Hizo hincapié en que la atención plena - siendo consciente sólo

de la recitación de momento a momento de cada sílaba, *bud-dho, bud-dho* - debía estar presente para dirigir sus esfuerzos: la haría estar alerta y plenamente atenta al surgir y decaer de cada repetición. Un método simple, pensó ella; pero, debido a su modestia instintiva, dudó al principio sobre si practicarlo o no.

Como Ajaan Mun insistió reiteradamente en que intentara a practicar la meditación, Tapai comenzó a sospechar que debía poseer cierta capacidad inherente. Pensó: "Yo soy sólo una chica común de un pueblo, pero debo tener alguna virtud inherente. ¿Por qué si no iba a mostrar tanto interés en mí? A partir de ahora, debería hacer caso a su consejo y tratar de practicar la meditación en la forma que ha tenido a bien enseñarme."

Una tarde, después de la cena, Tapai se dispuso a retirarse y se fue pronto a su dormitorio. Todo el día había sentido una voluntad determinada brotando en el interior de su corazón: hoy era el día para centrar su atención en la repetición de *buddho*, al igual que Ajaan Mun le había enseñado. Con devoción y un serio sentido de propósito, Tapai empezó a repetir mentalmente la palabra de meditación *buddho*. Después de unos quince minutos de recitación constante y deliberada, su mente consciente de repente se dejó caer al corazón y convergió en un profundo estado de tranquila quietud. Fue como si hubiera caído de repente al fondo de un pozo, donde su cuerpo y mente se desvanecieron en el silencio. La experiencia fue tan nueva, y tan extraordinaria, que no tenía idea de lo que le había sucedido.

Después de un breve tiempo, su mente se retiró algo del samadhi profundo, y ella fue incómodamente consciente de una imagen de su cuerpo tendido y muerto delante de ella. Reconoció su propio cadáver con mucha claridad. La imagen era tan real y tan viva en detalle, que la convenció de que debía haber muerto. De repente, aparentemente de la nada, un pensamiento ansioso rompió la calma: "Ya que estoy muerta, ¿quién tomará mi lugar para cocinar el arroz y colocarlo en los cuencos de los monjes mañana? ¿Quién va a decirle a Ajaan Mun que he muerto esta noche, sentada en meditación?"

Suprimiendo rápidamente estas preocupaciones, Tapai estabilizó su mente y aceptó su destino. Reflexionó: "Si estoy muerta, ¡estoy muerta! Todo el mundo está condenado a morir. Nadie puede escapar de la muerte. Incluso un gran rey debe morir un día."

Su mente resolvió entonces que tenía que centrarse y se fijó en el cuerpo muerto que yacía ante ella. La imagen no se había desvanecido ni había cambiado en lo más mínimo, lo que reforzó la impresión de que realmente estaba muerta. Mientras ponderaba las consecuencias de su muerte sin llegar a ninguna conclusión, un pequeño grupo de aldeanos locales entró en su campo visual. Simplemente se materializaron en la imagen, poco a poco levantaron su cuerpo inerte, sin vida, y lo llevaron al cercano lugar de incineración. Cuando los habitantes del pueblo colocaron su cuerpo en medio del área desolada, se dio cuenta de que Ajaan Mun y un grupo de monjes se acercaban

solemnemente al cadáver. Ajaan Mun se detuvo frente al cuerpo y miró hacia abajo por un momento antes de mirar a los monjes y decir: "Esta chica está muerta. Ahora voy a realizar los ritos funerarios.".

Los monjes seguían mirando de manera impasible, con la cabeza ligeramente inclinada, y Ajaan Mun entonó en voz baja el canto fúnebre: "*Aniccā vata saṅkhārā* ..."

> "Cuando los componentes que conforman el cuerpo han muerto, el cuerpo ya no sirve para nada. El corazón, sin embargo, no muere; sigue trabajando sin cesar. Cuando se desarrolla en el camino de la virtud, sus beneficios son ilimitados. Pero si se utiliza de manera nociva, se convierte en un peligro para uno mismo."

Con una tranquila deliberación, Ajaan Mun repitió esta frase lentamente tres veces seguidas. De pie, alto y completamente inmóvil, con excepción del movimiento de su brazo, golpeó suavemente su cadáver tres veces con su bastón, declarando con cada golpe: "El cuerpo no dura; habiendo nacido, debe morir. El corazón, sin embargo, sí dura. Nunca ha nacido, y no muere cuando el cuerpo muere. Está en constante movimiento, girando y cambiando, siguiendo las causas y condiciones que lo dirigen."

Siguiendo golpeando el cadáver suave y rítmicamente con la punta de su bastón, Ajaan Mun parecía reiterar esta verdad una y otra vez. Con cada golpe suave de su bastón, su cuerpo empezó a descomponerse. Primero la piel se abrió y desprendió, exponiendo la carne debajo. Más golpecitos hicieron que la carne y los nervios se pudrieran, revelando los huesos y órganos internos. Como en trance, Tapai observaba pasivamente como todo su cuerpo decayó rápidamente, hasta que sólo los huesos duros se mantuvieron intactos. Colocando la mano en medio de los restos del esqueleto y recogiendo el "núcleo" del corazón para tenerlo en la palma de la mano, Ajaan Mun anunció:

> "El corazón nunca puede ser destruido. Si fuera destruido, nunca recuperarías la conciencia."

Tapai siguió el desenvolvimiento de toda la escena con una mezcla de asombro y temor. No estaba segura de cómo entenderlo. ¿Cuándo Ajaan Mun terminó de hablar, ella se preguntó: "Si todo el cuerpo se descompone en la muerte, dejando sólo los huesos, qué es lo que recupera la conciencia?"

Sin dejar de mirar el núcleo en su mano y sin levantar la vista, Ajaan Mun respondió de inmediato a su pensamiento: "¡Ha de volver! ¿Cómo no ibas a recuperar la conciencia cuando el núcleo que la trae de vuelta todavía está allí? Recuperarás la conciencia mañana al amanecer."

Tapai pasó toda la noche sentada en meditación, completamente absorta en la visión de su cadáver. Sólo con la primera luz del alba su mente se retiró del samadhi profundo. A medida de recuperar la conciencia de sí misma, miró su cuerpo, sentado en la cama. Se dio cuenta, con un suspiro de alivio, que no había muerto. Su estado normal de vigilia había vuelto, y se complacía de estar viva. Pero, entonces, cuando reflexionó sobre los acontecimientos de la noche, empezó a reprenderse por quedarse dormida y soñar durante toda la noche cuando debería haber estado meditando en su lugar. Estaba segura de que Ajaan Mun iba a estar decepcionado con ella.

Más tarde en la mañana, Ajaan Mun pasó por su casa durante su ronda diaria para pedir limosnas. Cuando Tapai colocó comida en su cuenco, él la miró de forma inquisitiva; luego sonrió y le dijo que fuese a verlo cuando hubiera terminado de comer. Su padre la acompañó en el paseo familiar hasta el campamento, sin saber por qué le había pedido a su hija que acudiera. ¿Podría haber un problema? Tapai caminaba en silencio, dando vueltas al asunto y sintiendo vergüenza de sí misma por haberse quedado dormida durante la meditación. ¿Qué iba a decir a Ajaan Mun? Sin duda él estaría disgustado. Ella quería esconderse, pero no sabía dónde, ni cómo.

Tan pronto como entraron en el campamento, Tapai murmuró alguna excusa para su padre y salió corriendo a ayudar a las mujeres a buscar agua al arroyo. Al ver que Tason se acercaba sólo, Ajaan Mun estaba sorprendido y preguntó por el paradero de Tapai. Así que Tason rápidamente fue a buscar a su hija al arroyo.

Nerviosa e inquieta, Tapai se arrastró hasta donde estaba sentado Ajaan Mun y se inclinó tres veces ante él. Inmediatamente, antes de que ella hubiera tenido tiempo para tomar aliento, él le preguntó: "¿Cómo fue tu meditación anoche? "Con timidez y torpeza, ella respondió: "Terrible, señor. Después de repetir *buddho* durante unos quince minutos, sentí que mi mente cayó en un pozo profundo. Después de eso, me quedé dormida y soñé durante toda la noche. Cuando me desperté en la madrugada, estaba tan decepcionada con mi meditación que todavía no puedo superarlo. Estoy muy preocupada de que me vaya a regañar por mi falta de esfuerzo.".

Al oír esto, Ajaan Mun rió con alegría y le preguntó inmediatamente: "¿Cómo has dormido? ¿Y con qué has soñado? Por favor, cuéntamelo.".

Cuando ella le contó lo que había sucedido, él se rió a carcajadas. Encantado con su historia, dijo, "¡Eso no fue sueño! ¡No soñabas! Lo que experimentaste fue el estado integrado de calma, lo que se llama *samadhi*. Recuérdalo bien. Lo que pensaste que era un sueño era en realidad una visión que surgió de manera espontánea de la concentración profunda de *samadhi*. Si tienes alguna otra experiencia de esta clase, sólo relájate y permite que suceda. No hay necesidad de estar preocupada o asustada. No quiero que tengas miedo, pero debes mantenerte alerta y plenamente consciente de lo que ocurre en tu

meditación. Mientras yo viva aquí, ningún daño vendrá a ti. Pero de ahora en adelante, por favor, ven y cuéntame las visiones que experimentes en la meditación. "

Cultiva tu mente, como un agricultor cultiva sus campos. Despeja el terreno poco a poco; prepara el suelo; ara las hileras; siembra las semillas; extiende el estiércol; riega las plantas y quita la mala hierba. Finalmente, tendrás una buena cosecha.

El Bosque de Moreras

Tapai pasó sus años de adolescencia y formación trabajando duro. Diligente y enérgica por naturaleza, siempre trabajaba por iniciativa propia, sin necesidad de ser engatusada o coaccionada. Un año, cuando la cosecha ya estaba hecha y el grano crudo estaba almacenado de forma segura, se afanó en la plantación de moreras.

Los Tai Phu estaban especializados en la crianza de gusanos de seda para convertir los hilos de seda cruda de sus capullos en hilo y tela, y las hojas de morera eran la dieta principal del gusano de seda. Una vez que la fruta de la morera maduraba, sus hojas se cortaban y se extendían en el interior de cestas anchas y poco profundas, llenas de gusanos de seda. Tapai sabía que un bosquecillo de moreras sería un recurso rentable, una fuente adicional de sustento para su familia.

Tapai había aprendido sobre la cría de gusanos de seda de su madrastra y ahora intentaba producir su propia fuente independiente de hojas de morera. Tapai se complacía en la limpieza de una parcela de terreno elevado en el otro extremo del campo familiar, un montículo grande de tierra en parte cubierta por árboles, apto para un bosquecillo de moreras. Trabajando de forma diligente, limpió y niveló el terreno. En las partes llanas y limpias, limitadas por árboles de madera dura que protegían con su sombra a los plantones del implacable sol, Tapai plantó los árboles de morera. Los cuidó hasta que echaron raíces y empezaron a florecer en el húmedo calor tropical. Tan pronto como los árboles en su bosquecillo maduraron, planeó comenzar con la cría de gusanos de seda.

No mucho después, Tapai oyó como Ajaan Mun explicó a los aldeanos que estaba buscando un lugar adecuado para pasar el retiro de la época de las lluvias. Tendría que ser un tramo amplio de terreno elevado donde el follaje no fuera demasiado denso, y donde la tierra estuviera algo expuesta al calor secante del sol, de modo que la humedad no se convirtiera en demasiado opresiva durante la larga estación del lluvioso monzón. Tapai pensó de inmediato en su bosquecillo de moreras. Se levantó sobre los campos de arroz en una loma que permitía que el agua de lluvia se escurriera fácilmente. Las brisas de los campos de arroz ayudaban a alejar la humedad y mantener el área fresca. Los claros nivelados, donde había plantado los árboles de morera, eran adecuados para la

construcción de cabañas de bambú; y los árboles del bosque proporcionaban un aislamiento adecuado.

Después de consultar a su padre y a sus hermanos, invitó a Ajaan Mun a visitar su propiedad de modo que pudiera ver su idoneidad por sí mismo. Cuando Ajaan Mun mostró alegría y satisfacción por el entorno, Tapai sonrió con alegría y se dispuso a pedir al gran maestro que aceptara la tierra como un regalo y que, por compasión hacia ella, pasara el retiro de las lluvias allí. Pero, antes de que pudiera abrir la boca para hablar, Ajaan Mun declaró en voz alta para que todos pudieran oírle, que el bosquecillo era precisamente el tipo de lugar que necesitaba para construir un pequeño monasterio paras la época de las lluvias que se avecinaba. Sorprendida al principio, Tapai olvidó decir algo, como si todo estuviera ya resuelto y no hubiera nada más que decir. Ajaan Mun se volvió hacia ella con una sonrisa burlona. En el corazón de Tapai, el bosquecillo de moreras ya le pertenecía al maestro, ambos lo sabían. Lo único que tenía que hacer era formular una oferta formal. Tapai rápidamente se echó de rodillas, se postró tres veces a sus pies y le suplicó que amablemente aceptara el pedazo de tierra como un regalo por parte de toda su familia. Ajaan Mun asintió con la cabeza y bendijo su generosidad. Le aseguró que, como fruto del mérito que acababa de hacer, nunca sería pobre durante su vida.

El nuevo monasterio de Ajaan Mun se llamaba Wat Nong Nong, tomando el nombre de un cercano pantano de tierras bajas. Dirigidos por el padre de Tapai, los hombres de la aldea rápidamente pusieron manos a la obra, talando y aserrando árboles pequeños y cortando y partiendo bambú para construir cabañas sencillas para Ajaan Mun y sus discípulos. Ajaan Mun sólo permitió que doce monjes vivieran con él en Wat Nong Nong durante las lluvias, el resto se dispersó a diferentes lugares en el distrito de Kham Cha-ee para vivir en grupos pequeños que dependerían de uno de los muchos pueblos en la zona. Ajaan Mun deliberadamente mantenía sus discípulos dispersados en lugares diferentes que no estuvieran demasiado cercanos los unos de los otros, pero, sin embargo, lo suficientemente cercanos a Wat Nong Nong, para que pudieran sin dificultad buscar su consejo cuando se enfrentaban a problemas en su meditación.

A pesar de que las cabañas con techo de paja eran bastante pequeñas en Wat Nong Nong, la sala central tenía que ser lo suficientemente grande para albergar de cincuenta a sesenta monjes que se iban a reunir regularmente en los días de observancia lunar viniendo de diferentes lugares para escuchar las recitaciones de las reglas monásticas. Por ello, los ancianos del pueblo pusieron gran cuidado en su construcción, cortando y recortando postes de madera sólida y vigas para reforzar el marco estructural, y elevándolas del suelo sobre pilotes a una altura de cuatro pies para garantizar la protección contra inundaciones durante los fuertes aguaceros.

Tapai estaba sentada entre la congregación en Wat Nong Nong para celebrar el primer día del retiro de las lluvias. Desde su asiento elevado, Ajaan Mun se dirigió a una gran

multitud de seguidores locales que salieron en tropel de la sala y se dispusieron en el terreno debajo de él, donde había esteras de paja para que se pudieran sentar. Empezó alabando las virtudes de la generosidad, y Tapai sintió como un cálido resplandor elevó su corazón al reconocer que al regalar la tierra ella ha hecho posible esta ocasión inspiradora.

Con una voz potente, estruendosa, Ajaan Mun explicó que el valor real de dar es el mérito obtenido a través de actos de auto-sacrificio. Los regalos más meritorios son los que se dan libremente en beneficio de otros sin esperar nada a cambio, excepto los buenos resultados del propio acto de generosidad. Las cualidades espirituales obtenidas a partir de este esfuerzo caritativo se experimentan en el corazón como mérito y bondad. Y la inspiración tras la buena intención de dar viene del corazón. Hizo hincapié en que es el corazón el que siembra las semillas de la virtud, y es el corazón el que recoge la cosecha. Los actos de generosidad son una inversión para el futuro ya que son las bases de un renacimiento favorable.

A continuación, Ajaan Mun expuso las virtudes de la conducta moral. Explicó que la virtud moral adquirida por la fiel observancia de los cinco preceptos morales es la base de ser un ser humano decente. Cada uno de los cinco preceptos conlleva un beneficio particular. Absteniéndonos de dañar a los seres vivientes podemos esperar disfrutar de buena salud y longevidad. Al abstenernos de robar, nuestras riquezas y propiedades estarán a salvo de robos y desgracias. Al abstenernos del adulterio, las parejas serán fieles el uno al otro y vivirán contentos sin sentimientos de culpa o vergüenza. Al abstenernos de mentir, las personas confiarán en nosotros y nos respetarán por nuestra integridad. Al abstenernos de intoxicantes, guardaremos nuestra inteligencia y seguiremos siendo personas listas, con conocimientos, que no son fácilmente engañadas ni presa de confusión.

Las personas que mantienen un alto nivel de virtud moral tienden a tranquilizar los seres vivos en todas partes, transmitiendo una sensación de satisfacción y confianza mutua, y promoviendo este sentimiento en otros. El poder de la moralidad, que nos apoya y protege, nos asegura el renacimiento en los reinos superiores de existencia, por lo que aquellos que se adhieren a altos estándares morales seguramente llegarán a un destino celestial en su próxima vida.

Y, aunque tantas cosas buenas son consecuencia de una vida virtuosa, Ajaan Mun siguió explicando que la meditación trae consigo la recompensa más grande de todas. El corazón es el elemento más importante en todo el universo; y nuestro bienestar material y espiritual depende del bienestar de nuestro corazón. Dijo que vivimos gracias a nuestro corazón. Tanto la satisfacción como el descontento que sentimos en esta vida se experimentan en el corazón. Cuando morimos, se lo debemos a nuestro corazón. Renacemos de acuerdo con nuestro *kamma* - con el corazón como la única causa. Ya que

es la fuente de todo, deberíamos entrenar nuestro corazón de la manera correcta para que nos comportemos correctamente, ahora y en el futuro. A través de la meditación, el corazón se puede entrenar correctamente. Al utilizar la meditación para controlar los pensamientos revoltosos, se puede establecer un fundamento firme para la calma y la alegría espiritual.

Durante los siguientes tres meses, Tapai se aplicó con entusiasmo a su práctica de meditación. Apoyada por su gran fe en Ajaan Mun y alimentada por sus sabios consejos, su práctica se desarrolló rápidamente. Teniendo una inclinación natural a tener visiones y a la experiencia de fenómenos psíquicos, se encontró con muchas cosas sorprendentes y misteriosas en su práctica nocturna de samadhi. Reconociendo sus capacidades inherentes, Ajaan Mun mostró una atención especial a Tapai. Durante sus meditaciones, dirigía cada noche el flujo de su conciencia hacia ella para investigar su estado actual de ánimo. Por lo tanto, estaba constantemente consciente de sus experiencias durante la meditación. Cuando vio que su práctica fue excepcional en una determinada noche, le pidió al día siguiente ir a verlo en el monasterio.

Cada mañana, poco después del amanecer, Tapai colocaba alimentos en el cuenco de Ajaan Mun cuando caminaba por el pueblo para pedir limosna. De pie, en línea con los demás aldeanos, ella esperó a que Ajaan Mun recibiera alimentos de los que iban delante de ella. Ajaan Mun rara vez hablaba con alguien cuando pedía limosnas, pero en los días en los que vio que la meditación de Tapai había sido especialmente buena, se detuvo mientras recibía comida en su cuenco y le pidió que viniera a visitarlo después de terminar de comer. Acompañada por su familia, Tapai caminó hasta el monasterio más tarde esa mañana. Cuando comenzó a contar a Ajaan Mun lo inusual de sus experiencias, los monjes que estaban con él rápidamente se reunieron alrededor de ellos para escuchar. Estaban ansiosos por escuchar sus historias sobre los reinos no físicos de la existencia, y por escuchar las instrucciones de Ajaan Mun sobre cómo tratar con ellos.

Ajaan Mun siempre daba una bienvenida afectuosa a Tapai y escuchaba con simpatía a todo lo que ella decía. Se dio cuenta de que su mente poseía inherentemente tendencias emprendedoras y dinámicas que la ponían fácilmente en contacto directo con diferentes fenómenos que la persona media no podía percibir. Pudo aprovechar su vasta experiencia en estos temas para darle asesoramiento oportuno y convincente. Pronto se desarrolló un vínculo espiritual fuerte entre el venerable maestro de meditación y su joven discípula. Tapai sintió una profunda devoción por Ajaan Mun, y se sabía privilegiada de recibir gran parte de su tiempo y atención.

Un día, poco después de acabar el retiro anual de lluvias que dura tres meses, Ajaan Mun preguntó por Tapai. Le dijo que él y sus monjes pronto abandonarían el distrito para continuar vagando de un lugar a otro, al estilo tradicional de los monjes *dhutanga*. La miró desde arriba con las cejas arqueadas y una débil sonrisa en los labios y le preguntó si tenía

novio. Tapai negó con la cabeza y dijo que no. Él asintió lentamente con la cabeza y le sugirió que se ordenara como renunciante de hábito blanco y que lo siguiera en sus viajes, si lo deseaba, pero antes tenía que obtener el permiso de su padre. Ella lo miró fijamente, sin habla, y él la instó en silencio a contestarle. Intentando respirar profundamente, y buscando las palabras adecuadas, Tapai dijo que quería ser ordenada e ir con él, pero que temía que su padre nunca lo permitiría. Con una sonrisa tranquilizadora y una rápida inclinación de la cabeza, Ajaan Mun la envió a su casa.

El padre de Tapai no recibió bien la propuesta. Se negó a concederle el permiso para ordenarse porque temía que, si su hija luego dejaba los hábitos y volvía a la vida laica, tendría dificultades para encontrar esposo. Le instó a disfrutar de una vida normal y estar satisfecha con las prácticas religiosas de una mujer laica.

Recibiendo las noticias con una sonrisa de complicidad, Ajaan Mun animó a Tapai a ser paciente -su momento llegaría. Mientras tanto, tendría que seguir sus instrucciones de despedida de forma explícita. Insistió fuertemente que ella dejara de practicar meditación después de su partida. Le dijo que debía, de momento, contentarse con vivir una vida mundana. Cuando el momento llegara, ella tendría otra oportunidad para desarrollar sus habilidades meditativas. Le prometió que en el futuro iba a llegar otro instructor cualificado para ser su guía en el camino correcto. Mientras tanto, ella debía tener paciencia.

Ajaan Mun vio que la mente de Tapai era extremadamente aventurera y dinámica por naturaleza. Todavía no tenía suficiente control sobre su concentración mental para poder meditar con seguridad por su cuenta. Si ocurriera algo desfavorable durante su meditación, no tendría a nadie para ayudarla en su ausencia. Se dio cuenta de que Tapai necesitaba un instructor de meditación muy habilidoso que pudiera frenarla cuando se le fuera de las manos; de lo contrario, fácilmente podría seguir un camino equivocado y dañarse a sí misma. Por esta razón, le prohibió meditar después de que él abandonara el distrito.

Aunque Tapai no entendía las razones de Ajaan Mun para esta estricta prohibición, tenía una enorme fe en él. Aunque quería seguir con su práctica de la meditación, tanto que sentía como se le rompía el corazón, dejó de practicar. Tardaría 20 años en volver a practicar la meditación.

Tu cuerpo, tu mente, tu vida - éstos no te pertenecen, así que no dependas de ellos para que te traigan la verdadera felicidad.

Sumida en Trabajo Sin Fin

Tapai se volvió poco habladora y ya no quería ver a gente tras la partida de Ajaan Mun. La alegría y la emoción que invadía su vida decayó y desapareció cuando dejó de meditar. Tímida por naturaleza, Tapai ya no estaba motivada para mezclarse con la gente; en vez de ello, se centró en el trabajo, lo que la mantenía constantemente ocupada. Sus manos estaban siempre ocupadas; su cuerpo en constante movimiento. Plantaba algodón, peinando e hilando las bolas blancas en carretes de hilo denso, que luego convirtió en tejido. Cuidaba de árboles índigo que, tras cortarlos y aplastarlos para extraer un color azul oscuro, servía para teñir la tela. Se sentaba durante horas en el telar, desmenuzando carretes de seda e hilos de algodón para tejer la tela, que cortaba y cosía meticulosamente en faldas y blusas holgadas. Luego las teñía con bonitos patrones. Siguió plantando moreras para criar gusanos de seda. Hilaba la seda cruda, tejiéndola en ropa basta, adecuada para las condiciones rigurosas de la vida del pueblo.

También mostró su destreza en la cestería, dando forma de manera artística al bambú y al ratán, haciendo cestas ligeras y duraderas. Cosía almohadas y colchones y los rellenaba con algodón suave. Hacía punto para producir ropa de lana para el frío invierno. En su tiempo libre remendaba prendas viejas y desgastadas con un ojo agudo y un toque delicado. Conocía las mejores hierbas silvestres por su aspecto y olor y recogía puñados de éstas y verduras silvestres en excursiones por la fresca selva que duraban todo un día. Al volver a casa por la tarde con las cestas llenas, Tapai cortaba y picaba lo que había encontrado, luego cocinaba las raíces y hojas crudas con trocitos de carne o pescado para crear una comida sana y buena.

Los múltiples talentos de Tapai llamaban la atención en la comunidad de Phu Tai. Las mujeres jóvenes con habilidades tradicionales eran alabadas y consideradas novias excepcionales. Además de eso, poseía otros rasgos apreciados, tales como la resistencia, confiabilidad, lealtad a la familia y la tradición; así como el respeto a los mayores. En poco tiempo, comenzaron a aparecer pretendientes. Uno en particular, un muchacho de la vecindad un año más joven que Tapai, llamado Bunmaa, se atrevió a pedir su mano a sus padres. Todavía profundamente conmovida por la enseñanza de Ajaan Mun, Tapai no mostró ningún interés en asuntos románticos y nunca había pensado seriamente en el matrimonio. Pero cuando sus padres accedieron al matrimonio deseado por Bunmaa, ella no estaba preparada para desobedecer sus deseos. Tal vez era inevitable, era parte de esta vida mundana que debía contentarse con vivir - por el momento.

Tapai y Bunmaa se casaron en una ceremonia tradicional Phu Tai al principio de la estación de los monzones en su decimoséptimo año de vida. Como dictaba la tradición, ella se fue a vivir con la extensa familia de su marido que no vivía lejos de sus padres. Allí se quedó con ellos en una gran casa de madera construida sobre pilotes y con un techo de dos aguas de paja. Una vez más, era la más joven de la familia y se espera que cargara con el peso del trabajo diario. Su temperamento fuerte y persistente significaba nunca rehuir el trabajo duro. Pero Bunmaa era un hombre despreocupado, amante de la diversión al que le gustaba charlar mientras otros hacían el trabajo. Él prefería contratar a chicas jóvenes del pueblo para que ayudasen en la siembra y cosecha del arroz, y a menudo se divertía con bromas y coqueteando con ellas mientras su esposa trabajaba cerca de él - incluso chismorreaba con ellas sobre Tapai a sus espaldas. Tal vez estaba esperando una reacción de celos; pero ella fingió indiferencia, y guardó silencio sobre sus indiscreciones.

Tapai se encontró inmersa en trabajos interminables - el trabajo de estar vivo, el trabajo de la comida y de vivienda, las tareas incesantes de una joven esposa. Despierta antes de que saliera el sol, trabajando rápidamente a la pálida luz de las velas, encendía trozos de madera negra, carbonizada amontonada sin apretar en una pequeña estufa de barro, avivando las llamas hasta ver el brillo de las brasas al rojo vivo. Agua hirviendo alimentaba de vapor una cesta en forma de cono, en la que se cocinaban los granos de arroz pegajoso al calor intenso de sus vapores. Se cocinaba todo el arroz para un día a la vez – suficiente para tres comidas para ella, su esposo y algo más para las visitas.

Los animales de granja que vivían en el patio trasero o debajo de la casa encima de la tierra apisonada, necesitaban alimento y agua. El agua siempre era un reto difícil. Los vecinos compartían pozos comunales, situados en distintos puntos del pueblo. Allí, el agua se sacaba a mano y se llenaban cubos de madera, de dos en dos, que se transportaban de vuelta a la casa, suspendidos de cada extremo de un palo de madera en equilibrio sobre el hombro. Los aldeanos iban y venían, una y otra vez, haciendo muchos viajes para llenar los grandes barriles de cerámica de almacenaje. Era una tarea agotadora, pero había que hacerla. El agua era necesaria para beber y lavar: lavar los platos, lavar la ropa y quitar la suciedad y la mugre del cuerpo después de otro largo y sofocante día.

La vida de la aldea estaba inextricablemente ligada al cultivo de arroz. A su vez, el arroz dependía de las lluvias, el ciclo anual de rejuvenecimiento. La lluvia era auspiciosa; era celebrada. Pero, también significaba más trabajo, más trabajo intenso e inevitable. A principios de Mayo se comenzaba a arar, ya que era entonces cuando la tierra en barbecho absorbía los primeros fuertes aguaceros. Parejas de enormes búfalos de agua eran uncidos a engorrosos arados de madera y conducidos varias veces a un extremo del campo y de vuelta para aflojar la tierra. Luego se les llevaba de nuevo de ida y vuelta para pisotear los terrones de barro. Las plántulas de arroz se germinaban en parcelas de vivero y se atendían con mucho cuidado -a menudo con agua recogida de una corriente durante

los períodos secos - hasta que los brotes de arroz estaban listos para ser plantados. La plantación se realizaba en las filas de mujeres con una coreografía atemporal. Doblar la cintura, las mujeres del pueblo avazaban hacia atrás por el barro espeso y empalagoso para colocar los brotes en la tierra.
La temporada de lluvias transformaba el paisaje en un mosaico húmedo y verde de campos de arroz por encima de los que había nubes cargadas de lluvia. Las colinas rodeantes se llenaban de bambú, y un lienzo de una fina llovizna suavizaba los contornos del bonito paisaje. Los brotes de arroz salían en filas irregulares por encima del agua en la que los campos estaban sumergidos. Las mañanas eran tranquilas y brumosas, con un calor húmedo; y las tardes crepitaban con el sonido del croar de las ranas al borde de los campos y gansos afanándose en los estanques.

Cada temporada de lluvias llegaba con su conjunto de inquietudes para Tapai. Ella se preocupaba por la sequía en agosto, cuando los vientos del suroeste comenzaban a ceder; y las inundaciones de septiembre, cuando los tifones golpeaban la tierra y las lluvias llegaban con fuerza, cortando el campo en trozos. Los caminos, hechos barro por las lluvias y estropeadas por los carros y los búfalos de agua, ponían a prueba la resistencia de humanos y animales. La lluvia caía inexorablemente con lluvias torrenciales seguidas, a veces, de una ligera llovizna. A pesar de todo, el arroz crecía verde y alto.

El arroz florecía a mediados de octubre. Los campos se convertían en un mar de borlas de oro, ondulando suavemente a la brisa de otoño. Tapai se unía a toda la familia cuando se apiñaban en los campos para cortar los tallos de arroz en la época de la cosecha. Con un movimiento rápido con sus machetes, los miembros de la familia cortaban las plantas, apilando las gavillas sobre el terreno vacío entre las filas. Durante semanas, todo el mundo trabajaba al pleno sol, inclinado por la cintura, subiendo y bajando las cuchillas, bajando las filas. Las gavillas de arroz, cargadas de semillas, a continuación se dejaban sobre el suelo para que se secaran al sol de octubre.

El trabajo de Tapai era ahora parte de los medios de vida de su nueva familia. Hacía las labores de casa y trabajaba los campos sin quejarse. Soportaba semanas laboriosas, sacando las malas hierbas y apuntalando diques. Después de la cosecha, acampaba con su marido cerca de los campos para velar por la nueva cosecha – la comida del año siguiente – y esperar a que los granos se secaran completamente de manera que podría comenzar la trilla. Ya que trillar y aventar era trabajo de mujeres, Tapai y las otras mujeres tenían que pasar más noches frías durmiendo al aire libre cuando el trabajo del día había terminado.

Hora tras hora, las mujeres arqueaban sus espaldas hacia atrás y hacia delante, forzando sus cinturas mientras trabajaban para aflojar el grano. Levantando gavillas de arroz al aire con los dos brazos, las mujeres repetidamente las pegaban contra el suelo hasta que las semillas se caían del tallo, formando montones de granos gordos y sueltos. Los granos sueltos, a continuación, se aventaban, con ayuda de grandes bandejas hechas uniendo con nudos tiras de bambú. Cada bandeja llena y pesada se lanzaba en repetidas ocasiones al

aire hasta que la ligera paja era dispersada por el viento. Seco, trillado y aventado, el nuevo arroz era cargado en carros de madera maciza tirados por dos búfalos de agua y llevado al pueblo, donde era almacenado a granel en los pequeños establos familiares.

Mis sentidos son bombardeados continuamente: el ojo por las formas, los oídos por los sonidos, la nariz por los aromas, la lengua por los sabores y el cuerpo por el contacto. Investigo todo ello. De esa manera, cada una de las facultades de mis sentidos se convierte en un maestro.

Pequeña Kaew

A Tapai no le gustaba este mundo tan atareado, pero lo toleraba. Su único consuelo real siempre había sido el monasterio, las ceremonias religiosas, las prácticas espirituales. En este vacío, se encontraba aún más restringida por su esposo, que consideraba que el lugar de la mujer estaba en la casa y con su familia; no en el mundo exterior, y menos aún en el mundo espiritual. Creencias muy antiguas de la cultura Phu Tai dividían la vida de la comunidad en esferas distintas: alta y baja, hombres y mujeres. Eso era también parte del mundo de Tapai. Su educación se lo inculcó y no se podían transgredir estas reglas. El marido de Tapai le permitía muy poca libertad personal. Esa era su prerrogativa y parte no escrita del contrato matrimonial. Le prohibió asistir a los días de observancia en el monasterio, y limitó las actividades espirituales de Tapai a ofrecer alimentos a los monjes por la mañana y recitar parittas por la noche. Ella aceptó sus demandas. No tenía otra opción.

Las tareas domésticas y de granja se convirtieron para Tapai en prácticas espirituales que dieron forma a su vida de casada. Sus días eran a menudo largos y tediosos, pero ella se esforzó por convertir el aburrimiento en concentración. Se enseñó a sí misma a concentrarse en medio del caos y de la confusión de la vida, llevando las riendas de su mente y obligándose a concentrarse en medio de sentimientos de ira y resentimiento. Cuando sentía resentimiento por su marido, trataba de transformar sus sentimientos en amor y compasión. Cuando era consciente de envidiar a otras personas, reflexionaba sobre la vida de un renunciante, y sobre cómo Ajaan Mun le había prometido que un día ella iba a renunciar a este mundo para llevar el sencillo hábito blanco de una monja. Tapai entendía de manera intuitiva el valor de la profunda práctica espiritual; pero por el momento tenía que contentarse con la santificación de las prácticas comunes en la existencia cotidiana.

Obedientemente cumplía con todas sus obligaciones. Consciente, todo el tiempo, de que no se sentía satisfecha, Tapai sentía los límites estrechos de su vida: las pequeñas y estrechas esquinas de su matrimonio que la cercaban por todos los lados. Lo que veía, lo que oía, lo que sentía era la insatisfacción. Tenía diecisiete años, y luego, veintisiete. Cada año parecía una repetición del mismo tedio, del mismo sufrimiento. Se resignó a las cosas

como eran, como siempre habían sido, retirándose a sus prácticas contemplativas, y tratando de convertir las pequeñas cosas en sagradas.

Tapai comenzó a pensar más y más acerca de dejar el mundo atrás, a vestir el hábito sencillo y asumir la vida de un monja buddhista libre de complicaciones . Poco a poco, sin exaltaciones, su determinación fue creciendo, ganando impulso con cada temporada que pasaba, hasta que pareció como si nunca hubiera querido otra cosa. Al final, una noche, después de la cena, se arrodilló junto a su marido y trató de hacerle comprender cómo se sentía, cómo quería ser relevada de sus tareas domésticas para poder renunciar al mundo y ser ordenada. La respuesta de su marido fue fría y sin concesiones. Se negó rotundamente, dejando claro que tampoco en el futuro estaría abierto a discutirlo. En silencio, con los ojos obedientemente bajos, Tapai aceptó su juicio y siguió con su vida.

La vida de Tapai seguía siendo casi la misma, día tras día. Con paciencia y esperanza esperó que llegara su hora. Unas semanas después, cuando vio a su marido de buen humor, lo intentó de nuevo, pidiendo su libertad. Y de nuevo, su marido se negó. Dijo que, si él dejaba que se hiciera monja, la gente hablaría, diciendo que ella lo dejó porque él era un marido indigno, porque él no había sabido darle un niño.

Tapai no sabía qué decir. Era cierto que habían vivido juntos durante diez años sin tener hijos. Ambos estaban rodeados por grandes familias numerosas, pero su propia familia nunca había llegado a crecer. Tal vez fuera una consecuencia kámmica afortunada: este giro del destino debería haberlo hecho más fácil para ella. Simplemente podía irse. En su lugar, se utilizó como motivo para impedir su partida. Intentó una vez más razonar con él, para llegar a un entendimiento mutuo, pero fue en vano. Su respuesta fue negativa.

Las familias de los Phu Tai eran generalmente de gran tamaño. Cada nacimiento se celebraba como una victoria de su supervivencia. De cada nuevo hijo se esperaba que ayudase a soportar la carga de trabajo. Los niños crecían para compartir la carga de la agricultura y de la casa, y después se esperaba de ellos que cuidaran de sus padres en la vejez. Después de tantos años de matrimonio sin hijos, las tías y primas de Tapai se preocupaban por su bienestar: ¿quién cuidaría de ella cuando envejeciera?

Por eso, cuando una de sus primas - una mujer con muchos hijos - quedó embarazada una vez más, se decidió que el bebé debía ser entregado a Tapai para que ella lo criara como si fuera el suyo propio. Por acuerdo previo con la madre, Tapai ayudó en el nacimiento de una niña sana, a quien, nada más nacer, acunó cariñosamente en sus brazos y llevó a su casa. Rápidamente le dio el nombre "Kaew" a la niña, su "angelito".

Cuando la gente notó el deleite de Tapai con el bebé, y cuánto afecto maternal le tenía, siempre atenta y cariñosa, comenzaron a llamarla Mae Kaew, "madre de Kaew". Debido a que sonaba tan natural, el nombre se quedó; y de ahí en adelante, se la conocía cariñosamente como Mae Kaew.

La pequeña Kaew creció para ser una chica alegre e inteligente que, con entusiasmo, aprendió de su madre las tareas diarias, imitando con habilidad los movimientos ágiles de Mae Kaew y entrenando su cuerpo joven para asumir el ritmo de trabajo hasta que se convirtió en una segunda naturaleza. Kaew Mae se había visto obligada por la prematura muerte de su madre a desarrollar estas habilidades a una edad temprana, por lo que esperaba de su hija que cultivara el mismo sentido de propósito y compromiso.

Criar a una hija se convirtió en una experiencia lúdica y alegre. Distraía a Mae Kaew de las restricciones de su vida confinada, y la liberó, al menos temporalmente, de su tedio. Deseaba compartir sus anhelos espirituales con alguien, pero Kaew era aún demasiado joven, demasiado inocente, demasiado despreocupada para notar el sufrimiento en el mundo a su alrededor. Para Mae Kaew, que se había familiarizado, hacía ya mucho tiempo, de manera íntima con el dolor y el sufrimiento del mundo, la aflicción sufrida por los que la rodeaban, la afectaba como una herida en el pecho, fuerte y profunda. Sintió la vida dura de la gente del pueblo que todos tenían en común. Luchaban a diario por sus medios de vida. Trabajaban toda la vida, desde la juventud e incluso en la vejez, hasta la muerte. A la alegría del nacimiento le seguía el dolor de la muerte; estragos por inundaciones seguidas de sequías devastadoras.

El mismo año que ella adoptó a Kaew, el padre de Mae Kaew murió. El dolor le siguió a la alegría. Después no llegaron las lluvias, así que no hubo cosecha de arroz. Felicidad y sufrimiento, parecían llegar siempre en pareja, como dos ruedas de un carro que trabajan juntas para conducir la vida de una persona hacia la muerte – y hacia un nacimiento futuro, cuando las ruedas empezaban a rodar de nuevo. Mae Kaew vio que el cambio y el sufrimiento eran centrales en la vida; que todo cambiaba, y nadie dejaba de sufrir.

A través de las alegrías y las tristezas, las buenas y malas temporadas, Mae Kaew nunca renunció a la verdadera aspiración de su corazón. Profunda y fijamente arraigada, por debajo de la superficie cambiante de las apariencias, la renuncia seguía siendo el deseo perenne de su existencia. A menudo se visualiza uniéndose a las monjas de Wat Nong Nong, afeitándose la cabeza, vestida con el sencillo hábito blanco, viviendo en un silencio puro, sin complicaciones y meditando de nuevo, sin ser molestada. La renuncia como forma de vida. Durante tantos años se había formado para vivir en el mundo, y no perderse en él; para conocer las turbulencias de su mente y pacificarla. Felicidad y sufrimiento, alegría y tristeza, estas eran las fluctuaciones que no la dejaban en paz, los estados de ánimo que engañaban la mente e hicieron que se olvidara de sí misma y de su propósito. A medida que asumía más responsabilidad con la edad, la paz se perdía en la frustración - la decepción persistente del incumplimiento. La promesa que le había hecho Ajaan Mun en su despedida, de que un día iba a experimentar la realización de ese sueño, siempre había sido un santuario para su corazón inquieto. Pero ahora, teniendo que criar una hija, la posibilidad de ser ordenada parecía más lejos que nunca.

Sin embargo, si una vida de renuncia total estaba fuera de cuestión, tal vez se podía arreglar un retiro de corta duración. Después de todo, los hombres jóvenes del pueblo a menudo eran ordenados temporalmente, convirtiéndose en monjes para la duración de un único retiro de las lluvias. Después regresaban, fortalecidos, a la vida laica. Era considerado como un rito de paso. Incluso hombres casados renunciaban al mundo durante períodos cortos. ¿Por qué no podía hacer lo mismo? Por supuesto, había que considerar su hija. Pero a los ocho años de edad, Kaew ya era lo suficientemente competente para llevar a cabo las tareas domésticas y atender las necesidades de su padre durante tres meses. Mae Kaew podía contar, también, con la ayuda de sus primas. Para estar segura iba a asegurarse de que todo el trabajo pesado fuera completado en primer lugar: el trabajo agotador de la labranza y la siembra del arroz. Y regresaría del retiro a casa justo a tiempo para recoger la cosecha. Su marido siempre había dejado claro que nunca la dejaría libre para recorrer el camino espiritual. Pero tal vez, con una planificación cuidadosa, se podía llegar a un acuerdo, un clase de compromiso. Un poco de libertad parecía mejor que ninguna libertad en absoluto; caminar unos pocos pasos mejor que no viajar en absoluto.

Así que de nuevo Mae Kaew se arrodilló junto a su marido, como había hecho por primera vez hacía diez años, y habló desde el corazón de su deseo de abrir una pequeña ventana de libertad en su vida, un breve capítulo que le iba a pertenecer sólo a ella. Su lugar era el hogar y la familia, ella aceptaba eso; pero le rogó por esta oportunidad de realizar el sueño de su vida. Detalló los arreglos que iba a hacer, las preparaciones para asegurar que la vida familiar transcurriera sin problemas en su ausencia. Y prometió solemnemente regresar tan pronto como el retiro de tres meses finalizara.

Inexpresivo, mirando al frente, su esposo escuchó en silencio hasta que ella terminó de hablar. Luego se volvió hacia ella, ya moviendo la cabeza en una negativa, y con un gesto despectivo le dijo que se olvidara de la ordenación. Ella tenía un marido para cuidar y una hija que criar - y eso era un trabajo a tiempo completo. No quería escuchar más acerca de sus sueños.

Así Mae Kaew se arrastró de nuevo a las rincones cerradas de su vida y esperó. La paciencia era una virtud. La compasión y el perdón también eran virtudes. Se resistió al resentimiento contra su marido y las restricciones que ponía sobre ella. Amaba a su hija, y respetaba los deseos de su marido. Pero no abandonó su sueño. La esperanza se convirtió para Mae Kaew en una virtud salvadora. Así que, al año siguiente, acercándose el período de retiro, intentó una vez más negociar una concesión de su marido. Aunque la respuesta de su marido fue más conciliadora en esta ocasión, y menos contundente, no fue menos tajante que antes, y no menos desalentadora.

Su situación era conocida y había chismes sobre ellos en ambos lados de la familia. Algunos estaban a favor, otros en contra. Se pidió a un tío de edad avanzada, respetado y admirado por todos por su sabiduría y sentido de justicia, que mediara. Él había

conocido a Mae Kaew desde que era una niña que acompañaba a su padre a visitar Ajaan Mun y simpatizaba con sus intenciones justas. Decidió rendir homenaje al recientemente fallecido padre de Mae Kaew defendiendo un resultado favorable para ella. Hablando en privado con el marido de su sobrina ensalzó las virtudes de la práctica religiosa y le instó a ser justo y razonable, presionándole suavemente para que aceptara un compromiso por poco tiempo. Al final llegaron a un acuerdo: Bunmaa permitiría que su esposa fuera ordenada para el retiro de las lluvias, que duraba tres meses -pero ni un día más. Como parte del acuerdo, se comprometió a mantener la integridad de la familia y a cuidar de su hija en la ausencia de la madre. Incluso le convencieron a observar tres meses de abstinencia, manteniendo los cinco preceptos morales hasta su vuelta: abstenerse de matar, robar, mentir, del adulterio y de los intoxicantes. Era una práctica religiosa básica común, pero él se sentía rara vez inclinado a seguirla.

Sorprendida, desconcertada y encantada por el súbito giro de los acontecimientos, Mae Kaew levantó las palmas unidas a la frente y dejó que la gratitud la invadiera. La predicción que Ajahn Mun había hecho veinte años antes, finalmente se hizo realidad. Concentrándose en su interior por un momento, prometió solemnemente plena determinación para sacar el máximo provecho de su tiempo como una monja. La meditación ocupaba el primer sitio en sus pensamientos, una misión incumplida, suspendida en el tiempo, a la espera, que ahora exigía atención. Después de tantos desengaños pasados, no se decepcionaría a sí misma.

Segunda Parte

Renuncia

El entrenamiento básico es como un palo ahorquillado apuntalando a un platanero, lo que permite que un montón de pesados plátanos maduren en el momento justo sin caer al suelo antes de tiempo.

Dejándolo todo atrás

En un día Aā ḷha de Julio, con una luna llena muy brillante que no estaba tapada por ninguna nube, a la edad de treinta y seis años, Mae Kaew se arrodilló ante los monjes y monjas de Wat Nong Nong y, sin pesar, dejó atrás todo lo que encarnaba su vida anterior, todo lo que consideraba ser ella misma. Al participar en un ritual ancestral lleno de gracia y sencillez, se declaró como mae chee, una monja buddhista ordenada de pleno derecho [nota de la traductora: las Mae Chees no son reconocidas como miembros de pleno derecho de la orden monástica buddhista en Tailandia, aunque está aumentando su reconocimiento].

Mae Kaew llegó al monasterio por la mañana temprano para empezar su iniciación. Saludó a las monjas residentes con una sonrisa nerviosa y se sentó respetuosamente a un lado, uniéndose a ellas para una comida austera. Finalmente, su largamente esperado sueño de vivir una vida noble de ecuanimidad y desprendimiento se hacía realidad. Uno por uno, las señales de distinción de su antigua identidad le fueron quitadas. Pronto se encontró ansiosamente de cuclillas, cerca del pozo, con mariposas revoloteándole en el estómago y su cuello extendido hacia adelante cuando la monja de más antigüedad, Mae Chee Dang, hábilmente maniobraba un par de tijeras sin filo sobre su cabeza, cortando trozos de su largo pelo negro hasta que sólo quedó un hirsuto irregular. Cuando el pelo se amontonaba alrededor de sus pies, Mae Kaew miró hacia abajo desapasionadamente y reflexionó sobre la naturaleza ilusoria del cuerpo humano: El pelo no es "yo"; no es "mío". El pelo, al igual que el resto del cuerpo, no es más que una parte de la naturaleza, una parte del universo físico natural. Pertenece al mundo, no a mí. No es de ninguna manera esencial a lo que soy.

Con una navaja de afeitar finamente afilada que siempre se usaba para ello, Mae Chee Dang metódicamente afeitó los cortos pelos oscuros, revelando la piel brillante del cuero cabelludo de Mae Kaew y la cúpula curvada de su cráneo. Mae Kaew pasó la palma de la mano por la superficie lisa del cuero cabelludo con una sonrisa, dejando ir.

Las demás monjas se reunieron afanosamente a su alrededor y la vistieron con el tradicional hábito de tela blanqueada de una mae chee: una falda envolvente que colgaba libremente en las espinillas, una blusa suelta de manga larga, abotonada en el cuello y una tela larga que se mete debajo de la axila derecha y se pone cuidadosamente sobre el hombro izquierdo, un gesto característicamente buddhista de reverencia.

Mae Kaew se postró tres veces ante Ajaan Khamphan, el monje más antiguo que presidió su ordenación. Con velas, incienso y una flor de loto entre sus manos, tomó al Señor Buddha como su refugio: Buddhaṁ saraṇaṁ gacchāmi ... Tomó al Dhamma, la esencia trascendente de la enseñanza del Buddha como refugio: Dhammaṁ saraṇaṁ gacchāmi... Y tomó al Sangha, la comunidad de monjes y monjas nobles, como su refugio: Saṅghaṁ saraṇaṁ gacchāmi ... Entonces, después de establecer una determinación seria y exhaustiva de compromiso pleno con las reglas de entrenamiento, formalmente recitó los preceptos básicos de una mae chee delante de toda la asamblea. Prometió abstenerse de dañar a los seres vivos; de tomar lo que no es dado; de toda conducta sexual; de palabras falsas; de tomar intoxicantes; de comer después de mediodía; de entretenimiento y del uso de cosméticos; y de usar camas altas y asientos lujosos.

Cuando Mae Chee Kaew terminó de recitar las reglas de entrenamiento, Ajaan Khamphan la miró directamente y le aconsejó escuchar con atención mientras él explicaba cada precepto de entrenamiento en detalle.

Para todos los buddhistas, tomar refugio en el Buddha, el Dhamma y el Sangha es el primer y más elemental acto en el camino del Buddha hacia la libertad. El Buddha es el ideal de la perfección espiritual, y el maestro del verdadero camino para alcanzarla. Al tomar refugio en el Buddha, tomas ese ideal como tu maestro. También te comprometes a no buscar falsos ideales espirituales. El Dhamma es el verdadero camino hacia la perfección espiritual y la esencia de esta verdad perfecta. Al tomar refugio en el Dhamma, tomas esta verdad como tu objetivo. También te comprometes a evitar caminos díscolos y falsas enseñanzas. El Sangha es la encarnación de esta verdad esencial en aquellos que recorren el camino para alcanzar la perfección espiritual. Al tomar refugio en el Sangha, tomas la comunidad buddhista como tu salvaguarda. También te comprometes a evitar la compañía de tontos y malhechores. De esta manera, tomando refugio en la Triple Joya de Buddha, Dhamma y Sangha implica un compromiso con los ideales espirituales adecuados, así como un sentido fundamental de la moderación.

El Triple refugio es la base para la verdadera libertad. Las reglas de entrenamiento crean las condiciones y establecen los parámetros para caminar por el sendero que conduce a la liberación. Mantenerlas religiosamente libera la mente de culpa y remordimiento, y tiene una fuerte calidad de protección, evitando el peligro. Para empezar, nunca debes matar a otro ser vivo, no importa lo pequeño que sea; ni debes incitar a otros a matar o oprimir. Cada ser vivo valora su vida, por lo que no debes destruir este valor intrínseco poniendo fin a la vida misma que un ser ama. Por el contrario, deja que la compasión por todos los seres vivos llene tu corazón.

Nunca debes robar las posesiones de otro, o alentar a otros a hacerlo. Todos los seres aprecian sus posesiones. Incluso cosas que no parecen tener mucho valor, son indudablemente valorados por su propietario. Por lo tanto, nada que pertenezca a otra persona debe ser degradado por robo. Estas acciones no sólo degradan las posesiones, sino también los corazones de la gente también. Así que la caridad y la apertura sean tus principios rectores.

A partir de ahora, debes abstenerte de toda relación sexual, llevando una vida completamente célibe. La energía sexual y las pasiones que despierta destruyen la tranquilidad de cuerpo y mente, además de ir en contra de la meta de la vida espiritual. Deje que la energía de amor puro y devoción surjan en su lugar.

Debes abstenerte de mentir, y decir siempre la verdad. Nunca seas deshonesta o engañosa, ni hablando ni actuando. Las mentiras socavan la confianza y hacen que las personas pierdan todo el respeto de uno para el otro. Que el poder de la verdad libere tu mente.

Los últimos cuatro preceptos representan principios de entrenamiento espirituales que contribuyen a crear las condiciones para un cuerpo tranquilo y una mente clara. A tal fin, nunca debes consumir bebidas alcohólicas, o cualquier otro tipo de producto tóxico que confunda la mente y perjudique el buen juicio. No debes comer alimentos sólidos a partir del mediodía. Debes abstenerte de cantar, bailar y otras formas de entretenimiento, y no debes adornarte con joyas y flores, ni embellecer tu cuerpo con perfume y cosméticos. Debes evitar dormir en camas altas con colchones suaves y sentarte en asientos profusamente decorados con suaves cojines.

Al observar concienzudamente estos ocho preceptos, temporalmente cierras la puerta a la vida hogareña y abres una ventana hacia el camino de la liberación. Ten en cuenta que el verdadero propósito de observarlos es encarnar sus principios básicos en todo lo que pensamos, decimos y hacemos. De esa manera, puedes entrenar la mente para romper las cadenas que la atan al ciclo de nacimiento y muerte repetidos.

La práctica de los preceptos no sólo pone fin al mal, sino también promueve el cultivo de todo lo que es bueno. Restringiendo la mente y cerrando la puerta al comportamiento nocivo que conduce al dolor y al sufrimiento, y promoviendo la pureza de mente y acción que conduce a la liberación, estas reglas de entrenamiento proporcionan la base fundamental para toda práctica buddhista. Como tales, forman la base de toda la disciplina monástica. Recuerda siempre que las reglas de entrenamiento son parte de la ruta hacia la liberación espiritual, así que practícalas con diligencia, con la dignidad y el respeto que se merecen.

Después de haber inspirado y motivado a la candidata con un sentido de propósito, Ajaan Khamphan recitó una bendición formal para santificar la ocasión y confirmar su nueva condición de Mae Chee de pleno derecho. Con esto Mae Chee Kaew había cumplido finalmente el sueño de su vida.

He soportado muchas dificultades para poner a prueba mi determinación. He aguantado sin comer durante muchos días. Me negué a acostarme para dormir durante muchas noches. La resistencia física se convirtió en el alimento para nutrir mi corazón y la diligencia en la almohada para descansar mi cabeza.

La recuperación del tesoro perdido

Mae Chee Kaew se retiró del mundo y entró en la clausura del reino espiritual. Aunque su sueño se había logrado, su labor acababa de comenzar. Las monjas vivían en su propia sección del monasterio, separadas de los monjes por altas y espesas matas de bambú. Aquí se le dio a Mae Chee Kaew una pequeña choza, de tan nueva construcción que su suelo y sus paredes de bambú aún estaban verdes y brillantes, y la paja de su techo de pasto seguía estando densa y tupida.

Mae Chee Dang era la monja de más antigüedad en la comunidad. Mae Chee Kaew había estado presente seis años antes, cuando Mae Chee Dang tomó solemnemente sus votos en este mismo monasterio, y siempre la había admirado y respetado, tanto como amiga íntima de la familia como como renunciante devota y dedicada. Era un ejemplo para las monjas más jóvenes que buscaban inspirarse en ella. Junto a Mae Chee Ying, quien fue ordenada poco después de ella, Mae Chee Dang se aseguraba de que el pequeño grupo de mujeres en Wat Nong Nong se mantuviera enfocada y en armonía adecuada.

Mae Chee Kaew comenzó su nueva vida adoptando su tranquilo ritmo con la primera sesión de meditación en su primera mañana. Se levantaba todas las mañanas a las tres y se quitaba el sueño de su rostro con unas manos de agua fría. Luego encendía una linterna de vela y salía al sendero de meditación junto a su choza para practicar. Repitiendo para sí "bud ... dho, bud ... dho" con cada par de pasos, internalizaba sus sentidos y concentraba su mente hasta sentirse totalmente despierta y lo suficientemente fresca como para continuar su meditación en posición sentada. Sentada tranquilamente y con la espalda erguida, mantenía la concentración calma y pacífica hasta el amanecer. Después corría hacia la sala principal para unirse a los monjes y monjas para las recitaciones de la mañana.

Cuando la suave cadencia de las recitaciones se desvanecía al llegar a su fin, los monjes y las monjas permanecían en un silencio agradable y contemplativo durante varios minutos. Posteriormente, las monjas se reunían en la cocina al aire libre para cocinar el arroz y preparar platos sencillos para complementar las donaciones que recibían los monjes en su ronda diaria de limosna. Mae Chee Kaew ayudaba alegremente con las tareas de cocina y luego se unía a las monjas para su comida diaria. Al igual que los monjes, las monjas

comían sólo una comida al día, una práctica que convenía a su estilo de vida meditativo. Comer con menos frecuencia, y sólo pequeñas cantidades, aclara el trabajo de la meditación: comer demasiado puede hacer que las facultades mentales sean más lentos o no respondan; y la codicia y la obsesión por la comida pueden ser un veneno corrosivo en la mente. Una vez que las tareas de cocina y limpieza se habían hecho, las monjas se dedicaban plenamente a la meditación, boyantes en cuerpo y espíritu, y sin tener que preocuparse de cocinar para el resto del día.

Encargándose de simples necesidades, tales como la cocina y la limpieza, las monjas contribuyeron a fomentar el bienestar de toda la comunidad monástica. Conscientes y compuestas, todas las tardes cuando salían de sus cabaña cogían escobas de mango largo hechas de ramas de bambú flexibles y barrían el área alrededor de cada cabaña y los senderos que unían las cabañas de las monjas. A continuación quitaban el polvo y limpiaban el suelo en el área de cocina, recogían las ollas y los platos cuidadosamente y siempre recordaban colocar un puñado de arroz crudo en agua para remojar toda la noche. Se bañaban y lavaban su ropa en silencio en la fuente. Al anochecer, las monjas caminaban juntas hasta la sala principal para unirse a los monjes para las recitaciones de la tarde. Debido a que ya era de noche cuando acababa la reunión, las monjas usaban velas de tallo largo para guiarlas de regreso a sus cabañas, donde continuaban la meditación hasta altas horas de la noche.

Esforzándose ella sola en su pequeña cabaña, Mae Chee Kaew alternaba entre meditación caminando y sentada para recuperar su antigua destreza para la concentración profunda. No había practicado la meditación formal desde que Ajaan Mun había dejado su aldea hacía veinte años, y los rigores de su vida personal y familiar distraía su mente con un sinfín de pequeñas preocupaciones. Aún así, también le había enseñado el valor del esfuerzo. Así que fijó su mente y trabajó en su meditación como si se tratara de un campo de arroz, arándola impasiblemente, surco tras surco, buddho tras buddho.

Ella siempre había sabido cómo trabajar con persistencia y perseverancia. Eran cualidades en las que podía confiar. Una vez que había relegado su vida mundana firmemente a un segundo lugar, concentrándose en la pura simplicidad de la tarea que la ocupaba, avanzaba rápidamente sobre un camino que asustaría a la mayoría de la gente durante los primeros pasos. Sentada en meditación, rodeada por el silencio de la noche cerrada, su cuerpo y mente parecían caer de manera repentina, como si fuera por un acantilado profundo o en un pozo; y todo se desvaneció en una quietud absoluta. Nada más había en su conciencia que la propia conciencia - una conciencia impregnada de una presencia sabia tan profunda y vibrante que transcendía por completo el cuerpo la mente. La experiencia duró sólo un breve momento, un momento de paz perfecta. Al salir, con la mente brillante y radiantemente clara, sabía que por fin había recuperado un tesoro perdido.

Emergiendo gradualmente de ese estado de samadhi profundo, sintió como apareció una imagen desconocida dentro de su corazón, como si se hubiera despertado en medio de un sueño. Al parecer de la nada, la imagen fantasmal de un hombre con la cabeza cortada por el tronco, apareció flotando lentamente en su campo visual. Mirándolo con terror, Mae Chee Kaew vio que el fantasma sin cabeza tenía un solo ojo de fuego incrustado en el centro de su pecho, una esfera roja que la miraba directamente a ella con una amenazante ferocidad. Sintiéndose amenazada y no preparada, pensó en huir. A medida que su concentración vacilaba, el miedo y la incertidumbre incrementaban. Paralelamente a su miedo, la aparición fantasmal creció en tamaño e intensidad, como si se alimentara de la energía negativa del miedo. El pánico comenzó a envolver su corazón. Entonces, de pronto, recordó a Ajaan Mun y su consejo de no huir nunca del miedo, sino de afrontarlo siempre con atención y clara comprensión. Con este recordatorio volvió a establecerse una clara atención, fijando su mente de nuevo firmemente en el momento presente - un momento de percepción pura y simple. Enfocando el intenso sentimiento de pánico que pulsaba dentro de su corazón, y retirando su atención del fantasma sin cabeza, permitió que el estado emocional se estabilizara y el temor disminuyera gradualmente hasta desaparecer. Después, la aterradora visión simplemente se desvaneció y desapareció.

Retirándose de samadhi y volviendo a la conciencia ordinaria, Mae Chee Kaew contempló los peligros presentados por el miedo. Se dio cuenta intuitivamente de que el propio miedo era el verdadero peligro, no la imagen que lo inducía. Las imágenes que percibimos durante la meditación no son más que fenómenos mentales que no tienen la facultad inherente de dañar nuestro cuerpo o mente. Son neutrales y, en sí mismas, no tienen un significado específico. La interpretación que la mente hace de ellos es el punto crucial, y la fuente de peligro. Una interpretación trae consigo una reacción de miedo y asco, que son emociones venenosas y negativas que desestabilizan la mente, ponen en peligro su equilibrio y su salud. Centrar la atención en los aspectos aterradores de una imagen, aumenta por instinto la reacción emocional negativa y el peligro. Retirar la atención de la imagen y se centrarse en el miedo mismo lo devuelve de manera consistente al momento presente, donde el miedo y la imagen ya no pueden coexistir. Mae Chee Kaew se dio cuenta entonces, con claro conocimiento, que sólo el miedo sin límites podría hacerle daño en la meditación.

La meditación que Ajaan Mun le había enseñado era engañosamente simple, y la repetición rítmica de buddho lo hacía parecer fácil. Pero el enorme esfuerzo necesario para enfocar su mente en un solo objeto después de tantos años de descuido hacían de la meditación algo frustrantemente difícil al principio. Sintió que su cuerpo y la mente no estaban sincronizados, como si fueran tirando el uno del otro. La mente necesitaba una cosa, el cuerpo quería otra; la mente quería esto, el cuerpo necesitaba lo otro. Prevalecía la falta de armonía. Demasiado alimento traía letargo; demasiado poco traía demasiados pensamientos errantes. Ella se preguntó cómo equilibrar la alimentación y el sueño,

caminar y sentarse, asuntos comunales y personales. Se preguntó cómo mantener un enfoque nítido, consciente durante cada momento cambiante y cada nueva circunstancia a lo largo del día.

Mae Chee Kaew experimentaba con el ayuno, viviendo totalmente sin alimentos durante varios días seguidos. Pero descubrió que la falta de alimentos dejó su mente apagada y perezosa, además de vulnerable a los estados de ánimo cambiantes y pensamientos díscolos, como si el flujo de su energía espiritual estuviera restringido de alguna manera. Ese obstáculo sutil parecía disminuir su motivación para intensificar la meditación. Sabía que muchos de los los monjes bajo la tutela de Ajaan Mun encontraban que el ayuno era una herramienta valiosa para avanzar en su desarrollo espiritual. Regularmente soportaban hambre y molestias porque el ayuno aumentaba su vigilancia mental, haciendo que su mente estuviera audaz con un enfoque nítido. Pero la mente de Mae Chee Kaew no respondía de esa manera positiva. Así que al final llegó a la conclusión de que el ayuno no se adecuaba a su temperamento.

No dormir, sin embargo, era otra cosa. Mae Chee Kaew pasó la mayor parte del segundo mes de su retiro en tres posturas: sentada, de píe y caminando, pero nunca se acostaba. Comenzó con lo que se llama "Nesajjik'anga", que es la promesa de no echarse para dormir. Fue como otro experimento, un intento de encontrar una manera práctica de acelerar su meditación, que aprovechaba su fortaleza natural. Descubrió que abstenerse de echarse para dormir hacía que su mente estuviera muy brillante y nítida, tranquila y serena, consciente y alerta, que pudo practicar de forma continua durante veintiún días sin acostarse.

Con cada día sin sueño, su meditación se hizo más profunda y su confianza creció. Con las facultades espirituales más alerta se hizo valiente y atrevida, que encajaba a la perfección con su naturaleza audaz y aventurera. Sus visiones inusuales, más frecuentes que antes, también se hicieron más extraordinarias: a veces preveía acontecimientos futuros o percibía reinos no físicos; a veces revelaba verdades profundas de la enseñanzas de Buddha.

Al salir del samadhi profundo, ya tarde una noche, Mae Chee Kaew tuvo una visión de su cuerpo sin vida y extendido encima de un telar. Consumido por un avanzado estado de descomposición, el cuerpo estaba hinchado y descolorido, y la piel se había abierto, le salía pus. Gusanos que se retorcían, gordos y hermosos, devorando la carne podrida. El carácter real y gráfico de la visión la conmocionaron y asustaron. De repente sintió la presencia de Ajaan Mun detrás de ella, como si estuviera mirando por encima de su hombro a la escena grotesca. De manera pausada y deliberadamente, le recordó a ella que la muerte es la consecuencia natural del nacimiento -todas las criaturas nacidas en este mundo finalmente morirán, sus cuerpos se descompondrán y regresarán a sus elementos naturales precisamente de la misma manera. De hecho, todo en el universo es impermanente y constantemente cambiando. Todo se desintegrará y desaparecerá.

Aunque la muerte está siempre con nosotros, rara vez lo contemplamos. Ajaan Mun entonces le dio instrucciones para que comenzara a contemplar con seriedad su propio nacimiento, envejecimiento, enfermedad y muerte.

Se una monja en el sentido más verdadero. No estropees tu vocación mezclándote con la apestosa arenilla de la vida mundana, así que no mires hacia atrás, anhelando tu hogar y familia.

Revolviendo un avispero

La pequeña Kaew pasó los meses de lluvia trabajando en la casa y jugando con sus primos. Era una niña feliz y alegre, pero echaba de menos la presencia tranquila y reconfortante de su madre. Trabajó duro para complacer a su padre, Bunmaa, pero este a menudo parecía distraído por el estado confuso de su mente. Frecuentemente abandonaba su casa en la mañana, y no regresaba hasta bien entrada la noche.

En los días de observancia lunar Kaew seguía a las mujeres Wat Nong Nong y se unía a su madre para ayudarle en las tareas diarias, charlando sin cesar sobre la vida en casa. Lo que le dijo preocupaba a Mae Chee Kaew: las desapariciones periódicas de su marido no eran normales y, por lo que Kaew decía, parecía estar intoxicado cuando regresaba. Mae Chee Kaew decidió que, por el amor que sentía a su hija, debía visitar su casa de vez en cuando para ayudar con las tareas domésticas y mantener un ojo en la situación.

Al entrar en la casa, la ausencia de su marido fue lo primero que notó. Mae Chee Kaew pasó días enteros limpiando, lavando y cocinando para su hija, pero nunca apareció Bunmaa. Durante los últimos meses de su retiro, Mae Chee Kaew iba a su casa una vez a la semana, pero no lo vio ni una sola vez. Pronto le llegaron rumores que su marido iba en secreto a casa de una mujer de otra aldea, una joven viuda con dos hijos. Le dijeron que él había comenzado a beber e irse de juerga en su ausencia.

Mae Chee Kaew estaba repugnada por el comportamiento de su marido. Ahora, cansada de su matrimonio y que deseando seguir el noble sendero de su vida, la idea de volver a casa era insoportable para ella. Mientras Mae Chee Kaew estaba obligada moralmente a mantener su palabra, el fracaso de su marido a seguir las normas fundamentales de la conducta moral ponía en peligro el futuro de su matrimonio.

A medida que el retiro se acercaba a su fin, Mae Chee Kaew agonizaba sobre qué hacer. No tenía ningún deseo de volver a la vida de casada, pero está profundamente preocupada por el bienestar de su hija. Quería estar cerca de Kaew, para orientar y reconfortarla; pero a sus diez años de edad, Kaew era todavía demasiado joven para vivir en el monasterio con su madre. Además, después de haber renunciado a todas las posesiones mundanas, no tenía medios para criar a un niño – sólo disponía de sus magras raciones diarias, suficientes para sostener a una persona.

Poco a poco, después de varias semanas de deliberación, se impuso la idea que se había formado en la mente de Mae Chee Kaew de que podía combinar ambos mundos, el del hogar y el monástico, en su vida diaria. Al pasar las horas del día en su casa siendo una madre y una esposa, ella podría cumplir con sus obligaciones mundanas; pasando las noches en el monasterio, absorta en meditación, podría perseguir sus metas espirituales. Aunque el plan parecía muy poco ortodoxo y poco realista, ella estaba dispuesta a intentarlo – incluso desesperada por hacer el experimento.

Así, según lo acordado, Mae Chee Kaew regresó a su casa en el último día del retiro de las lluvias. Sin embargo, no había renunciado a su hábito blanco. Tampoco había renunciado a sus votos. Siguía siendo una mae chii ordenada, pero llevaba una falda y una blusa negras sobre sus ropas blancas, para disimular sus verdaderas intenciones. Pasaba la mañana y la tarde con Kaew, acabando las tareas domésticas diarias y preparando la cena. La idea era servir la cena a su familia y después regresar rápidamente al monasterio antes del anochecer. Cuando Kaew y Bunmaa se sentaron a cenar, ella sirvió la comida, pero se abstuvo de comer ya que seguía observando la regla de las monjas sobre el entrenamiento en la renuncia a las comidas después del mediodía. La abstinencia de Mae Chee Kaew provocó la ira de su marido. Exigió que le explicara la razón por su comportamiento, y le ordenó que se sentara y comiera. Cuando ella se negó, saltó de su asiento y trató de agarrarla por el brazo. Mae Chee Kaew se apartó de él con un saltó, bajó corriendo los escalones y se alejó de la casa. Bunmaa comenzó a darle caza, pero fue reducido rápidamente por el hermano mayor de Mae Chee Kaew, P'In. Le aconsejó a Bunmaa que la dejara ir. Furioso, Bunmaa gritó que su matrimonio había terminado. Siguió gritando tras ella si quería alguna parte de sus posesiones, lo podría llevar a juicio en la Audiencia Provincial. Cuando Mae Chee Kaew corrió por el pueblo en el crepúsculo, se sentía agotada por el dolor y el sufrimiento de su vida mundana y en ese momento decidió que nunca iba a dejar los hábitos.

Mae Chee Kaew llegó de vuelta al monasterio y encontró a todo el mundo preocupado por ella. Cuando contó lo que había sucedido, la monja mayor, Mae Chee Dang, la reprendió: "¿Por qué te molestaste en volver con tu marido? No es otra cosa que agitar un avispero. Aprende de esto y deja de meter la mano en el fuego. Incluso si tu no te quemas, tu reputación si se reducirá a cenizas."

Mae Chee Kaew habló con las demás que lo mejor sería cortar todo contacto con su marido. Pero sus hermanos la instaron a resolver sus asuntos con él primero. Haciendo caso a sus consejos, ella volvió a casa varios días después para negociar un término formal de su matrimonio. Su esposo no estaba de humor para ningún compromiso. Insistió en que todo lo que había adquirido desde el día de su boda, por derecho le correspondía a él. Sólo quedaba decidir qué hacer con las pertenencias que había heredado de sus padres. Habiendo ya renunciado al mundo y sus posesiones materiales, a Mae Chee Kaew le pareció natural, incluso gratificante, darle todas sus posesiones a Bunmaa y no pedirle

nada, excepto esto: que se le permitiera quedarse con el pequeño cuchillo que había usado siempre para cortar nuez de betel. Su marido rápidamente replicó que había adquirido el cuchillo durante su matrimonio, por lo cual le pertenecía a él. Con esta despedida, Mae Chee Kaew completamente dio la espalda a la vida doméstica y renunció a todas las posesiones mundanas, sin excepción.

Tras haber concluido el acuerdo, Mae Chee Kaew habló en privado con su hija. Con cuidado y en detalle, le contó a Kaew acerca de cómo los eventos recientes iban a cambiar sus vidas, y le pidió paciencia y comprensión. Al enterarse de la intención de su madre de abandonar su casa para siempre, la pequeña Kaew pidió, con una inocencia infantil, que le dieran la oportunidad de acompañar a su madre y vivir con ella en el monasterio. Con el corazón lleno de simpatía, Mae Chee Kaew describió las austeras condiciones de vida de una monja. Explicó que no tenía medios para criar a su hija adecuadamente, ya que había dado todas sus posesiones a su padre. Además, el monasterio no era lugar para criar a un hijo.

Insistiendo con suavidad, Mae Chee Kaew instó a que la niña permaneciera con su padre por el momento. Le explicó que el padre de Kaew tenía los recursos para cuidar de sus necesidades, y le aseguró a Kaew que la riqueza y las propiedades iban a ser su legítima herencia un día. Cuando Kaew alcanzara la madurez, podía, si todavía lo deseaba, vivir con su madre. Mae Chee Kaew le daría la bienvenida con un corazón abierto e iba a ser su guía espiritual y compañera de por vida. A regañadientes, pero obediente, Kaew finalmente aceptó hacerle caso a su madre y quedarse en casa con su padre.

Mae Chee Kaew regresó de píe al monasterio tranquila y pensativa, repitiendo para sí los pros y los contras de su decisión de separarse permanentemente de su familia y amigos. Al final, sus pensamientos siempre volvían a la historia del príncipe Siddhattha, que dejó atrás a su esposa y a su hijo, además de su herencia principesca, para seguir el camino espiritual, libre de preocupaciones mundanas. Aunque abandonó unas obligaciones paternas que universalmente son honradas, lo hizo por el bien de la meta más noble – el despertar incondicional a la verdad del Dhamma, y la destrucción total del ciclo de nacimiento y muerte. Convirtiéndose en un ser completamente iluminado, el logro del Señor Buddha trascendía todos los sacrificios mundanos, y todas las convenciones mundanas. Después de haberse liberado a sí mismo del sufrimiento, había ayudado a un sinnúmero de seres vivos a que pudieran hacer lo mismo. Con su mente fija en el objetivo último de la vida noble de manera clara e inalterablemente, Mae Chee Kaew estaba inspirada a seguir con firmeza los pasos del Buddha.

Observa cuidadosamente el flujo y reflujo de las influencias malsanas en tu mente. No dejes que te engañen con tanta facilidad. Cuando estés lo suficientemente capacitada para capturar sus movimientos, puedes transformar su poder negativo en energía espiritual positiva.

Simplemente ir a buscar agua

La audaz actuación de Mae Chee Kaew creó un gran revuelo de excitación en la comunidad unida de Baan Huay Sai. Las partes interesadas de ambos lados de la familia expresaron fuertes opiniones. Siendo ellas mismas mujeres del lugar, las monjas de Wat Nong Nong no pudieron evitar ser atrapadas en el drama en curso. Apoyaron a Mae Chee Kaew en su decisión - la mayoría de ellas incluso la había animado. Pero la situación atraía una atención no deseada a su comunidad, lo que llevó a mezclar los asuntos del pueblo en la vida monástica. Esta intrusión no deseada se vio agravada por la proximidad del monasterio al pueblo. Por ello se necesitaba con urgencia una solución razonable para proteger la armonía espiritual de la irrupción de los asuntos mundanos. El cambio de lugar comenzó a convertirse en una posibilidad a tener en cuenta cuando las monjas examinaron el modo de tomar distancia. Mae Chee Dang estaba convencida de que la comunidad religiosa, por el bien de su bienestar a largo plazo, debía moverse lo suficientemente lejos para que los asuntos de las aldeas no pudieran afectar ya a diario al ambiente tranquilo del monasterio.

Ajaan Khamphan, el abad del monasterio de Wat Nong Nong, era desde hacía mucho discípulo de Ajaan Sao Kantasilo, y un monje dhutanga muy respetado por su estricta disciplina y su dominio de la meditación. Como abad del monasterio y guía espiritual para sus discípulos, Ajaan Khamphan asumió la responsabilidad por el bienestar de la comunidad. Porque los monjes también se vieron afectados negativamente por los acontecimientos locales, Mae Chee Dang y Mae Chee Ying discutieron el asunto largo y tendido con Ajaan Khamphan. En última instancia, la decisión sería suya. Después de consultar con los monjes y con las monjas, optó por trasladarse a una cercana cordillera, junto con aquellos que deseaban acompañarlo y establecer un nuevo monasterio en la tradición del bosque.

La montaña Phu Gao se ubica en una pequeña cadena de las estribaciones Phu Phan, seis millas al noroeste de Baan Huay Sai. En una época de senderos y carros de búfalo, el terreno accidentado era un destino inaccesible para el visitante ocasional. Las crestas superiores estaban cubiertas de acantilados sólidos de arenisca, debajo de los cuales, a veinte o treinta pies, se encontraban densos bosques y laderas altas con bambúes y

maderas duras. Los masivos estratos de roca que se extendían a lo largo de los acantilados estaban teñidos de color marrón oscuro por el liquen seco que se aferraba a su superficie. El acantilado sobresalía sobre la ladera de abajo, formando huecos naturales para grutas largamente abiertas debajo de la roca saliente que ofrecían protección contra el inclemente sol y la lluvia. A falta de viviendas adecuadas en un primer momento, monjes y monjas se instalaron en estas cuevas desnudas, de tierra, construyendo plataformas simples de bambú que se elevaban con patas anchas varios pies sobre el suelo húmedo. Allí vivieron y meditaron, cada uno en un lugar separado. Al no tener aseos, se aliviaban en el borde de los acantilados, ante los ojos de unos monos divertidos que los observaban desde los árboles.

El agua era una necesidad fundamental y un motivo de gran preocupación. El punto de suministro fiable más cercano se encontraba a una media hora a pie de las cuevas: era un arroyo que caía por una depresión poco profunda entre dos crestas. Se decidió, de común acuerdo, que las monjas más jóvenes asumirían la tarea de ir a buscar agua para toda la comunidad, mientras que los monjes trabajarían con los campesinos locales para construir las estructuras básicas necesarias para sentar las bases de un nuevo monasterio.

Cada día después de la comida, Mae Chee Kaew ayudó a las demás monjas con las tareas yendo a coger agua. Cogía dos cubos vacíos, los colgaba de un palo largo y recto de bambú y comenzaba a caminar, descendiendo un sendero empinado y estrecho cortado por raíces de árboles y piedras salientes, hasta que llegaba al arroyo. Se arrodillaba en la orilla y observaba cómo los cubos se llenaban de agua fresca y fría. Colgaba un cubo lleno de cada extremo del palo, centraba la carga sobre un hombro y volvía a subir por el sendero, pasando por encima de las raíces y evitando los cantos rodados, teniendo cuidado de no derramar su preciosa carga. Llegaba a la cueva cansada y sin aliento; sin embargo dispuesta a hacer más viajes. Después de vaciar los cubos, regresaba al arroyo a por otra carga, y luego otra vez para conseguir dos cubos más.

Ir a buscar agua era un trabajo tedioso. Pedía la misma rutina día tras día, bajando, subiendo, vuelta a bajar, vuela a subir ... Cada día Mae Chee Kaew seguía la rutina. Y nunca vaciló en su resolución. Decidida a convertir la adversidad mundana en una virtud espiritual, meditaba en buddho mientras caminaba - en silencio entonaba bud con un paso, dho con el siguiente. Su corazón se calmaba y los cubos parecían más ligeros y el trabajo más fácil. Una vez que su corazón se había abierto, transportar el agua se convirtió en una tarea sencilla: ni más ni menos de lo que estaba haciendo, aquí y ahora, en el presente, un paso consciente a la vez.

En ocasiones los hermanos de Mae Chee Kaew venían a visitarla en la montaña de Phu Gao. Estaban asombrados y consternados al ver sus condiciones de vida y las dificultades que ella tenía que soportar. Amaban a su hermana y querían mostrar su solidaridad con su causa. Así que ayudaban a las monjas a traer agua del río, arrastrándolo montaña arriba, dos pesados cubos a la vez. Pero no había cantidad de agua suficiente para

satisfacer las necesidades de seis monjes y cinco monjas. Al final, cansados y desanimados, trataron de persuadir a su hermana para que volviera con ellos a Baan Huay Sai, donde podrían atender sus necesidades adecuadamente. Le aseguraron que su marido se había vuelto a casar, había vendido su casa y se había trasladado con Kaew y su nueva familia a una provincia lejana. Pero Mae Chee Kaew era firme en su determinación de permanecer con Ajaan Khamphan y llevar un estilo de vida austero y meditativo en la montaña de Phu Gao.

Conforme pasó el tiempo, y el monasterio en la montaña comenzó a tomar forma, la escasez de agua se convirtió en un obstáculo que parecía amenazar su supervivencia a largo plazo. Todos los intentos de descubrir una fuente cercana habían fracasado. Una tarde, por desesperación, Mae Chee Kaew se sentó, cruzó las piernas, irguió la espalda y se centró en su interior. Resolvió para sí de manera solemne que si ella y los demás estaban destinados a permanecer en la montaña de Phu Gao, ella descubriría una fuente conveniente. Luego practicó meditación como de costumbre. Más tarde esa noche, mientras su mente se retiró de un samadhi profundo, de forma espontánea surgió una visión de once estanques llenos de agua, cubiertos de viñas y pastos altos. Reconoció el terreno montañoso, porque había pasado por ahí varias veces y se encontraba a corta distancia de la cueva principal.

Ante la insistencia de Mae Chee Kaew las monjas buscaron en el área al día siguiente. Como había indicado Mae Chee Kaew, se encontraron muchos estanques de agua debajo de la espesa vegetación. Encantado, Khamphan Ajaan hizo que las monjas y los aldeanos locales recortaran los viñedos y pastos y excavaran los sedimentos de los estanques, algunos de los cuales tenían una profundidad de veinte pies. Cuando habían terminado el trabajo, tenían agua fresca suficiente para satisfacer las necesidades de los monjes y de las monjas durante todo el año.

La gente sufre porque está apegada y no deja ir. La insatisfacción les sigue a todas partes. Mira bien a tu propio corazón y aprende a renunciar a la causa del sufrimiento.

A través de la Puerta de Acceso

Mientras vivía en los acantilados de la montaña Phu Gao, Kaew Mae Chee se encontró con muchos fenómenos extraños e inusuales durante su meditación todas las noches. Eran extraordinarios; cosas que nunca antes había experimentado. Al salir ligeramente de samadhi profundo, Mae Chee Kaew encontró que su mente entraba en un mundo familiar en el que se cruzaban las energías espirituales; un mundo ocupado por innumerables reinos habitados por seres incorpóreos. Algunos de estos seres provenían de las regiones oscuras e inferiores, donde sufrían las consecuencias de sus malas acciones; mientras que otros venían de las esferas altas, radiantes habitadas por devas celestes y brahmas. Era como si su meditación la llevara a una puerta abierta, donde su corazón sintió la atracción de diferentes campos de fuerza compitiendo entre sí, cada uno intentando captar su atención. Ajaan Mun lo había llamado "concentración de acceso", advirtiéndole lo vulnerable que era a las energías espirituales dispares que ella podría encontrar allí, y cómo debía establecer un control firme sobre su mente antes de salir por la puerta. Aunque Mae Chee Kaew siguió las recomendaciones de Ajaan Mun, era curiosa y aventurera por naturaleza, y no pudo resistir la tentación de aventurarse a salir y mirar alrededor.

Lo que vio al mismo tiempo la dejó fascinada y horrorizada. Espíritus incorpóreos la llamaron algunos aullendo, otros gritando o llorando – suplicándola, suplicando y pidiendo redención de las miserables consecuencias de sus propias fechorías. Las formas y los rostros se aferraban a ellos como mortajas, los restos fantasmales de alguna existencia pasada, alguna vida anterior, que los seguían como recuerdos de algún viaje no terminado. Todos pidieron su atención, su simpatía, su gracia - cualquier gesto que brindara un rayo de esperanza al rincón oscuro de su existencia.

A menudo, los espíritus incorpóreos de los animales matados aparecieron en sus visiones meditativas, pidiendo una cuota de su mérito espiritual para ayudar a a superar su inmenso sufrimiento. Tarde una noche, justo después de que Mae Chee Kaew había salido de samadhi, la conciencia sin cuerpo de un búfalo de agua recien matado apareció frente a ella, gritando de dolor y lamentando su suerte. Suspendido en su visión, al igual que una aparición fantasmal, el búfalo comunicó al instante su triste historia. Cuando a Mae Chee Kaew le llegó su mensaje al corazón, el búfalo le contó que su propietario era

un hombre feroz y cruel, cuyo corazón carecía de toda bondad y compasión. Muy a menudo hacía que trabajara su búfalo, tirando de los arados o carros desde el amanecer hasta el anochecer, y nunca mostró su agradecimiento por las dificultades diarias del animal. Además, este amo despiadado golpeaba y torturaba al búfalo constantemente. Al final, el pobre animal fue atado a un árbol y brutalmente matado para conseguir su carne. Antes de morir, fue objeto de un dolor y tormento indescriptibles. Gritó en voz alta, rasgando el aire con un sonido repugnante cuando su cráneo fue golpeado repetidamente, hasta que finalmente se derrumbó, inconsciente. La conciencia sin cuerpo del búfalo, aún traumatizado y aferrándose a los restos de su antigua forma, tenía la esperanza de conseguir una parte del mérito y la virtud de Mae Chee Kaew para que podría tener la oportunidad de renacer como un ser humano.

De manera instintiva el espíritu había detectado la naturaleza compasiva de Mae Chee Kaew y derramó el dolor y el sufrimiento colectivos de sus especies sobre ella. El búfalo describió la brutalidad que un búfalo de agua tiene que soportar; el implacable maltrato y descuido por parte de los seres humanos, y el abuso constante por parte de otros animales. Incluso una persona que vive en la pobreza extrema, no tiene que sufrir el tormento y la indignidad que un animal de granja ha de aguantar. Por esa razón, el búfalo deseaba nacer como un ser humano en su próxima vida.

Mae Chee Kaew se sorprendió al escuchar una historia sobre tanta crueldad. Ella conocía a muchos de los campesinos locales y los consideró personas de buen corazón y amigables. A través de su visión en samadhi, transmitió sus sospechas al animal. El búfalo alegó que su propietario era un hombre feroz y cruel, carente de decencia humana; pero el corazón del búfalo estaba obviamente lleno de odio y venganza, que podría haber distorsionado la verdad. Mae Chee Kaew se preguntaba si tal vez el búfalo mismo había estado portándose mal. Tal vez el dueño lo había pegado por una buena razón. Abriendo su corazón al espíritu, le hizo llegar su consulta: "¿Alguna vez te comiste las verduras que la gente había plantado en su huerta? ¿Tomaste bocados de las verduras que la gente había plantado al lado de sus campos? Los campesinos que viven en esta área normalmente son gente amable y gentil. ¿Por qué te atormentarían, si no hiciste nada malo? Me parece que debes haberte comportado mal para recibir tal tratamiento. ¿Estoy en lo cierto? " La respuesta del búfalo matado conmovió profundamente al corazón de Mae Chee Kaew. El animal admitió, "hice estás cosas sólo por ignorancia. Tenía que trabajar los campos todos los días y nunca se me permitió pastar en la hierba. El hambre y el cansancio me llevaron a comer toda planta que podía. Toda la vegetación a mí me parecía igual. Nunca se me ocurrió que ciertas plantas podrían tener un dueño que las cuidaba. No tenía ninguna intención de robar. Si hubiera entendido el lenguaje humano, tal vez nunca habría cometido ese error. Pero las personas son mucho más inteligentes que los animales, por lo que deberían simpatizar más y perdonar nuestros hábitos naturales. No deberían sin piedad simplemente ejercer su poder sobre las demás criaturas, sobre todo cuando su comportamiento viola las normas morales de la decencia humana.

Una buena persona no se comporta de esta manera tan vergonzosa y ofensiva. La mayoría de los campesinos de esta zona son realmente gente amable y gentil, como usted dijo. Pero mi antiguo propietario, el Sr. Ton, es un hombre feroz y cruel, que carece de decencia humana. Esa escoria de la tierra es un hombre tan despiadado que es incapaz de simpatía o perdón. Incluso es cruel para con sus semejantes, para no hablar de los animales inferiores."

Desde su infancia, Mae Chee Kaew siempre había sentido una profunda compasión por la situación de los animales de granja. Todos los días alimentaba a sus vacas y el búfalo de agua con bolitas de arroz glutinoso, susurrando dulcemente en sus oídos que, ya que trabajaban en los campos de arroz, ellos también merecían comer arroz. Por esa razón, los animales la querían mucho, y se sentían apreciados. Por ejemplo, cuando la cuerda que llevaba la campana alrededor de su cuello se rompió, la vaca fue derecho a Mae Chee Kaew para alertarla sobre el cencerro perdido, en lugar de vagar sin ser detectada y aprovecharse de su libertad. Sin embargo, Mae Chee Kaew sabía que incluso los animales que son bien tratados por sus dueños, están subyugados por su kamma a una vida de sufrimiento constante.

Mae Chee Kaew sabía que los sentimientos de odio y venganza son las principales causas de nacimiento en los reinos inferiores de existencia. Al sentir la cólera en su desafortunado visitante, le habló de los peligros inherentes a un estado de ánimo lleno de odio y de venganza. Le advirtió que estas emociones negativas eran contrarias a su deseo de nacer como ser humano en su próxima vida. Si realmente esperaba nacer como humano, debía mantener tales impurezas mentales destructivas bajo control.

Mae Chee Kaew explicó que los cinco preceptos morales son la base para ser un humano decente. Si el espíritu quería tener alguna oportunidad de renacer en un cuerpo humano, tenía que hacer una solemne promesa de cumplir estas normas fundamentales de conducta. No debía quitar ninguna vida o causar lesiones a otras criaturas; no debía robar, o tomar cosas que pertenecían a otros, como las verduras que la gente planta en sus huertos; no debía cometer adulterio, o participar en prácticas sexuales nocivas; no debía mentir, o deliberadamente engañar a los demás; y no debe permitirse cualquier sustancia que causa intoxicación o borrachera.

Al matar, robar, cometer adulterio y mentir, no sólo haces daño a otros, sino que también violas el espíritu de apertura y confianza que forma la base de las relaciones humanas. Intoxicarse se considera malo porque nubla la mente y fácilmente conduce a caer en las otras cuatro ofensas. Desde un punto de vista kámmico, tales acciones tienen como resultado el renacimiento entre los animales comunes, fantasmas hambrientos o en los infiernos. En estos reinos inferiores de existencia, el sufrimiento es intenso, y una debilitada capacidad para el desarrollo espiritual hace que sea muy difícil producir las condiciones necesarias para el renacimiento en los reinos superiores. Por lo tanto, la fiel observancia de los preceptos morales previene la posibilidad de caer en los planos

inferiores, y ayuda a garantizar que nazcas como ser humano. Así que, si puedes mantener este nivel de virtud moral, y renunciar a la tendencia de pensar, hablar y actuar de malas maneras, entonces realmente puedes esperar ser recompensado con un nacimiento humano - si no ahora, entonces en el futuro.

Entendiendo plenamente la situación desesperada del espíritu desesperado, Mae Chee Kaew compasivamente decidió compartir con él su mérito espiritual y virtud, con la esperanza de que podía contribuir a sembrar la semilla de su renacimiento en el reino humano: "Que el mérito y la virtud que comparto ahora contigo ayuden a proteger tu buen comportamiento, nutrir tu espíritu y guiarte por el camino para desarrollar las cualidades espirituales necesarias para obtener el renacimiento en un reino de verdadera felicidad. "

Habiéndose regocijado en la virtud excepcional de Mae Chee Kaew y recibido su bendición, el espíritu incorpóreo del búfalo de agua se marchó de buen humor, alegre y radiante como si se fuera para renacer en un plano de existencia feliz, elegido por él.

A la mañana siguiente, muy temprano, Mae Chee Kaew llamó a un lado a uno de los hombres del lugar y en voz baja le contó lo que había sucedido la noche anterior. Le pidió que se informara sobre el Sr. Ton, el antiguo dueño del búfalo de agua, para averiguar dónde vivía y lo que había ocurrido entre él y el búfalo. Pero también le advirtió que no dejara saber al Sr. Ton que le había pedido investigar el asunto. Tal vez se sentiría humillado y pensaría mal de Mae Chee Kaew, lo que sólo aumentaría su provisión de kamma negativo.

El aldeano respondió de inmediato que él y el Sr. Ton vivían en el mismo pueblo y que conocía bien al hombre. Sabía a ciencia cierta que el Sr. Ton había atado a su búfalo de agua en un árbol y lo había sacrificado a las ocho de la noche anterior. Los gritos de agonía del pobre animal se habían oído en todo el barrio. Después de matarlo, el hombre asó su carne y celebró una gran fiesta para sus amigos. Comieron toda la noche, haciendo mucho ruido, gritando, riéndose y estando de juerga hasta casi el amanecer.

Actos malvados siempre habían consternado a Mae Chee Kaew. En un plano profundo y personal sintió una punzada fuerte de lamento y tristeza, como si los transgresores fueran sus propios hijos, cuyas acciones brutales habían traicionado su confianza en la bondad inherente de la humanidad. Ella fue testigo del intercambio del lugar entre autor y víctima en un baile kámmico de culpa y venganza, crueldad y odio, desplomándose en espiral hacia abajo, de nacimiento en nacimiento, hacia planos de existencia inferiores y más oscuros. Mae Chee Kaew le dijo a su benefactor que la única esperanza del búfalo a redimirse estaba en renunciar al odio y a la venganza, y en regocijarse en los actos virtuosos de los demás. Aunque su existencia fantasmal le impidiera ejecutar actos de mérito, podía seguir participando en las buenas obras de los demás aplaudiendo a estos actos, e identificándose espiritualmente con su resultado meritoso y virtuoso. Creando un

vínculo espiritual con ella, el búfalo muerto había dado un paso positivo hacia un renacimiento favorable.

Los seres que todavía vagan a través de saṁsāra deberían reflexionar cuidadosamente sobre estos eventos, ya que todos nos podemos ver en circunstancias similares si nos negamos a promover la virtud espiritual, o si desdeñamos la práctica de los principios morales fundamentales.

No te limites a comer y dormir como un animal común. Asegúrate de mantenerte desencantado con la vida mundana y ten un temor saludable del nacimiento futuro. No te quedes sentado sin hacer nada, mantén la vigilancia sobre las humeantes brasas de tu vida.

El Jabalí

Mae Chee Kaew se comunicaba con seres incorpóreos utilizando el lenguaje no verbal del corazón, la lengua común que comparten todos los seres sintientes. El flujo de conciencia de un ser incorpóreo infunde pensamientos y emociones con significado e intención - al igual que el estilo y el contenido de las expresiones verbales son determinados por el flujo de la conciencia humana. Cada corriente de pensamiento que procede de un flujo conciente está en sintonía con un significado y un propósito específico, y por lo tanto transmite un mensaje claro e inconfundible. Cuando la corriente de un pensamiento se encuentra con la calidad conocedora de otro flujo consciente, imparte un mensaje directamente a la conciencia de acogida, como idea coherente u opinión plenamente formada. Utilizando ese diálogo no verbal directo, Mae Chee Kaew cuestionaba a sus visitantes incorpóreos, indagando sobre sus historias y escuchando lo que tenían que decir. Quería ayudarlos; pero, normalmente, lo único que podía hacer era compartir con ellos el mérito de su meditación y la pureza de su vida espiritual. Era su responsabilidad recibir y hacer uso de estos méritos de la mejor manera posible.

Un incidente aún más extraño que su comunicación con el búfalo de agua se produjo cuando la conciencia incorpórea de un jabalí salvaje muerto apareció como una imagen en samadhi a Mae Chee Kaew. Vagando solo por la noche en busca de alimentos en el otro extremo de la montaña Phu Gao, el jabalí fue matado por un cazador local, que se había escondido cerca de un abrevadero frecuentado por los animales salvajes, a la espera de su próxima víctima.

En las primeras horas, antes del amanecer, una imagen fantasmal del jabalí surgió espontáneamente en el campo visual de Mae Chee Kaew. Acostumbrada a ver este tipo de apariciones, dirigió el flujo de su conciencia hacia ella y pidió inmediatamente al jabalí que le diera la razón por venir a verla. El animal habló de manera vacilante, tartamudeando como si aún estuviera en un estado de shock. El jabalí explicó que fue matado en su camino hacia el abrevadero por un cazador llamado Dum. Mae Chee Kaew preguntó por qué el jabalí no había tenido más cuidado para que nadie lo pudiera matar. El jabalí le pidió que entendiera que siempre había sido extremadamente cuidadoso de los cazadores, siempre había estado en guardia ya que su vida dependía de ello. Pero la existencia de un animal salvaje es increíblemente difícil, y su sufrimiento es insoportablemente duro. Viviendo en la naturaleza, totalmente a merced del cambio de las estaciones naturales, los jabalíes viven en constante temor. Sus vidas están

constantemente en peligro, amenazada por depredadores naturales, cazadores y tramperos. Al estar muy atento, el jabalí había sobrevivido muchos años en las montañas; pero, al final, no pudo evitar ser matado.

El jabalí le dijo a Mae Chee Kaew que estaba aterrorizado ante la idea de renacer como un animal salvaje, soportando una vida de dolor y sufrimiento increíbles, una vida de continuo miedo y desconfianza. Un jabalí nunca puede relajarse ni encontrar paz. Lleno de miedo de no poder evitar otro nacimiento entre los animales, el jabalí había llegado a Mae Chee Kaew a pedir una parte de su mérito y virtud espirituales para aumentar sus posibilidades de renacer como un ser humano. Desconsolado, el espíritu le dijo que carecía de suficiente mérito y virtud para poder mostrarse confiado en su futura existencia. El jabalí no poseía nada de valor que pudiera ofrecerle - excepto la carne de su cuerpo recién matado. Por lo tanto, la imploró amablemente a comer un poco de su carne para poder obtener la fuerza física necesaria para mantener su estilo de vida espiritual ejemplar. Al mismo tiempo, esto permitiría al jabalí hacer méritos.

Ansiosamente informó el jabalí a Mae Chee Kaew que a la mañana siguiente la familia del cazador traería carne de su cadáver para ofrecerla al monasterio. El jabalí le rogó que comiera de ella, con la esperanza de que este acto de generosidad traería mérito suficiente para que renaciera como ser humano. El jabalí deseaba ofrecerle las mejores partes de la carne de su cuerpo; sin embargo, las personas son codiciosas por naturaleza, por lo que temía que la familia del cazador se quedaría con las mejores partes para comerlas ellos mismos y llevaría sólo la carne de menor calidad para ofrecerla a Mae Chee Kaew.

Mae Chee Kaew estaba fascinada por la petición de su visitante. En muchos años de meditación nunca se había encontrado con un caso en que la conciencia de un animal muerto intentara hacer méritos ofreciendo la carne de su propio cuerpo. Sentía una simpatía profunda por su difícil situación reconoció en silencio la buena intención, mientras que irradia bondad. Ella inspiró al jabalí con las virtudes de la generosidad, inculcando un sentimiento de orgullo en actuar de manera correcta. Al igual que con tantos otros seres de los planos inferiores, hizo hincapié en los beneficios de los cinco preceptos morales como la condición base para un nacimiento humano, y alentó al jabalí a que las acepte como reglas de entrenamiento para disciplinar el cuerpo, el habla y la mente. Decidió compartir los frutos de su virtud espiritual con la esperanza de que el jabalí pudiera renacer de la manera que deseaba. Satisfecho con lo que Mae Chee Kaew le había asegurado, y alentado por sus bendiciones, el jabalí se despidió respetuosamente y se fue.

A la mañana siguiente, después del amanecer, Mae Chee Kaew se encontró con los monjes y las monjas en la sala principal y contó en calma este extraño incidente. Describió la historia del jabalí en detalle para que pudieran entender completamente la situación y aceptar la carne del animal muerto por compasión para con él, cuando la familia del cazador trajera la carne más tarde esa mañana. Instó a todo el mundo a que

comiera de la carne como una manera de honrar las intenciones generosas del animal y, eso esperaba, ayudar a su conciencia a encontrar un renacimiento como ser humano.

Más tarde esa mañana, la esposa del Sr. Dum, el cazador, llegó con algo de carne de jabalí asada, la cual ofreció respetuosamente a Ajaan Khamphan y los monjes. Cuando la preguntaron acerca del origen de la carne, su respuesta confirmó todo lo que Mae Chee Kaew había oído del jabalí, hasta el más mínimo detalle. Los monjes y las monjas, todos compartieron la carne ofrecida, con la esperanza de que de alguna manera su acto de compasión se aligeraría la carga de sufrimiento llevada por esa criatura desafortunada.

Mae Chee Kaew aprendió así sobre la muerte y el renacimiento y el anhelo que conecta los dos, vinculando vidas en un continuo sin fin de dolor y sufrimiento. Conoció personalidades condicionadas por la codicia, motivadas por la ira, y agobiadas por el peso de su propio kamma, nadando desesperadas y sin rumbo en un vasto mar de ilusiones. Seres que están atrapados en los reinos inferiores de la existencia consciente no tienen ni mérito personal, ni virtudes espirituales en los que se puedan apoyar en tiempos de mucha necesidad. En vidas anteriores, cuando estos espíritus vivían vidas humanas, no desarrollaron el hábito de ser generoso y dar de manera desinteresada, y pasaron por alto la eficacia protectora de la restricción moral. Debido a que como humanos se olvidaron de acumular suficiente virtud para el futuro, tras la muerte su conciencia se sumergió en un reino de oscuridad en el que era casi imposible generar virtud. Al no tener el recurso de generar mérito por ellos mismos, los fantasmas y otros espíritus errantes dependen de otros para la salvación. Si las personas virtuosas en el reino humano no les ayudan conscientemente compartiendo el mérito hecho a través de actos de cuerpo, palabra y mente, los fantasmas se quedan en la miseria total, carentes de medios para pasar a un plano más favorable. Tendrán que esperar, soportando las condiciones miserables producidas por sus acciones, hasta que las consecuencias kámmicas de sus malas acciones, o de su desdén negligente, se hayan agotado. Para Mae Chee Kaew, los fantasmas se parecían a animales callejeros, que vagan sin rumbo por un árido paisaje inmundo, acosados por su propia pobreza espiritual – sin dueños, teniendo que cuidar de ellos mismos. Para los seres que tienen que soportar las consecuencias de sus malas acciones, no importa mucho en que plano de existencia aparezcan, ya que su dolor y miseria continúan sin cesar.

Todos los reinos de la conciencia, y todos los seres vivos se originan en la mente. Por eso, es mucho mejor que os centréis exclusivamente en vuestra propia mente. Allí podréis encontrar el universo entero.

Los espíritus de la Montaña

Bajo el liderazgo de Ajaan Khamphan, el monasterio de la montaña Phu Gao se convirtió en un sitio que vibraba con espiritualidad donde los monjes y las monjas se centraban con diligencia en su práctica de meditación. Ajaan Khamphan había vivido bajo la tutela de Ajaan Sao durante varios años, y dirigía los asuntos monásticos en el mismo espíritu que había hecho su mentor. En la montaña de Phu Gao había un sentido armónico de fraternidad, todos vivían juntos en armonía. Ver a los monjes que todas las mañanas caminaban con total tranquilidad hacia la aldea para pedir limosnas era impresionante. Las monjas se quedaban en el monasterio, reunidas en la cocina al aire libre para cocinar arroz y preparar platos sencillos para aumentar el alimento de la diaria recolección de limosnas que traían los monjes. Los habitantes del pueblo habían construido un banco largo a la entrada del monasterio. Aquí las monjas se colocaban para poner la comida que habían preparado en los cuencos de los monjes cuando estos regresaban de la aldea. De vuelta en el monasterio, en la sala principal, los monjes comían en silencio, sentados de acuerdo con su antigüedad como Bhikkhu. Habiendo recibido una bendición, las monjas se retiraban a su parte del monasterio para comer - también en silencio y sentadas en orden según su antigüedad. Cuando los monjes terminaban de comer, cada monje lavaba su cuenco, lo secaba cuidadosamente, sustituía la tela que lo cubre, y con cuidado lo dejaba en su sitio. Las mujeres lavaban los platos y los utensilios de cocina, recogían todo atentamente y barrían el área de cocina.

Una vez que se habían terminado las tareas de la mañana, todos los miembros de la comunidad monástica regresaban al ambiente aislado de sus pequeñas chozas, donde se concentraban en la meditación, ya sea caminando o sentados. Monjes y monjas permanecían en el bosque hasta las cuatro de la tarde cuando las tareas de la tarde los aguardaban. Al regresar de la selva, primero barrían toda la zona del monasterio. Al terminar esto, trabajaban juntos para traer agua de los estanques cercanos para llenar los diferentes recipientes de agua: agua para beber, agua para lavar los pies y agua para el lavado de cuencos de limosnas y ollas de cocina. Después de un baño rápido, volvían a retomar la meditación. En las noches en las que no se reunían, continuaban con la práctica hasta bien entrada la noche antes de acostarse.

Normalmente, Ajaan Khamphan convocaba una reunión general de monjes y monjas una vez por semana, los días de uposatha. Cuando se juntaban al atardecer, toda la asamblea recitaba al unísono, entonando versos sagrados para alabar al Buddha, Dhamma y Sangha.

Después de que la resonancia suave de sus voces se dejaba de oír, Ajaan Khamphan pronunciaba una charla inspiradora sobre la práctica de la meditación. Cuando terminaba de hablar, contestaba cualquier pregunta o duda manifestadas por sus discípulos y les aconsejó acerca de cómo podían progresar en su meditación. Si surgían preguntas apremiantes en otros días, siempre podían buscar su ayuda personal en cualquier momento conveniente.

Ajaan Khamphan mantenía una práctica ejemplar que inspiraba reverencia en sus discípulos. Era amable y gentil y poseía tal modestia que le hacía tener los dos pies en la tierra siempre. Su práctica espiritual y conducta virtuosa reflejaban una paz y tranquilidad de la mente verdaderas. Era muy hábil en conseguir estados de calma meditativa profunda y conocía muy bien la diversidad de fenómenos que pueden ser experimentados en samadhi. Por esto, sus habilidades meditativas eran compatibles con las habilidades innatas de Mae Chee Kaew. Su mente convergía con mucha facilidad en estados de samadhi profundo, resultando en un contacto amplio con seres del reino espiritual. Mae Chee Kaew podía aprovechar su experiencia para promover sus propias habilidades en los diversos aspectos inusuales de samadhi, y estaba agradecida por la orientación que Ajaan Khamphan le brindaba.

Los años que Mae Chee Kaew vivió en la montaña de Phu Gao fueron un tiempo fructífero para su práctica de meditación. Con cada nueva incursión en el mundo invisible de los espíritus sensibles adquirió un mayor conocimiento de los reinos de la existencia no física. Con la ayuda de Ajaan Khamphan fortaleció su capacidad de explorar los distintos fenómenos dentro de los muchos estados de existencia no humana pero sutil que había más allá del alcance de la percepción humana media. Eran tantas y tan variadas estas experiencias que nunca se cansaba de explorar el universo espiritual. Para su sorpresa, descubrió que algunos tipos de espíritus viven en comunidades organizadas igual que los humanos. Contrastando marcadamente con los espíritus que vagaban por sus planos de existencia, estas comunidades se organizan con un líder, que supervisa las actividades sociales y se esfuerza por mantener la paz. Debido a la fruición intempestiva de mal kamma anterior, algunos seres, después de haber acumulado mucha virtud, aún así no dejan de nacer en el plano de los espíritus. Debido a que su carácter virtuoso son capaces de ejercer una gran autoridad moral, ganando el respeto de los demás, que por su propia pobreza espiritual respetan mucho los que disponen de fuerza moral y autoridad. En las comunidades de los espíritus Mae Chee Kaew encontró la prueba de que los frutos de la bondad siempre son más poderosos que los efectos del mal. Únicamente por el poder de la virtud un individuo es capaz de gobernar una gran comunidad.

Mae Chee Kaew también se enteró de que las comunidades de los espíritus no estaban divididas en grupos o castas. En cambio, su jerarquía social se orientaba estrictamente en el orden dictado por las consecuencias concretas del kamma de cada espíritu, lo que les hacía imposible tener prejuicios como los humanos. La naturaleza de su existencia en el

plano de los espíritus y su condición social con respecto a los demás eran siempre la retribución justa por sus fechorías pasadas.

De vez en cuando, el espíritu jefe guiaba a Mae Chee Kaew en una gira a través de su dominio, y describía las condiciones de vida de los diferentes tipos de espíritus. Se le informó de que el mundo de los espíritus también alberga a gamberros con mal carácter que causan molestias – se los detiene y encarcela en un recinto que los humanos podríamos llamar una "cárcel". Hizo hincapié en que los espíritus que son encarcelados tienen un corazón mezquino y han alterado indebidamente la paz de los demás, y son sentenciados y encarcelados de acuerdo a la gravedad de sus delitos. Aquellos que se portan bien, viven una vida tan normal como permite su kamma. El espíritu jefe le recordó que la palabra "espíritu" es una designación dada por los seres humanos. Los espíritus eran en realidad sólo un tipo de forma de vida consciente entre muchos otros en el universo y existen en función de sus propias condiciones kámmicas.

La conciencia de un Deva es otra forma de existencia sensible regida por las leyes del kamma. La meditación samadhi de Mae Chee Kaew la introdujo a un amplio espectro de experiencia no humana. A veces su conciencia se separaba de su cuerpo y vagaba a explorar los reinos celestiales, o los distintos niveles del plano de existencia de brahma. Visitaba los distintos tipos de seres sutilmente formados, llamados devas, que existen en una jerarquía divina sutileza y refinamiento cada vez mayores - seres que han llegado a un estado afortunado y feliz como consecuencia de su buen kamma. Conoció a devas terrestres - deidades luminosas que habitan en bosques, arboledas y árboles - que nacen allí por su fuerte afinidad natural con respecto al plano terrenal. Aunque su presencia visible está más allá del alcance de los sentidos humanos, eran claramente visibles para el ojo divino de Mae Chee Kaew. Los considera como seres de satisfechos cuyas vidas felices, sin embargo, a menudo estaban preocupados por los placeres sensoriales. Estos goces eran premios que les correspondían por su virtud acumulada. Como seres humanos habían acumulado mucho mérito mediante las prácticas de dar generosamente, vivir con las adecuadas restricciones morales y meditar. Los impulsó a renacer en un cielo espiritual, donde vivían una existencia feliz, disfrutando de una agradable variedad de experiencias sensoriales.

A pesar de la virtud de los devas, su naturaleza pasiva da pocas posibilidades para generar activamente kamma positivo adicional para prolongar su estancia en el plano celestial. Por lo tanto, una vez agotado su capital virtuoso, los devas pueden esperar un renacimiento en el mundo humano, donde sus tendencias virtuosas seguramente les permite renovar su cantidad de méritos. A diferencia de los espíritus fantasmales, que se encuentran atrapados en un ciclo del mal y recompensas miserables, los devas disfrutan de la posibilidad de mejorar sus fortunas kámmicas. Sin embargo, los devas comparten una cosa en común con todos los seres sintientes: la carga de los apegos emocionales que causa su renacimiento sin fin.

Es importante entender que estos reinos existen como dimensiones de la conciencia y no como planos físicos. Al caracterizar los planos celestiales como niveles progresivamente "más altos" y más refinados de la existencia, y los planos de los espíritus consecuentemente "más bajos", damos a la naturaleza puramente espiritual de la conciencia un nivel material. Los términos "subir" y "bajar" son términos convencionales que se refieren al movimiento de cuerpos físicos. Estos términos tienen muy poco en común con el flujo de la conciencia, cuyo movimiento sutil está más allá de comparaciones temporales. El movimiento físico hacia arriba o abajo requiere de un esfuerzo deliberado. Pero cuando la mente gravita hacia los reinos superiores o inferiores de la conciencia, la dirección no es más que una metáfora y no implica ningún esfuerzo.

Al decir que los cielos y los mundos de brahma se organizan verticalmente en una serie de planos, esto no debe entenderse en el sentido literal - como una casa con muchas plantas. Estos reinos existen como dimensiones de la conciencia, y el ascenso se logra espiritualmente, sintonizando el flujo consciente de la mente con una vibración más sutil de la conciencia. Suben en un sentido figurado, por medios espirituales: es decir, por el corazón que ha desarrollado este tipo de capacidades a través de las prácticas de la generosidad, virtud moral y meditación. Al decir que el infierno está "debajo", no quiere decir que alguien baje físicamente, como en un abismo. Más bien, se refiere a la descender por medios espirituales a un destino espiritual. Y los que son capaces de observar los cielos y los planos del infierno lo hacen en virtud de sus propias facultades espirituales internas.

Para los expertos en los misterios del samadhi, la comunicación psíquica es tan normal como cualquier otro aspecto de la experiencia humana. Surgiendo a través del flujo de la conciencia, el mensaje esencial se transmite en el lenguaje del corazón como ideas completamente formadas que el individuo que pregunta entiende tan claramente como si fueran palabras en un lenguaje convencional. Cada corriente de pensamiento emana directamente del corazón, por lo que transmite los verdaderos sentimientos de la mente, y el significado preciso, eliminando la necesidad de una mayor clarificación. La conversación verbal es también un medio del corazón; pero es su naturaleza que el lenguaje oral a menudo no refleja los verdaderos sentimientos del corazón, por lo que fácilmente se cometen errores al comunicar una intención precisa. Esta incongruencia se elimina mediante la comunicación directa de corazón a corazón.

Mantén una estrecha vigilancia sobre tus acciones, palabras y mente, y comportate de manera serena. No hables demasiado ni crees dificultades para tí mismo. Cuida tu lenguaje, y ríe con retención.

La Cueva de Nok Kraba

Al pasar los años, la meditación de Mae Chee Kaew se desarrolló dentro de un determinado patrón y en determinada dirección, y cada nuevo encuentro con el mundo de los espíritus reforzó su impulso. Pasó innumerables horas examinando el dolor y el sufrimiento de otros seres vivos, pero se descuidó de mirar eso en su propia persona y el apego emocional que la enraizaba en la secuencia del saṁsāra que repite una y otra vez la muerte y el renacimiento. Debido a que sus visiones involucraban el contacto con los campos de los sentidos internos de la mente, accedidos por un enfoque hacia el interior de la atención, los veía como exploraciones de su propia mente y sus capacidades psíquicas profundas. Ella creía que mediante la investigación de los fenómenos que surgían durante su meditación samadhi, podría aprender la verdad sobre ellos, y por ese medio podría entender la atención mental que los percibía. Pero, a pesar de que los mundos que aparecieron en su visión espiritual eran reinos de otros seres tan reales como el reino de los humanos, también eran igualmente externos a la perspectiva del meditador, quien los percibía.

Aunque no eran sólidos ni tangibles, esos fenómenos eran, por su propia naturaleza, objetos de la percepción, y por lo tanto ajenos a la conciencia que los conocía. Al centrarse exclusivamente en sus visiones, en la meditación Mae Chee Kaew se preocupaba solamente del universo espiritual exterior, que la llevó a pasar por alto el increíble mundo interior que existía dentro de su propio corazón y su mente. Mae Kaew Chee no entiendió ese error fundamental en su práctica, y Ajaan Khamphan no poseía suficiente sabiduría innata para señalar el error. Él mismo nunca había progresado más allá del nivel de samadhi y sus efectos psíquicos, así que no la podía llevar más allá de su apego a la dimensión espiritual. Aunque su mente estaba arraigada en los poderes excepcionales de concentración, le faltaba la necesaria visión profunda genuina de los fenómenos espirituales transitorios y fundamentalmente insatisfactorios. Aunque Mae Chee Kaew creía que Ajaan Khamphan era un guía competente, ella aún no había entendido su necesidad de un maestro realmente excepcional.

El entusiasmo cada vez mayor de Mae Chee Kaew con las variedades de la existencia consciente se hizo realmente fuerte. Ella ansiaba la emoción de nuevas experiencias, y un mayor conocimiento - el mismo anhelo que causa que todos los seres sintientes vaguen eternamente en el universo espiritual del samsara. Mae Chee Kaew aún tenía que comprender plenamente esta lección acerca de la verdad del sufrimiento y su causa

principal; y Khamphan Ajaan, a pesar de toda su capacidad de concentración, fue incapaz de alejarla de los peligros de su fuerte preferencia del samadhi sobre la sabiduría. Así, Mae Chee Kaew se intoxicó por la pacífica tranquilidad de samadhi, y sin darse cuenta, se había convertido en adicta a sus poderes maravillosos de la percepción.

Mae Chee Kaew vivio en la montaña Phu Gao de 1937 a 1945, un período durante el cual los japoneses invadieron Tailandia y arrastraron el país en un conflicto regional que se convirtió pronto en un frente de batalla importante en la Segunda Guerra Mundial. Aviones de combate en misiones de bombardeo sobrevolaban directamente el retiro de la montaña, y con frecuencia se deshacían de bombas sin usar ahí cerca, antes de aterrizar en una base aérea que no se encontraba demasiado lejos. Las explosiones periódicas y ensordecedoras enviaban a monjes y monjas a sitios seguros bajo el acantilado. Sólo Mae Chee Kaew permanecía imperturbable, con calma, continuando su meditación, libre de miedo o disgusto. Estaba decidida a seguir su resolución por dedicarse en cuerpo y mente a la búsqueda del Dhamma. Sabía que no debía vacilar en el camino si espera trascender el sufrimiento en vida.

Durante un período de bombardeo constante, la interrupción en la atmósfera meditativa de las monjas llegó a ser tan severa que Mae Chee Kaew y varias monjas se mudaron de la montaña Phu Gao a la cueva de Nok Kraba para estar más aisladas. Caminando por senderos de montaña en espiral durante casi todo un día, llegaron a una montaña adyacente, por encima de la cual no volaban aviones militares. Nok Kraba era en realidad una extensa red de cuevas excavadas en la ladera escarpada de la montaña, circunstancia que hacia posible que cada monja tuviera una habitación de piedra separada, aislada, donde podía practicar meditación en tranquila soledad.

Al salir de un profundo samadhi, tarde en la primera noche, el flujo hacia el exterior de la conciencia de Mae Chee Kaew fue confrontado con una deidad en forma de serpiente y grandes dimensiones, que inmediatamente reconoció como un *nāga*, un ser espiritual cuyo entorno natural son cuevas profundas en la tierra, y los dominios acuosos por debajo de ellos. Los *nāgas* siempre habían fascinado a Mae Chee Kaew por su capacidad para cambiar su apariencia física a voluntad y presentarse a menudo con aspecto humano. Con un desprecio descarado, el *nāga* rápidamente envolvió el cuerpo de Mae Chee Kaew en espiral, arqueando su cara reptil cerca a la de ella y, en tono burlón, amenazaba con comer todas las monjas antes del amanecer. Mae Chee Kaew entendía el poder de no tener miedo a morir. Cara a cara con su enorme cabeza, ella advirtió al *nāga* con calma que considerara las repercusiones morales de su temeridad. Recordó al *nāga* que las monjas eran hijas del Señor Buddha, el ideal de la perfección espiritual, y nunca deberían ser agredidas. Cuando el *nāga* mantuvo su postura desafiante, ella replicó que si realmente su intención era comer a las monjas, debería comerla a ella en primer lugar. El *nāga* inmediatamente abrió su boca de serpiente y se dispuso a morderla. Pero, debido a los

misteriosos poderes de la virtud de Mae Chee Kaew, su boca de repente empezó a arder de tal manera que gritó de dolor. Castigado y humillado, el *nāga* avergonzado asumió la apariencia física de un joven y se volvió amigable.

Con esta apariencia de un hombre joven, el *nāga* estuvo de acuerdo en compartir su morada con las monjas. Pero seguía siendo una criatura traviesa, revoloteando inquietamente y nunca se estaba quieto. Al extraño joven le gustaba sentarse sobre una roca en medio de la cueva y tocar una flauta a todo pulmón, cuyos sonidos hacían eco juguetonamente en la caverna hueca. Pero cada vez que se acercaban a Mae Chee Kaew, sentada en meditación, los sonidos de su flauta se ahogaban misteriosamente, como si las notas no podían salir del instrumento. Este enigma le desconcertaba y frustraba. Conforme pasaba el tiempo, se le hizo cada vez más incómodo el pensar que ella pudiera ejercer un control sobre los sonidos que él hacía. Al mismo tiempo, le impresionaban cada vez más sus poderes inusuales, y dudaba que la pudiera ahuyentar del lugar.

Un día, Mae Chee Kaew vio que el joven se acercaba con su flauta y le preguntó a dónde iba. El *nāga* le tomó el pelo, diciendo que había tenido la intención de coquetear con una mujer en el pueblo, pero que pensaba que podría ser mejor coquetear con ella en cuenta. Ella le lanzó una mirada regañona y le respondió que era una mujer con virtud moral y que no tenía ningún deseo de estar con hombres. Le instó a desarrollar principios morales básicos, insistiendo en que la virtud moral es la base de esas cualidades especiales que cada ser viviente debe apreciar y aferrarse a ellos. Explicó que la restricción moral forma una barrera que previene que los seres vivos abusen de los demás material y espiritualmente; y que también protege y mantiene el propio valor interior. Sin la limitación protectora de la moral, maltrato y negligencia se extenderían tanto en el mundo que apenas quedaría una isla de paz y seguridad. Mae Chee Kaew instó al joven *nāga* a renunciar a su insensibilidad y desprecio por los valores espirituales y a reformar de su punto de vista moral en consonancia con los principios buddhistas. La eliminación de este desprecio de su corazón sólo aportarían paz y felicidad para él mismo y para los demás.

Impresionado por sus argumentos, el joven *nāga* aceptó sus defectos y le pidió perdón. En respuesta al ablandecerse de su corazón, Mae Chee Kaew le exhortó a observar los cinco preceptos morales básicos:

> En primer lugar, debes abstenerte de dañar a los seres vivos. Al hacerlo, aprenderás a restringir tu ira y a promover amor benevolente. Debes abstenerte de coger cosas sin el consentimiento de su propietario. Descartando la mentalidad de un ladrón, la codicia se mantiene bajo control, y se le da espacio a la renuncia para crecer. Todas las relaciones sexuales indebidas deben ser abandonadas, porque la abstinencia de conducta sexual inapropiada ayuda a someter el deseo sensual y a desarrollar un espíritu de alegría. Al abstenerse de mentir, y decir

> siempre la verdad, frenas las tendencias hacia el habla falso y das más importancia a la veracidad en todo lo que haces. Abstenerse de intoxicantes evita la sobre-excitación mental dañina, y cultiva el desarrollo de la atención consciente, la cual es el requisito básico para mantener todos los preceptos morales de manera constante y uniforme.

Habiéndolo convencido para que adoptase estos principios morales fundamentales, Mae Chee Kaew le enseñó que, además de las restricciones morales, la generosidad y la meditación son elementos de vital importancia; que ponen las bases para la autosuficiencia espiritual en esta vida, y en todas las vidas futuras. Todos los seres vivos son el producto de sus acciones, y deben asumir la plena responsabilidad por las consecuencias que encuentran, ya que ninguna otra persona puede asumir esa responsabilidad.

Las monjas de la cueva de Nok Kraba dependían de algunos habitantes de la zona para ofrecerles arroz crudo y otros suministros alimenticios. Recolectaban todos los días hierbas en los verdes bosques, tubérculos comestibles y setas silvestres para complementar su dieta; pero el suministro de arroz y pescado en salmuera dependía de la población local que las apoyaba. Las mujeres que les hacían entrega de los requisitos básicos se convirtieron en seguidoras devotas, y Mae Chee Kaew a menudo las recompensaba por su devoción relatando sus experiencias durante la meditación como lecciones sobre el valor de la virtud moral. Pero cuando la noticia de su habilidad en la doma del āga llegó a oídos de la comunidad del pueblo en general, mucha gente empezó a sentirse incómoda y tenía miedo. Impregnados desde hacía mucho de las creencias animistas, eran supersticiosos y sospechaban de cualquier persona cuyas facultades espirituales trascendían a los de las deidades locales. Asociaban la domesticación del āga por parte de Mae Chee Kaew con poderes mágicos, que a la vez les asombraba y asustaba.

La cueva de Nok Kraba se encontraba en una región boscosa donde la gente de la aldea cazaba y recolectaba plantas silvestres de manera habitual. Las historias sobre los poderes de Mae Chee Kaew hicieron que la gente del lugar se sintiera inquieta y no quisiera poner pie en esa zona. Comenzaron a surgir quejas. En aquel momento había fuertes lluvias fuera de estación, que duraban día y noche, lo que causó extensas inundaciones en las aldeas de los valles. Pronto se acusaba a las monjas de las cuevas de causar estas lluvias torrenciales y las inundaciones consiguientes. También se sugirió que la presencia de las monjas era responsable de las recientes incursiones del ejército japonés en la región.

Esta serie de acusaciones injustificadas finalmente convenció a Mae Chee Kaew que debía abandonar la zona. Aunque en la cueva de Nok Kraba se daban las condiciones ideales de reclusión, las circunstancias en las zonas que las rodeaban eran muy poco favorables. Le preocupa que los conceptos erróneos acerca de su continua presencia podrían causar

inconvenientes para otras personas. Ella decidió entonces volver a la montaña Phu Gao con su grupo de monjas.

Si olvidas cultivar tu atención y sabiduría inherentes, si no buscas con todo tu corazón, obstáculos en tu camino se apilarán hasta tapar la vista del camino, dejando el final del camino para siempre en la oscuridad.

Las deficiencias del Espíritu

Ajaan Khamphan era la inspiración detrás de la comunidad monástica de Gao Phu. Su responsabilidad era servir de guía a las monjas en su práctica diaria. Esto significaba frecuentes contactos con las mujeres renunciantes, reuniéndose con ellas como grupo, escuchando sus experiencias y agravios; y dándoles asesoramiento personal en una variedad de asuntos. Su edad física y senioridad monástica parecían excluir el desarrollo de apegos mundanos entre él y las mujeres a las que enseñaba. Pero por desgracia existen las tentaciones de la carne y los defectos del espíritu.

Un pequeño grupo de monjas se quedó atrás cuando Mae Chee Kaew y las demás se mudaron a la cueva de Nok Kraba. Durante su ausencia, Ajaan Khamphan -descuidando su condición de mentor espiritual -se involucró emocionalmente con una de las monjas que se habían quedado. A pesar de que su destreza en la meditación samadhi le permitió observar y examinar las circunstancias de los demás seres vivos, Ajaan Khamphan había descuidado la contemplación y penetración en la verdadera naturaleza de su propio ser al no cultivar adecuadamente las facultades de comprensión y sabiduría. Descuidó a seguir un principio fundamental de las Enseñanzas del Buddha: no ahondó en los agregados del cuerpo y la mente para ver que son totalmente transitorios, insatisfactorios y que carecen de esencia personal.

En la profunda absorción meditativa de samadhi, el cuerpo y la mente se funden en una sola unidad consciente: la sabia naturaleza esencial de la mente, pura y simple, quieta y tranquila. Esta convergencia da lugar a un sentimiento de puro y armonioso ser tan maravilloso que es indescriptible, y tan perfectamente placentero que puede llegar a ser adictivo. Pero, independientemente de lo sublime que es su experiencia, estos estados de absorción meditativa todavía están manchados por la presencia del deseo, el odio y la ignorancia. Tales experiencias de Samadhi siempre serán de naturaleza mundana, y los conocimientos espirituales adquiridos a través de ellos llevan consigo sabiduría mundana todavía manchada por estas influencias profanas.

Una mente simplificada y unificada por samadhi llega a ser muy profunda, clara y potente. Sólo a través de enfocar esta experiencia a la práctica de la contemplación se puede alcanzar la verdadera sabiduría trascendente. Una profunda investigación de la naturaleza del cuerpo, los sentimientos y la mente puede arrancar de raíz las aflicciones del deseo, del odio y de la ignorancia, logrando de esta manera realizar la naturaleza

efímera y vacía de todos los fenómenos, eliminando el deseo y consiguiendo la libertad del repetido ciclo de nacimiento y muerte. La concentración y la sabiduría deben ir juntas, impulsando la meditación hacia su objetivo, como las dos ruedas de una carreta. La calma y la concentración del samadhi permiten que la sabiduría nos enseñe y retire las profundas impurezas mediante el uso de técnicas contemplativas concretas. Al desarraigar estas perversiones, la sabiduría, a su vez, profundiza la calma meditativa. Así, la concentración y la sabiduría trabajan en conjunto para guiar al meditador a lo largo del camino que nos enseñó el Buddha hacia la iluminación.

Al salir de la calma y la concentración de samadhi, Ajaan Khamphan no fue más allá de la puerta de acceso al vasto mundo exterior de las energías espirituales. En lugar de utilizar el enfoque interno agudo y claro del samadhi para investigar la verdad sobre su propio ser, y su apego a los componentes físicos y mentales que lo forman, volvió su atención hacia el exterior, hacia el mundo de los campos de energía sutiles de consciencia. Debido a que no hizo uso de la sabiduría liberadora para desarrollar defensas contra sus instintos más básicos, seguía sometido al deseo sexual, y por lo tanto a las cadenas sensuales de los seres no iluminados.

Cuando Mae Chee Kaew regresó de la cueva de Nok Kraba, el enamoramiento de Ajaan Khamphan en una de las monjas jóvenes se estaba haciendo aparente. Pero, debido a su posición de liderazgo y antigüedad en la comunidad, y a su excelente reputación, los monjes y monjas no se atrevieron a reprocharle sus indiscreciones. En silencio, en conversaciones privadas, se esperaba que el asunto pronto disminuyera y llegara a su fin. Así que el repentino anuncio por parte de Ajaan Khamphan, de que él y la joven monja colgarían los hábitos y regresarían a la vida laica para casarse, causó sorpresa y consternación. Mae Chee Kaew estaba triste por su partida inesperada, y decepcionada porque no fue capaz de estar a la altura de la confianza que ella y las demás monjas habían puesto en su guía espiritual. Para entonces, las monjas habían vivido y practicado bajo su tutela durante casi ocho años. Que dejara los hábitos no sólo creó un desagradable escándalo en el monasterio, sino también dejó un vacío en el liderazgo monástico, que obligó a las monjas a considerar su reubicación lo más pronto posible a un entorno más adecuado. De repente, el liderazgo espiritual de las monjas se convirtió en su propia responsabilidad. Mae Chee Dang y Mae Chee Ying convocaron una reunión sólo de las monjas, en la cual llegaron rápidamente a un consenso sobre que debían regresar a sus pueblos natales de inmediato, y buscar una buena ubicación para establecer una comunidad monástica estrictamente sólo para las mujeres.

Con ese objetivo en mente, Mae Chee Kaew y seis monjas se mudaron a Baan Huay Sai en la primavera de 1945. Conscientes de las condiciones de vida que súbitamente se habían hecho difíciles para las monjas, y simpatizando con su situación, dos ancianos prominentes de la aldea se convirtieron en sus mecenas, y les regalaron veinte hectáreas de tierras de labranza situadas una milla al sur del centro del pueblo. Al estar situado por

encima de los campos de arroz circundantes, el suelo se había utilizado durante generaciones para plantar cultivos comerciales, como algodón, cáñamo y añil. Sin embargo, una gran parte de la tierra estaba cubierta con hileras enredadas de bambú y árboles altos de madera dura, que proveían a las monjas del aislamiento adecuado para continuar su estilo de vida espiritual sin ser molestadas. Las monjas aceptaron amablemente la generosidad de los hombres y se pusieron a trabajar de inmediato en la construcción de un monasterio para monjas en el bosque.

Con la ayuda de los hombres y mujeres de Baan Huay Sai, se limpiaron amplias zonas de monte bajo para construir refugios provisionales de bambú. Se construyeron plataformas para dormir cortando a lo largo el bambú, extendiéndolo y, a continuación, atándolo a un armazón con patas – también de bambú - y así creando una superficie para dormir de unos seis pies de largo, tres o cuatro pies de ancho, y sobre un pie y medio por encima del suelo. Los tejados eran de paja y se hacían con manojos de hierba alta que crecía en abundancia en los alrededores. Una cabaña con techo de paja fue construida para cada monja, y cada una se encontraba tan distante de las demás como el espacio disponible para el monasterio permitía. Los habitantes locales ayudaron a las monjas a crear senderos para practicar meditación caminando al lado de cada una de sus simples chozas.

Una pequeña pero robusta sala fue construida en una zona amplia y abierta que anteriormente se cultivaba. Los postes de madera y tablones fueron aserrados y recortados y, a continuación, clavados con clavos de madera para formar la estructura básica. El tejado era de paja y plano. Se construyó un techo para albergar una cocina cerca de ahí para la preparación de las comidas, utilizando bambú y paja. Una estufa de barro, calentada con leña servía para cocinar. Los requisitos básicos de vida eran escasos. Las monjas usaban bambú para hacer tazas y otros utensilios básicos de cocina. Como no había pozos en la propiedad, había que ir a buscar agua de un arroyo cercano y llevarlo al sitio donde se encontraba el monasterio de las monjas. Comodidades básicas, tales como zapatos, no estaban a disposición de las monjas, por lo que utilizaban hojas secas de betel para la fabricación de sandalias primitivas. Machetes, azadas y palas eran también difíciles de conseguir, obligando a la monjas pedir prestadas la mayor parte de sus herramientas en la aldea. Pero a pesar de Mae Chee Kaew y las monjas vivían en condiciones de pobreza virtual, vivían en aras del Dhamma y estaban dispuestas a aceptar las inconveniencias asociados a su práctica.

El monasterio de monjas de Baan Huay Sai era pequeño y alejado de la vida en la aldea. Las reglas de entrenamiento eran estrictas y simples. Sus condiciones de vida permitían poco que fuera lujoso o superfluo. Las monjas pasaban sus días en meditación. Todas las noches, se reunían en la sala principal. Sentadas respetuosamente en el duro piso de madera, en un edificio sin comodidad o decoración, cantaban versos sagrados que alababan las virtudes de Buddha, Dhamma y Sangha.

Mae Chee Kaew a menudo decía que era mucho más fácil aguantar las dificultades físicas de la vida como monja que estar sin un buen maestro que la guiara a través de las incertidumbres espirituales que experimentaba durante la meditación. La amarga decepción de ver a Ajaan Khamphan sucumbir al poder de la lujuria sensual pesaba fuertemente sobre el corazón de Mae Chee Kaew. Sentía una necesidad acuciante de comprender por qué la meditación no le había protegido de los deseos básicos y ordinarios. Se encontraba luchando con pensamientos de dudas e inquietudes. ¿Iba su propia meditación en la dirección correcta? ¿Había omitido un elemento esencial? Reflexionando sobre estas preguntas, pero sin encontrar respuestas, decidió que debía buscar un maestro verdaderamente calificado.

Como eran las monjas de mayor antigüedad, Mae Chee Dang y Mae Chee Ying se encargaban de la gestión del día a día del monasterio de monjas. Con su simpatía y sus bendiciones, Mae Chee Kaew se separaró del grupo de mujeres con las que había vivido durante ocho años, y abandonó el monasterio recién establecido para cumplir su misión. Tras el retiro de las lluvias, y viajando con una joven monja como compañera, Mae Chee Kaew subió por las estribaciones de los montes de Phu Phan al norte de Baan Huay Sai y continuó caminando hacia el norte por los senderos por encima de altas montañas y a través de anchos valles, hasta llegar al monasterio de Ajaan Kongma Chirapuñño, construido en el bosque en la punta más oriental de los montes Phu Phan.

El cuerpo humano es un objeto importante de deseo y apego. El sufrimiento es la inevitable consecuencia. ¡Mira el cuerpo! Es un montón de carne y sangre - dos pies de ancho y seis pies de largo que está cambiando a cada momento.

Contemplación del cuerpo

A su llegada, Mae Chee Kaew se reunió con Ajaan Kongma en la sala principal del monasterio. Después de saludar respetuosamente, ella le contó sus dudas e inquietudes sobre los hechos que nublaban su espíritu y amenazaban con socavar su calma y concentración. Su meditación no había ido bien desde que Ajaan Khamphan dejara los hábitos, y ella no entendía por qué. Ajaan Kongma sabía intuitivamente que su fuerte concentración mental debía ser dirigida para alejarse de la persecución de los fenómenos exteriores, con su apego a la forma, y hacia un examen completo de su propio ser. Debido a que su antiguo maestro había sido víctima de deseos carnales, insistió en que ella empezara por iniciar una revisión mental exhaustiva de su cuerpo físico. Ajaan Kongma sugirió que Mae Chee Kaew comenzara la contemplación del cuerpo centrándose en las características repugnantes e impurezas inherentes asociadas con el cuerpo humano, empezando por el pelo de la cabeza, el cabello del cuerpo, las uñas, los dientes y la piel y, a continuación, avanzando hacia adentro, a la carne, tendones, huesos, médula ósea, riñones, corazón, membranas, el bazo, los pulmones, intestino delgado, intestino grueso, estómago, heces, bilis, flema, pus, sangre, sudor, grasa sólida, lágrimas, grasa de la piel, la saliva, moco, lagrimas y la orina. Insistió en que ella dejara de centrarse en los fenómenos externos que la habían fascinado tanto hasta entonces, y dirigiera toda la fuerza de su atención hacia el interior para investigar los componentes físicos de la presencia corporal que ella identificaba como ella misma.

Respetuosa pero vacilantemente, Mae Chee Kaew aceptó su consejo sin objeciones. Pero no estaba satisfecha. Para ella, centrándose hacia adentro era repetir el mantra Buddho hasta que su mente se dejara caer en un profundo estado de calma. Ajaan Mun le enseñó esta práctica simple muchos años atrás, y se sentía tercamente reacia al cambio. Segura de que ya conocía el camino de la meditación, no estaba preparada para hacer una prueba seria con el consejo de Ajaan Kongma. Tenazmente siguió con su práctica habitual, aunque los resultados continuaban siendo decepcionantes e inciertos. Cuanto más tiempo se resistía a Ajaan Kongma, tanto más su mente se negaba a caer en una calma completa y en un estado concentrado. Durante meses, la terquedad impidió que su mente convergiera con la clama.

Mae Chee Kaew se exasperó ante su falta de progreso y finalmente se sintió desesperada. Una noche, mientras hacía meditación caminando, se comenzó a reprender con dureza. Había estado lloviendo desde el anochecer, pero ella se negó a entrar. Había llegado el momento de darse a sí misma una lección. Caminando toda la noche en el sendero de meditación bajo la lluvia, ella reprendió su actitud obstinada y vanidosa. Decidida a no desistir hasta que se hubiera redimido, examinaba una y otra vez sus defectos para averiguar por qué su corazón era tan inflexible. Aunque Ajaan Kongma le proporcionaba con todas las condiciones adecuadas que necesitaba para el progreso en la meditación, se había negado obstinadamente a ceder. Sabía que su actitud no era razonable, y que debía ser cambiado. Se preguntaba: ¿cómo puedo realmente conocer la verdad cuando la mente que utilizo para intentarlo es tan ilusa?

Al día siguiente, después de haber aceptado plenamente sus defectos, resolvió a enmendar su intransigencia. Postrándose solemnemente ante el Buddha, pidió en silencio y con un corazón sincero perdón de Ajaan Kongma. Después de preparar su mente entonando cánticos auspiciosos, comenzó a meditar en serio sobre la naturaleza del cuerpo humano. Mae Chee Kaew contemplaba el cuerpo al meditar sobre sus impurezas inherentes y su naturaleza repulsiva. Primero pensaba en las características repugnantes obvias que afligen el cuerpo en vida. La nariz estaba constantemente llena de mocos, los oídos de cera, y la piel exudaba sudor y grasa; el cuerpo continuamente excretaba heces y orina; y, sin constante limpieza, apestaba a suciedad y sufría malestar.

Con la práctica constante, ella comenzó a entender claramente que gran parte de su descontento derivaba de considerar el cuerpo como el núcleo de su existencia y como una característica central de sí mismo y su personalidad. Aunque no estaba obvio en su conciencia ordinaria y su actitud, esta creencia estaba fundamentada y arraigada, operando a un nivel subliminal e instintivo de la conciencia. Entonces, integrando este instinto básico en sus actividades conscientes, proyectó un sentido muy concreto de su ser en todas sus actividades. Se dio cuenta de que la vida de una persona a menudo se planifica deliberadamente alrededor de deseos relacionados con el cuerpo: alrededor de la constante preocupación con asuntos de apariencia, moda, autoestima y comodidad personal. Al meditar en la naturaleza impura del cuerpo, Mae Chee Kaew comenzó a experimentarlo como inherentemente repulsivo e inestable, algo que más bien repelió que atrajo el deseo. A través de la práctica diaria de la contemplación del cuerpo, poco a poco redujo la ansiedad que se había acumulado alrededor del cuerpo, trabajando para liberarse del fuerte sentido del yo asociados a ella.

En sus meditaciones diarias, desmontó el cuerpo, pieza por pieza, capa por capa. Durante la investigación de la piel, ella lo veía como una delgada capa de tejido que cubre la carne del cuerpo y los órganos internos. Si bien para alguien que no se fijara podría parecer limpia y atractiva, una inspección más detallada reveló una capa escamosa y arrugada, de exudado y abundantemente sudor y grasa. Sólo frotarla y limpiarla constantemente la

hacía parecer soportable a uno mismo y para los demás. El pelo puede ser cepillado y peinado con esmero y admirado por su aspecto general; pero deja que unos mechones caigan en un plato de comida y rápidamente induce una pérdida de apetito reflexiva. Los cabellos de cabeza y cuerpo son intrínsecamente sucios, por ello han de ser constantemente lavados y bañados. De hecho, nada de lo que entra en contacto con cualquier parte del cuerpo humano se mantiene limpio por mucho tiempo, ya que todo el cuerpo es sucio por su propia naturaleza. Debido a la suciedad y los olores que acumulan nuestros cuerpos, la ropa y las sábanas de la cama deben ser constantemente lavadas. Incluso la comida se hace sucia, una vez masticada entre los dientes y mezclada con las secreciones del cuerpo. Todo el cuerpo comparte las mismas características repugnantes.

Después de contemplar profundamente sobre la suciedad natural de las características externas del cuerpo, Mae Chee Kaew investigó sus órganos internos y sus secreciones, y la multitud de sus excreciones fétidas. Habiendo examinado cuidadosamente el cabello, uñas, dientes y piel, con una creciente sensación de consternación, Mae Chee Kaew mentalmente desprendió la capa exterior y visualizó el cuerpo despojado de la piel, la carne subyacente expuesta, cruda y sangrienta. Un examen detallado de esta masa de tejido manchada de sangre le produjo una repulsión nauseabunda. Teniendo en cuenta que lo que veía no era ninguna aberración, sino más bien la realidad del cuerpo con el que había vivido durante toda su vida, ahondó la contemplación en los tendones, los huesos y los órganos internos. Bandas de carne abrazaban los huesos como carne cruda. Ella visualizó el corazón, hígado, riñones, bazo, pulmones, estómago, intestinos delgado y gruesos, todos dando vueltas en cavidades recubiertas de mucosidad formadas en el contorno que trazan las costillas y los huesos de la cadera que se mantienen en sus lugares gracias a las membranas fibrosas. Metódicamente, visualizaba cada órgano dentro de su propio contexto, cada uno encerrado en grasa y rezumando sangre y secreciones viscosas, cada uno conteniendo excreciones pútridas que esperaban ser soltadas.

Mediante el uso de su enfoque mental fuerte para explorar profundamente la composición interna del cuerpo, Mae Chee Kaew vio por primera vez, claramente y con entendimiento, la verdadera naturaleza del cuerpo. Al verlo claramente y con sabiduría, ella fue capaz de abarcar con ese conocimiento todas las sustancias corporales y se dio cuenta de que todos tenían exactamente la misma naturaleza. Ella entendió que el cuerpo entero era repugnante y repulsivo, y que no se podría encontrar ahí ninguna esencia personal estable o satisfactoria. En ese momento de profunda realización, su mente repentinamente cayó en una quietud total. Un pequeño y débil punto de luz, situado en el interior de su corazón, comenzó a parpadear y a brillar. Pulsaba y se hacía más brillante, expandía su brillo hasta que todo su ser consciente estaba capturado en la luz y se hizo brillante, claro, optimista y flexible.

Ella se retiró de la meditación al amanecer y completó sus tareas mañaneras. Un sutil sentido de armonía e integración impregnaba cada movimiento. La reserva y vacilación,

que anteriormente mostraba en sus actitudes, desaparecieron. Estaba feliz y alegre cuando ofreció comida a los monjes para su comida temprana. Al darse cuenta de su dramático cambio, Ajaan Kongma anunció de manera que todos lo oyeran: "Mae Chee Kaew, ahora estás en el camino correcto. ¡Mantente firme! "

Habiendo encontrado de nuevo una buena meditación, Mae Chee Kaew se quedó en el monasterio de Ajaan Kongma durante varios meses más, aprovechando la oportunidad de vivir con un buen maestro para profundizar en su concentración y cultivar sus poderes de sabiduría. Ahora comprendía por qué la meditación de Ajaan Khamphan había fracasado en el intento de protegerla de los deseos ordinarios y básicos enraizados en el apego a la forma física. Comprendió la atracción poderosa del deseo sensual, y conocía la manera de neutralizarla.

Cuando por fin se sintió segura de haber desarrollado una fundación sólida en su práctica, decidió regresar para ayudar a los demás monjas en el monasterio de Baan Huay Sai. Le preocupaba que aún carecieran de un maestro confiable para guiarlas en el camino correcto. Ella creía que ahora podía contribuir con su parte y ayudar a cumplir ese papel.

Como monjas todas debemos soportar pacientemente las dificultades inevitables de nuestra simple existencia, sin llegar a ser perezosas o descontentas. Que el amor y la compasión sea vuestra pronta respuesta a cada situación.

La monja buddhista ideal

Mae Chee Kaew volvió a unirse a un ambiente espiritual sano en el monasterio Baan Huay Sai. Durante su ausencia, los buddhistas laicos locales habían llegado a ver la comunidad monástica allí como una parte vital de la sociedad del pueblo. Los habitantes del pueblo entendieron la enseñanza del Buddha sobre generosidad y virtud como una invitación a la comunidad en general a apoyar a la vida religiosa de los renunciantes ordenados. La presencia de las monjas practicantes en la sociedad rural Phu Tai era un fuente de bondad, un verdadero "campo de mérito" que toda la gente podía cultivar para su propio beneficio.

El monasterio de Baan Huay Sai atrajo mujeres que buscaban la liberación espiritual y nutría el estilo de vida espiritual de la monja buddhista ideal. Aquella era una mujer que abandonaba la sociedad común, renunciaba a una vida familiar con esposo, niños y familia para tomar un voto de abstinencia sexual completa. Su aspecto reflejaba su estatus cambiado: tenía la cabeza afeitada y llevaba hábito blanco. Adoptando un camino enteramente religioso, abandonaba los medios de subsistencia normales y, en su lugar, dependía de la generosidad de los demás para complementar las pocas posesiones que tenía.

El espíritu básico de la práctica de una monja estaba basado en la rectitud solemne de los preceptos morales, las reglas de entrenamiento que guían la vida del / de la renunciante buddhista, y su camino hacia la liberación espiritual. Ya que los preceptos son la base sobre la que descansa todo progreso espiritual, seguidores ordenados de las enseñanzas del Buddha siempre han dado gran importancia a su observancia. El valor real del entrenamiento moral reside en su poder para cortar las causas y condiciones kámmicas que atan a los seres vivos al ciclo de nacimiento y muerte. Los preceptos proporcionan una base para la práctica buddhista que cierra la puerta a acciones que conllevan consecuencias kámmicas dolorosas. Al mismo tiempo, mantiene alta la pureza de la mente y de los hechos que conduce a la libertad de sufrimiento. Los preceptos morales también aseguran un alto nivel de pureza dentro de la comunidad monástica, lo que permite que florezca interiormente y que funciona como un modelo inspirador para la sociedad laica.

En el monasterio de las monjas de Baan Huay Sai, la conducta de una monja se adhería estrictamente a ocho preceptos básicos. En la práctica, nunca dañaba a seres vivos; nunca

tomaba lo que no se le había dado; llevaba una vida completamente célibe; nunca usaba palabras falsas, divisorias, ásperas o carentes de fundamento; nunca tomaba intoxicantes; nunca ingería comida después del mediodía; nunca se divertía con entretenimiento, ni se adornaba con joyas y cosméticos; y nunca se echaba sobre camas lujosas. En esencia, estas simples reglas tienen como resultado una forma de vida caracterizada por la moderación y la renuncia, llevando al desapego y la introspección.

Las cuatro primeras reglas de entrenamiento - abstención de matar, robar, mentir y actividad sexual - delinean la base moral en la que se fundamenta la vida monástica buddhista. Los otros preceptos son principios del entrenamiento espiritual que ayudan a crear las condiciones para un cuerpo calmado y una mente clara. Como tales, no son más que una expansión de las cuatro básicas. Cuando una monja es pura en la observación del espíritu de los primeros cuatro preceptos, los demás preceptos son fáciles de no romper. Por otra parte, su infracción se considera una transgresión de gran importancia. Tratando de resolver el problema del sufrimiento de cualquier forma que atente contra otras criaturas vivientes es una manifestación equivocada de la ira y del engaño. Tomando lo que es no es dado libremente traiciona la relación fundamental de confianza existente entre las monjas que llevan vidas de prácticas ascéticas, y de los que les ofrecen apoyo material de buena fe. La falta de mantener los votos de celibato socava una característica definitoria de las monjas buddhistas: su renuncia a la vida cotidiana en familias. Más allá de eso, la abstinencia sexual ayuda a canalizar sus energías hacia mayores logros espirituales. Habla falsa o frívola socava la veracidad y la confianza en la comunidad espiritual, entre los simpatizantes laicos y, sobre todo, de la propia mente.

La naturaleza verdadera de la virtud moral es sutil y compleja -tan compleja que no puede lograrse simplemente con la adherencia a los preceptos y normas de conducta. En última instancia, la virtud moral no se mide en términos de la adhesión a normas externas, sino como una expresión de la pureza de intención mental. El objetivo fundamental del camino buddhista es la eliminación de todas las intenciones impuras de la mente. Por lo tanto, la verdadera virtud sólo puede lograrse siguiendo un camino de entrenamiento que erradica con éxito la codicia, la ira y la ignorancia. Preceptos morales son una parte necesaria del entrenamiento; pero la práctica de la virtud moral no puede lograr plenamente su objetivo si no está orientada hacia la práctica de la meditación. Correctamente alimentada con intenciones virtuosas, la mente desarrolla rápida y fácilmente calma y claridad en la meditación. Por lo tanto, una monja que se atiene a los preceptos experimenta una felicidad pura y espaciosa en su interior.

La vida en el monasterio Baan Huay Sai era tranquila y sencilla, haciendo hincapié en el desarrollo de la atención plena en cada actividad diaria. Debido a sus habilidades meditativas, Mae Chee Kaew comenzó a asumir una amplia función de liderazgo, asesorando a las monjas más jóvenes en años de ordenación sobre el modo y la dirección de su entrenamiento mental. Se esforzaba por liderar a través del buen ejemplo,

estableciendo un ritmo para las demás levantándose a las tres de la mañana y haciendo meditación caminando hasta las cinco. Cuando los primeros rayos del sol iluminaban el camino que llevaba a la cocina al aire libre, se juntaba a las demás monjas para preparar la comida del día. El aroma fragante de los alimentos y del incienso se mezclaba suavemente en el aire de la mañana. Una parte generosa de su comida se reservaba para ser ofrecido como limosna a los monjes de un cercano monasterio. Después de colocar respetuosamente la comida en los cuencos de los monjes , las monjas se reunían en la sala principal y tomaban su desayuno en completo silencio. Reflexionó sobre la naturaleza de los alimentos que tenían delante de ellas. Viéndolo como no más que un requisito necesario para su estilo de vida religioso, desarrollaron una actitud de satisfacción con todo lo que recibían. Tras la comida, las monjas lavaban sus utensilios y limpiaban el área de la cocina antes de retirarse a sus chozas separadas para continuar con su práctica de meditación. Ya que sólo tomaban una única comida, eran libres para centrarse exclusivamente en su desarrollo interior para el resto del día.

Después de haber completado las tareas de la mañana, Mae Chee Kaew volvía toda su atención a la meditación. Retirada a una pequeña cabaña en una sección aislada del monasterio, donde matas de bambú gigantes se mezclaban con árboles de teca y de caoba, entraba en un ambiente tranquilo, silencioso libre de distracciones externas. Bajo el dosel de hojas verdes, en un espacio sombreado al nivel del suelo, los aldeanos locales habían hecho un sendero para la meditación caminando, limpiando una pista de una amplia franja de tierra y alisándola. Después de dejar el camino limpio, Mae Chee Kaew se irguió atentamente en un extremo y juntó las manos justo debajo de la cintura, la palma de la mano derecha ligeramente superpuesta sobre la parte exterior de la izquierda. Con los ojos bajos, y mentalmente centrada recorría la senda de un lado al otro, girando y dando la vuelta con un movimiento fluido y fácil al final de cada tramo. Encontraba útil el continuo movimiento al caminar para no sucumbir a la somnolencia y al letargo mental inducidos por el estómago lleno. Repetía buddho con cada pisada, caminaba en meditación varias horas todas las mañanas. A medida que su mente se absorbía en buddho, y su concentración se profundizaba, el ritmo y la velocidad de sus movimientos comenzaban a cambiar, adaptándose de manera fluida a la corriente constante de conciencia que se había desarrollado. Moviéndose al unísono perfecto, como una sola entidad, todo su cuerpo parecía deslizarse sin esfuerzo a lo largo del sendero, como si se encontrara sobre un cojín suave de aire.

Refrescada y llena de energía, Mae Chee Kaew luego se sentaba a la sombra de de un ancho árbol phayom en un lado del sendero a seguir su meditación hasta las tres de la tarde, cuando las monjas hacían sus tareas de la tarde. Juntas barrían todo el monasterio, llenaban los recipientes de agua en el pozo cavado recientemente, y luego se iban a los bosques cercanos para recolectar setas, brotes de bambú y otras plantas comestibles para la cocina. Después de un baño a media tarde, Mae Chee Kaew se unía a las otras monjas en la sala principal para las recitaciones de la noche. Al acabarlo, cada monja volvía a su

pequeña choza para seguir meditación caminando y sentada en la paz y soledad del bosque circundante. Mae Chee Kaew seguía con la meditación caminando por varias horas antes de retirarse a su choza para sentarse en meditación hasta bien entrada la noche.

En los primeros meses después de su regreso de Ajaan Kongma, Mae Chee Kaew continuó diligentemente con la contemplación del cuerpo. Pero poco a poco su atención se alejó del cuerpo como objeto de meditación, y volvió hacia sus hábitos anteriores de enfocarse hacia fuera. La contemplación del cuerpo iba en contra de sus tendencias espiritual inherentes; y al final sucumbió al impulso natural de su mente dinámica y emprendedora. Tan pronto como cerraba los ojos, se sentía caer en un precipicio. Una ventana al universo se abría, y, de repente, se había ido para tener otra aventura.

Cada persona que nace tiene que morir y renacer una y otra vez en un ciclo de sufrimiento y penurias. Tal vez muramos por la mañana, tal vez por la tarde no lo sabemos. Pero podemos estar seguros de que la muerte llegará cuando haya llegado el momento.

Peregrinación

Fielmente, cada año, cuando terminaba la temporada de frío y el sol comenzaba a subir más alto en el cielo austral y los días más cálidos se prolongaban, Mae Chee Kaew llevaba a un pequeño grupo de monjas en una peregrinación para visitar Ajaan Mun, que vivía en la vecina provincia de Sakon Nakhon. Las primeras lluvias de finales de invierno había caído para entonces, dejando a los árboles de mango llenos de una constelación de flores y el zumbido de enjambres de abejas hambrientas de néctar. Tuvieron que hacerse los preparativos para el viaje, 12 días andando por encima de las montañas de Phu Phan y bajando hacia la provincia de Sakon Nakhon, pasando por un terreno montañoso y difícil, adentrándose en el amplio valle de Baan Pheu Na Nai. Los suministros eran pesados y engorrosos, por lo que las monjas sólo llevaron alimentos suficientes para poder llegar al otro lado de las altas montañas, donde los asentamientos eran escasos. Cuando sus pocos suministros escaseaban, tendrían que confiar en la generosidad de las pequeñas comunidades campesinas que a menudo se encontraban a una distancia de un día entero a píe. Se empaquetaba arroz crudo en cestas trenzadas de bambú. El pescado en escabeche picante, utilizado como aromatizante, se almacenaba en vasijas de barro selladas con cera fresca de abeja. Carne y pescado secos completaban su dieta, junto con las plantas silvestres que recolectaban en el camino.

Las monjas salieron del monasterio de Baan Sai Huay caminando en fila con Mae Chee Kaew a la cabeza. Además de alimentos, cada monja llevaba unos pocos elementos de necesidad básica en su bolso encima del hombro y una tienda de campaña pequeña para protegerla de los elementos en la noche. Sandalias simples y hechas por ellas mismas protegían sus pies del suelo duro y de las piedras afiladas. Una tela de algodón lisa cubría sus cabezas rapadas para protegerlas de la luz solar directa.

Al final del primer día, las monjas habían llegado a las estribaciones de las montañas Phu Phan. La selva estaba llena de osos, tigres y serpientes, con sólo unos pocos de asentamientos humanos ubicados en los pequeños sitios donde fuera posible el cultivo. El tiempo era difícil e impredecible. Aún así, el paisaje era hermoso, verde y abundante, lleno de bambú y rosas, y alfombrado por pastos, helechos y flores silvestres -un paisaje de grandes árboles enraizados en maleza enmarañada. Amplias vistas a la montaña daban paso a marquesinas abovedadas de follaje y plantas trepadoras, y luego a túneles estrechos

formados por vegetación caótica. Sobresaliendo de crestas, había piedra negra arenisca sobre las laderas, como olas o flores, rompiendo la roca e introduciéndose en grietas profundas donde el sendero podía desaparecer fácilmente para el viajero inexperto.

Al pasar un pequeño pueblo, los viajeros cansados podían oír una oferta de alimentos y apoyo. Agradecidas, y los corazones llenos de amor, las monjas aceptaban lo poco que les podía ofrecer la pobre población local y buscaban una corriente aislada para bañarse y acampar por la noche. Cada monja se refugiaba bajo un paraguas hecho a mano, colgando de una rama de árbol, con una carpa de tela de algodón fina cubriéndolo con gracia y llegando hasta el suelo y así protegiendo una cama de paja y hojas secas en la que podría meditar durante la noche.

Algunas noches, de madrugada, Mae Chee Kaew soñaba con Ajaan Mun. Su rostro severo, pero preocupado se dirigía a ella con malicia, como si quisiera decir: "¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Porqué tardas tanto? ¿No ves que voy envejeciendo día a día? "Ella se estremecía, al oír la urgencia y la firme determinación en su voz.

Todas las mañanas las monjas participaban de una comida única y sencilla cocida al vapor, que constaba de arroz pegajoso, amasados en pequeños bocados y sumergidos en pasta de pescado fermentado. Sus comidas a veces se veían enriquecidas con trozos de carne y pescado secos, raíces recién cavadas y tubérculos, y una selección de hierbas, especias, frutas y bayas del bosque. Su comida diaria era justamente suficiente para mantener cuerpo y mente en la larga marcha hasta la caída de la noche; las monjas viajaban un paso a la vez, un momento consciente tras otro, y encontrándose siempre en el presente.

Después de casi quince días de caminata por los senderos desgastados por el tiempo por montañas y valles, campos de arroz en barbecho y huertas arboladas, Mae Chee Kaew y sus compañeras finalmente llegaron a las proximidades del lugar de retiro forestal de Ajaan Mun una tarde. Fueron recibidas primero por las habitantes del pueblo de Nong Pheu, mujeres afables y hospitalarias que ayudaron a las monjas con el baño y lavaron sus ropas polvorientas. Una vez resfrescadas, las monjas hicieron su última caminata a lo largo de la suave pendiente y del sinuoso camino al monasterio de Ajaan Mun.

La comunidad monástica de Ajaan Mun se encontraba en una selva densa en el extremo superior de un amplio valle. El valle estaba rodeado por cadenas montañosas superpuestas que parecían extenderse infinitamente, por lo que era un lugar ideal para el tipo de soledad que los monjes dhutanga buscaban. Grupos de chozas con techo de paja estaban pegados como manchas en las crestas montañosas en las que vivían grupos de cinco o seis familias que se ganaban la vida con el cultivo de cereales y la caza mayor. Muchos monjes dhutanga dependían de estas comunidades apartadas para sus limosnas diarias de alimentos, tal como lo habían hecho Mae Chee Kaew y su monjas durante el viaje.

Las monjas encontraron Ajaan Mun sentado en la sala central, masticando nuez de betel. Parecía estar esperándolas. Con impaciencia, las monjas se quitaron rápidamente sus sandalias, rápidamente se lavaron los pies con paladas del agua que había en un cubo y subieron las escaleras de madera hacia su encuentro. Siempre complacido a la vista de Mae Chee Kaew, Ajaan Mun rugió un áspero saludo en el dialecto de Phu Tai, echó la cabeza hacia atrás y se rió. Las monjas se postraron a la vez delante de él, haciendo tres reverencias fluidas, sus hábitos blancos silbaron suavemente con cada movimiento. Se sentaron respetuosamente a un lado con las piernas metidas cuidadosamente debajo de ellas, sonriendo suavemente, expectantes, y conscientes de su temible reputación.

Ajaan Mun nunca dejaba de saludar a Mae Chee Kaew y sus estudiantes con calidez y amabilidad. Después de intercambiar bromas y dando ánimo, él arregló que pasaran la noche en un aislado bosque de bambú limitando al monasterio. Esa noche, iban a dormir una vez más bajo las tiendas de sus paraguas sobre montones de hojas de bambú. Al día siguiente, pediría a los aldeanos que construyeran plataformas robustas de bambú partido para sus invitadas. Él siempre daba la bienvenida a Mae Chee Kaew como si formara parte de la familia, e insistía en que se quedara todo el tiempo que quisiera.

Cada mañana, después de terminar su comida y al acabar las monjas con la suya, Ajaan Mun las reunía alrededor de su asiento y comenzaba a hablar con una voz nítida y clara, reprendiéndolas por su pereza, o instándolas a celo y determinación. Tuvieron conversaciones muy animadas. Él estaba especialmente interesado en escuchar las aventuras meditativas de Mae Chee Kaew, relatos extraños y místicos sobre reinos dispares de vida y conciencia. A pesar de que rara vez contradecía la exactitud de las observaciones de Mae Chee Kaew, trataba con suavidad y persuasión revertir el enfoque de su mente hacia el interior. Mae Chee Kaew era obviamente entusiasta acerca de su notable capacidad y contaba orgullosamente sus hazañas espirituales. Ajaan Mun era un maestro de todos los mundos, visibles e invisibles, conocidos y desconocidos para todos excepto para los más puros de mente; y, aunque quedó impresionado por las capacidades de su mente, estaba también preocupado por los riesgos. Mejor que nadie, conocía el peligro de las visiones y de la ilusión del conocimiento. La mente pura conoce todas las cosas, por igual, sin diferencia, pero no se apega a nada. Para ayudar a cambiar la perspectiva de Mae Chee Kaew y para que experienciara las verdaderas maravillas de su mente, Ajaan Mun le enseñó muchos métodos diferentes. Sin embargo, las tendencias arraigadas forman hábitos, y hábitos tienen su dinámica propia e inevitable. Muchos años antes, Ajaan Mun previo que un maestro dinámico aparecería en el futuro para llevar Mae Chee Kaew por el camino correcto. Y así, al final, se dejó a la suerte para determinar el tiempo y las circunstancias de su despertar.

Año tras año, Mae Chee Kaew vio la marea de anicca - la ley ubicua del cambio – apoderándose de la forma física de Ajaan Mun. Su cuerpo envejecía ahora rápidamente, aunque su mente seguía siendo un diamante de los más brillantes. Mae Chee Kaew

siempre había mantenido una relación espiritual muy estrecha con él. El hecho de que su monasterio se encontraba muy lejos, separado por montañas y valles era lo de menos, pues era consciente frecuentemente de su presencia durante la meditación nocturna. Su aspecto era radiante sublime, sin dar indicios de haber tenido que soportar la embestida de una enfermedad grave, poco después de que ella le había dejado aquella primavera. Pero con el paso del tiempo y con su condición empeorando, el tenor de sus visitas nocturnas cambió. Había una urgencia conmovedora en su voz cuando insistía que se diera prisa por verle una última vez antes de que fuera demasiado tarde. Le daba miedo pensar que él se estaba muriendo, pero era consciente de la verdadera naturaleza del mundo - la naturaleza de la vida, y de la muerte - y de su incertidumbre inevitable. No obstante, ella demoró la visita. En muchas ocasiones, las visiones de Ajaan Mun la advirtieron de que viniera sin demora. Tal vez fuera la esperanza en su recuperación que le impedía aceptar la gravedad de su enfermedad, y la cercanía de su muerte. Tal vez estaba preocupada por su propia búsqueda espiritual y consciente de su vigilante presencia. O tal vez simplemente estaba perezosa. Fuera cual fuera el motivo, demoró la visita. De vez en cuando les dijo a las monjas que se prepararan para otro largo viaje, pero nunca fijaba una fecha. Así que, a pesar de sus avisos y las repetidas advertencias, Mae Chee Kaew todavía estaba en Baan Huay Sai la noche que Ajaan Mun falleció.

Era pasada la medianoche. Mae Chee Kaew estaba sentada en meditación, como de costumbre, desde el anochecer. En un momento de calma profunda e inmóvil, Ajaan Mun apareció radiante por última vez. Con el rostro enrojecido, el tono de su voz fuerte y tan directo que hecho pedazos su compostura. Con una voz como un trueno, la amonestó por su negligencia. Por compasión pura, con el amor de un padre por su hija, le había exhortado reiteradamente a acudir a su lecho de muerte. Ahora ya era demasiado tarde. Pronto pasaría al Nibbana final y dejaría este mundo para siempre. Cuando ella fuera a verle, sólo encontraría un cadáver, sin conciencia en él para reconocerla. Negligencia, pereza, otra oportunidad perdida.

"No dejes que las emociones mundanas te dominen, Mae Kaew. Son la fuente de una procesión interminable de nacimientos y muertes. Nunca supongas que las impurezas mentales son de alguna manera inofensivos o triviales. Sólo un corazón valiente y determinado puede derrotarlos con sus engaños. Mira en tu interior y deja que el Dhamma sea su guía.

"Tierra, agua, fuego y viento; suelo, cielo, montañas y árboles; cielos, infiernos y espíritus hambrientos - estos no son los caminos, provecho o Nibbana. No te revelan la verdad. No esperes encontrarla allí. Todos ellos son verdaderos dentro de sus ámbitos naturales propios, pero no contienen la verdad que deberías estar buscando. Deleitándote en ellos sólo te llevará sin fin alrededor del círculo vicioso. Deja de girar. Mira dentro de ti misma. La verdad del Dhamma sólo surge en el corazón. Sólo brilla dentro del corazón, como la luna llena en un cielo despejado.

Mucho antes de la primera luz del alba, Mae Chee Kaew salió del samadhi meditativo con un sudor frío aferrándose a sus ropas blancas. Estaba cansada y descorazonada. Sentía un agujero al fondo de su corazón. Sentía una profunda pérdida de su maestro, su orgullo y su esperanza. Se echó para descansar, pero no pudo dormir -la energía de la emoción era demasiado fuerte. Lloraba suavemente y en silencio, respirando lenta y profundamente para aliviar el dolor. Cuando los primeros rayos de luz entraron al amanecer en su habitación, se levantó, se recompuso y fue enérgicamente a la sala principal para encontrarse con las monjas en el frío de la mañana. Se formaron lágrimas cuando abrió la boca para hablar. Su visión, su advertencia, su enseñanza, su muerte - la historia de la última apariencia de Ajaan Mun salió de sus labios y rodó por sus mejillas. Las monjas habían conocido a Mae Chee Kaew el tiempo suficiente para creer en sus dotes extraordinarias de clarividencia. Sin embargo, se resistían a aceptar la triste noticia con tanta facilidad.

Cuando Mae Chee Kaew terminó de hablar, y las monjas se acurrucaron juntas con emociones contradictorias, el jefe del pueblo subió las escaleras de la sala y gritó: "Khun Mae, ¿ya ha oído las noticias? ¿Ha oído las noticias? " Inspiró hondo y exhaló lentamente; y dijo, casi en un susurro, "Ajaan Mun falleció anoche en Sakon Nakhon. Lo escuché en la radio hace unos pocos minutos. Dijeron que murió muy tarde en la noche, a las 2:23 de la mañana." Dado que las monjas se pusieron a llorar desconsoladamente, agregó en tono de disculpa, "Lo siento, Khun Mae. Pensé que debería saberlo."

Ajaan Mun murió el 10 de noviembre de 1949, dos días después de que Mae Chee Kaew cumpliera 48 años. Cuando, a finales de enero, se celebró su ceremonia fúnebre, ella ya había viajado una vez a Sakon Nakhon para presentar sus respetos. De rodillas delante de su ataúd, que tenía un lado hecho de cristal, miraba a sus restos sin vida y sintió una punzada de remordimiento. En silencio, sin palabras, le pidió perdón por todas sus pasadas transgresiones: "Mahyā There pa mādena ...", y resolvió para el futuro: no más negligencia, ni más pereza, ni más arrepentimiento.

A medida que el día de la cremación se acercó, Mae Chee Kaew y las monjas volvieron a hacer el largo viaje a Sakon Nakhon una vez más. Llegaron justo a tiempo para ver a los monjes solemnemente llevar el ataúd de Ajaan Mun desde el pabellón del templo a la pira funeraria. Mae Chee Kaew, junto con muchos otros de la multitud, lloró abiertamente cuando su cuerpo pasó. Hacía ya mucho que había entrado en la tierra sublime y pura de Nibbana. Nunca más iba a volver a una existencia física, corporal - a tierra de lágrimas y lamentación. Ella observaba, fascinada, cuando el fuego fue encendido a medianoche, y sintió su presencia inconfundible en el momento que una nube pequeña iluminada por la luz de la luna comenzó a soltar lluvia muy suavemente sobre la pira ardiente.

Parte Tres

Esencia

Al ver la obstinación en sí mismos, la gente inteligente reconoce la obstinación. Al ver melancolía, reconocen melancolía. Al ver ignorancia, también la reconocen. Buscan sus propios defectos; no tratan de culpar a otras personas.

Senderos kámmicos que se Cruzan

Mae Chee Kaew redobló sus esfuerzos. Siempre comenzaba su meditación con la decisión de reorientar su atención hacia el interior y mantenerlo allí, de fijarlo en su corazón. Pero centrarse hacia adentro significaba para Mae Chee Kaew una caída libre mental. Tan pronto como cerraba los ojos, ya no había suelo y se sentía caer al espacio como si estuviera cayendo de un acantilado, o en un pozo. Imágenes fragmentadas pasaron rápidamente por unos instantes; y después, silencio absoluto, calma, satisfacción ... Pero oculto bajo el silencio había un impulso casi reflexivo que pronto dirigió su flujo de la conciencia de nuevo al reino de las imágenes fragmentadas. Suspendida en este espacio mental fluido, Mae Chee Kaew se sentía como en casa. Había aprendido a navegar por sus pasillos misteriosos con facilidad. Siguiendo un destello de reconocimiento, una presencia, una emoción, una conciencia incorpórea, se sumergía en otro mundo, los reinos incontables de existencias sintientes. Su deseo de comprender la verdad la llevó a observar nuevas alturas y profundidades de la existencia en saṃsāra. Constantemente atenta, notaba formas celestiales, su manera de diálogar, sus hábitos, costumbres y creencias. Enfocando su ojo divino agudamente, sondeaba el universo espiritual para penetrar en su sabiduría u obtener pistas que podrían ayudarle a descubrir la verdad de las enseñanza del Buddha. Una vez más, cayó víctima de la tendencia hacia el exterior de su mente consciente.

Mientras luchaba por su cuenta para profundizar en su meditación, Mae Chee Kaew no sabía que uno de los discípulos cercanos a Ajaan Mun acababa de llegar entonces a la etapa final en la realización de la verdad del Dhamma, y que sus caminos kármmicos se cruzarían pronto. Ajaan Maha Boowa Ñanasampanno se dirigió a las montañas de Phu Phan tras la cremación de Ajaan Mun. Caminando varios días llegó a Wat Doi Dhammachedi, el retiro en la montaña de Ajaan Kongma, en donde varios años antes Mae Chee Kaew había luchado con tanto ánimo contra su temperamento testarudo. Siendo un consumado guerrero espiritual, Ajaan Maha Boowa atacó las impurezas de su mente como si se tratara de enemigos mortales, sin aceptar nada por debajo de su capitulación total. Durante años su meditación se parecía a una guerra total, cada período de sesiones de meditación sentada era como el combate cuerpo a cuerpo, cada sesión de meditación caminando una lucha a vida o muerte. Uno por uno, sus adversarios interiores fueron golpeados hasta retirarse, sin piedad y sin tomar prisioneros. Aún los persiguió

implacablemente, en busca de la fuente oculta de su poder. Comenzando con las impurezas mentales más molestas y obvias -los soldados de a pie - limpió un camino y se lo abrió luchando hasta llegar a las tropas de élite, los auto-engaños más sutiles y astutos que rodeaban y protegían a sus comandante difícil de alcanzar, la ilusión fundamental sobre la verdadera esencia de su mente.

La ilusión primaria que moviliza a las fuerzas de la codicia y la ira siempre está astutamente oculta en el rincón más profundo del corazón. Siendo el soberano jefe de todo el reino del saṃsāra, La ilusión es defendida a muerte por su formidable ejército de impurezas mentales. Para liberar a la mente de su flagelo, estos guardianes deben ser desarmados y despojados de su poder engañoso. Para romper la muralla de su propia ilusión fundamental, Ajaan Maha Boowa reunió a sus propias fuerzas supremas, la atención plena y la sabiduría, y asedió al refugio interno de la ilusión. Confrontando las defensas con la atención plena y deshabilitándolas con sabiduría, sus fuerzas se acercaron de forma metódica a la fortaleza del enemigo. Cuando todas las impurezas mentales finalmente estuvieron eliminadas, el último que quedaba en el corazón fue el gran comandante – la ilusión subyacente que crea y perpetúa el ciclo de nacimiento y muerte. El asalto final comenzó. Con un rayo de extraordinario poder y brillantez, los últimos vestigios de la ilusión se destruyeron, haciendo que el edificio entero de la existencia saṃsārica colapsara y se desintegrara, dejando la verdadera esencia de la mente absolutamente pura, y libre de toda contaminación. Otro arahant completamente iluminado habían surgido en el mundo.

Ese mismo año, tras el retiro anual en la época de las lluvias, la meditación de Mae Chee Kaew fue testigo de una visión profética de la luna y sus estrellas circundantes cayendo del cielo. Interpretó la visión en el sentido de que un maestro de meditación excepcional, seguido por un grupo de discípulos dotados pronto llegaría a Baan Huay Sai. Se emocionó mucho, convencida por la naturaleza de su visión de que este monje sería el maestro de meditación que Ajaan Mun le había anunciado muchos años antes.

Mae Chee Kaew informó llena de confianza a las demás monjas que al año siguiente iba a llegar un grupo de monjes dhutanga, liderado por un gran maestro de meditación. Ella no sabía aún quién era el monje, pero había percibido una señal inequívoca. Comparó su llegada con el momento cuando Ajaan Mun trajo un grupo de monjes a Baan Huay Sai cuando ella era una niña. En los meses siguientes, justo como ella había predicho, varios grupos de monjes dhutanga llegaron y se fueron. Con esperanza y gran ilusión, Mae Chee Kaew se acercaba a su campamento en el bosque para darles la bienvenida y presentar sus respetos. Pero cada vez los dejó decepcionada, segura de que no eran los monjes cuya llegada había anticipado en su visión.

En enero de 1951, Ajaan Maha Boowa bajó las montañas de Phu Phan, liderando un grupo de monjes dhutanga. Acamparon en las colinas boscosas al norte de Baan Huay Sai. Acamparon bajo los árboles, en cuevas, en las crestas montañosas y bajo los

acantilados que dominan el paisaje, llevando una vida sencilla y practicando meditación de la manera tradicional de los monjes dhutanga. Ajaan Maha Boowa decidió quedarse en una cueva en la cima de una pendiente suave de la ladera de la montaña, más de una milla del centro del pueblo. Tomó como residencia la cueva de Nok An, con un sólo novicio de asistente. La cueva Nok An larga y ancha y se encontraba perfectamente situada bajo un acantilado prominente; pavimentaron su entrada con rocas planas. La parte que le sirvió como vivienda era fresca y bien ventilada y las alrededores radiaban una paz y armonía naturales.

Cuando la noticia de la llegada de Ajaan Maha Boowa llegó a ella, Mae Chee Kaew llevó a varias monjas consigo subiendo un sendero empinado y sinuoso montaña arriba para saludarle. El terreno alto en el pico de la cresta se aplanó en un sitio con piedra arenisca negra que seguía el contorno ondulado del suelo hasta la entrada de la cueva. Cuando se acercaron a la entrada, Mae Chee Kaew vio a Ajaan Maha Boowa sentado en una roca plana justo delante de ella. Apenas podía contener su alegría, se volvió y, con una sonrisa alegre, susurró: "¡Es él! Ese es el gran maestro de meditación del que os hablé! "

Con cautela y gestos de respeto, las monjas se acercaron a Ajaan Maha Boowa. Cayeron de rodillas delante de donde éste estaba sentado y con gracia se postraron tres veces. Después de intercambiar palabras agradables con él, Mae Chee Kaew mencionó que hace mucho tiempo, cuando todavía era una muchacha, había conocido a Ajaan Mun. Describió en detalle la escena de su infancia, contando cómo Ajaan Mun le enseñó a meditar, y cómo más tarde le prohibió a meditar en su ausencia. Por el profundo respeto que sentía por Ajaan Mun, había renunciado a cualquier intento de meditar durante muchos años. Fue sólo después de que ella se había convertido en monja que comenzó de nuevo a meditar en serio.

Siendo un discípulo cercano de Ajaan Mun, Ajaan Maha Boowa estaba perplejo. ¿Por qué Ajaan Mun le habría prohibido meditar? Tan pronto como le contó a Ajaan Maha Boowa sobre sus visiones prolíficas, rapidamente se dio cuenta de la razón. Cuando conoció a Ajaan Maha Boowa, Mae Chee Kaew había sido profundamente ocupada con los extraños e inusuales fenómenos durante su meditación samadhi desde hacía más de diez años. Cuando no tenía visiones, creía que no se beneficiaba de la meditación. Al ser totalmente adicta a estas aventuras espirituales, se había convencido de que éstas representaban el verdadero camino de acceso a Nibbana, y al final de todo sufrimiento. Inmediatamente, Ajaan Maha Boowa reconoció su error fundamental. Sin un maestro de meditación muy experimentado para contener sus excesos, su mente emprendedora y dinámica la llevaba fácilmente a malinterpretar sus experiencias y desviar sus esfuerzos hacia una meta equivocada. Pero él también sabía que alguien con una mente tan poderosa como la de ella podría avanzar muy rápidamente en el Dhamma, una vez que aprendiera a entrenar su mente correctamente. Ajaan Maha Boowa se dio cuenta de que, al igual que Ajaan Mun, Mae Chee Kaew sería capaz de usar sus habilidades inusuales de

forma profunda y sorprendente para liberarse del sufrimiento y ayudar a otros seres vivos a lograr lo mismo.

A partir de entonces, Mae Chee Kaew visitaba regularmente a Ajaan Maha Boowa en su retiro de la montaña. Una vez por semana, al final de las tardes de Uposatha, ella y las monjas de Baan Huay Sai subían el sendero de montaña en serpentinas para presentar sus respectos a Ajaan Maha Boowa, y luego escucharle como daba un discurso inspirador sobre el Dhamma. Cuando terminaba, preguntaba a las monjas por su meditación. Cada vez que Ajaan Maha Boowa cuestionaba a Mae Chee Kaew, ella sólo hablaba de los fenómenos extraordinarios, la variedad de fantasmas con las que se encontraba, los espíritus desencarnados. Sus extensos viajes por los reinos del cielo y de los infiernos le daban conocimiento de primera mano sobre los distintos seres que vivían allí. Ella describía los estados mentales y las circunstancias vitales de los fantasmas en detalle, y cómo su kamma previo tuvo como resultado el nacimiento en estos reinos.

Era evidente que Mae Chee Kaew estaba cautivada por estos extrañas visiones y el conocimiento inusual que revelaban. Esto preocupaba a Ajaan Maha Boowa. Estaba asombrado por su habilidades psíquicas extraordinarias, pero se dio cuenta de que ella aún no tenía suficiente control sobre su mente para meditar por su cuenta con seguridad. En lugar de enviar su atención a percibir fenómenos externos, quería que ella aprendiera a mantener su mente firmemente enfocada dentro de su propio cuerpo y mente. Sólo manteniendo su conciencia firmemente centrada en el interior podría superar las impurezas mentales que le impedían llevar su meditación a un nivel superior.

Ajaan Maha Boowa explicó que el objetivo inicial de la meditación es desarrollar Samadhi Correcto. Para practicar samadhi correctamente, tenía que renunciar a su obsesión con los pensamientos e imágenes que accedían a su conciencia. Tenía que liberar la mente de las limitaciones innecesarias causadas por centrarse de manera habitual en el contenido del pensamiento y de la imaginación. A través de la práctica correcta de samadhi podía experimentar directamente la naturaleza sabia esencial de la mente, lo que le permitiría analizar los fenómenos físicos y mentales con objetividad desapegada. La esencia sabia de la mente es una conciencia más amplia que la percepción de imágenes, pensamientos y sentimientos. Es un espacio interior no obstruido que contiene todo, pero retiene nada. Una vez que este poder de despertar mental es desarrollado, puede ser renovado y profundizado sin límites. Antes de que ese avance ocurre, demasiada atención a los fenómenos externos distrae de la finalidad principal: llegar hasta la fuente de la conciencia misma.

En un principio, Ajaan Maha Boowa simplemente escuchaba cuando Mae Chee Kaew contaba de sus aventuras inusuales. Con mucho cuidado medía las condiciones de la energía espiritual de su mente, y luego suavemente trató de persuadirla para redirigir el flujo de su conciencia hacia el interior, hacia su fuente originaria. Repitió que la conciencia es una función de la mente, no la esencia de la mente. Ella debía dejar de lado

la conciencia, y su atención plena condicionada, para que la verdadera esencia de la mente pudiera brillar.

Cuando Ajaan Maha Boowa notó tras varias semanas que ella hacía caso omiso de su consejo, insistió en que ella mantuviera su enfoque mental completamente en el interior durante una parte del tiempo de su meditación. Ella podría aún de vez en cuando dirigir su conciencia hacia la observación de fenómenos externos. Pero también debía obligarla a quedarse en casa en otros momentos. Él la instó a aprender cómo controlar su mente para que fuera capaz de dirigir el flujo de la conciencia, tanto hacia adentro o hacia afuera, como ella deseaba.

Debido a que sus visiones se referían también al contacto con los campos sensoriales internos de la mente, Mae Chee Kaew los veía como exploraciones de su propia mente. Ella creía que mediante la investigación de los fenómenos que surgían durante su meditación samadhi, podía conocer la verdad sobre la atención plena consciente que los percibe. Obstinadamente haciéndolo a su manera, y reacia a modificar su enfoque, comenzó abiertamente a resistir las enseñanzas de Ajaan Maha Boowa, argumentando que su meditación ya le estaba dando profundos conocimientos y sabiduría. No veía ninguna razón para cambiar. Ajaan Maha Boowa explicó pacientemente que los fenómenos que experimentaba no eran más que cosas que existían de forma natural en el universo. No eran más especial que las cosas vistas con los ojos abiertos. Aunque los mundos que aparecieron en sus visiones espirituales eran planos de existencia tan reales y característicos como el reino de los seres humanos, eran igualmente ajenos a la conciencia que los percibía. Aunque no eran sólidos ni tangibles como los objetos materiales de la percepción, todavía estaban separados de la conciencia que los conocía. Esencialmente, desde el punto de vista del observador, no había diferencia entre los objetos físicos y espirituales. Todos eran objetos del mundo exterior. Él le pedía invertir el sentido de su enfoque, deteniendo el flujo hacia el exterior de la conciencia y volviéndolo hacia el interior para realizar la verdadera esencia de la mente - la fuente misma de la conciencia.

Mae Chee Kaew continuamente contestaba que, a diferencia del ojo físico, el ojo interior podía ver cosas extraordinariamente extrañas y maravillosas. El ojo interior era capaz de ver muchas variedades de fantasmas y de otros seres sin cuerpo. Podía ver e interactuar con devas en todos los planos celestiales. Podía ver las conexiones de vidas pasadas y prever con precisión acontecimientos futuros. Sostenía que este tipo de conocimientos y visión era superior a los perceptibles por los sentidos ordinarios.

Ajaan Maha Boowa no toleraba la terquedad indefinidamente. Cambiando la táctica de repente, exigió, con una insistencia potente y vigorosa, que evitara que su mente saliera a percibir fenómenos espirituales. Tal conciencia mal dirigida no contribuiría jamás a superar las causas fundamentales de nacimiento, vejez, enfermedad y muerte. Le recordó que él le estaba enseñando esto por su propio bien, y dejó claro que esperaba que sus instrucciones fueran obedecidas.

A pesar de la amonestación de Ajaan Maha Boowa, Mae Chee Kaew se sentía tan segura de su propio conocimiento y entendimiento que seguía meditando como antes, y más tarde volvió a sostener en sus conversaciones sus opiniones sobre el verdadero valor de sus experiencias. Exasperado y completamente cansado de su intransigencia, Ajaan Maha Boowa se volvió feroz. Alzó la voz y gesticuló con fuerza mientras le prohibió dirigir su conciencia hacia el exterior para encontrar fenómenos externos. En términos muy claros, le ordenó invertir la dirección de su enfoque, y mantenerlo centrado hacia dentro en todo momento. Fue inflexible. Sólo mediante la aceptación de su enseñanza y practicando con diligencia podía eliminar los elementos profanos que engañaban su mente.

Una tarde, cuando Mae Chee Kaew continuó tercamente la argumentación de su caso, Ajaan Maha Boowa interrumpió bruscamente la conversación, y la despidió secamente de su presencia. Le dijo sin rodeos que saliera de la cueva de inmediato, y que no volviera nunca. Pronunciando palabras duras y fieras, él la echó en frente de las otras monjas. Mae Chee Kaew fue sorprendida por la intensidad de su ataque verbal y la gravedad de su tono. Tal resultado no se había imaginado. Mae Chee Kaew dejó la cueva Ajaan Maha Boowa llorando, sintiéndose totalmente devastada, con su confianza destrozada. Todavía oyendo su reprimenda severa, hizo el largo viaje de vuelta al monasterio de monjas con la sensación que nunca volvería a verlo.

Desesperada, Mae Chee Kaew caminaban por el sendero de la empinada montaña, atrapada por su dilema. Había estado convencida desde el primer momento en el que vio a Ajaan Maha Boowa que podría confiar en él como maestro adecuado para guiar su meditación. Ahora que la había echado sin miramientos, en quién podía confiar para ser su guía experto? Después de buscar durante tantos años un maestro tal, Mae Chee Kaew ahora se sentía desesperadamente perdida.

Como el conocimiento sobre la verdadera esencia de tu mente florece y se abre en tu corazón, el final del largo camino de sufrimiento poco a poco se revelará a la vista.

Un presagio de Dhamma

Caminando a través de la entrada del monasterio con el atardecer en el horizonte, Mae Chee Kaew procedió rápidamente hacia su pequeña choza de bambú. Necesitaba tiempo para sí misma, tiempo para digerir los acontecimientos traumáticos del día. Pero el espacio familiar dentro de la choza parecía extrañamente diferente ahora, como si de repente fuera una forastera en su propia casa. Al caer la noche lentamente, en un estado de ánimo pensativo, la luna y las estrellas aparecieron atenuadas y menos acogedoras que antes. Sacudida, e incómodamente insegura de ella misma, Mae Chee Kaew sintió una necesidad urgente de desagraviarse.

Reflexionando sobre su difícil situación, Mae Chee Kaew finalmente se dio cuenta de que Ajaan Maha Boowa tenía una razón legítima para echarla; ella se había negado deliberadamente a seguir su consejo, o hacer cualquier esfuerzo para cambiar. Cuanto más profundamente reflexionaba, más claramente entendió que su propia actitud engreída era responsable (de lo que había pasado). Obviamente (el maestro) tenía una buena razón para desaprobar su estilo de meditación y apuntándole hacia una dirección diferente. Pero, ¿por qué no podía aceptar su enseñanza? Realmente no había llegado a ninguna parte resistiendo deliberadamente su consejo en deferencia a su indulgencia egoísta. ¿Y si simplemente hacía lo que le había dicho que hiciera? Al menos debería intentarlo, en lugar de siempre negarse obstinadamente. Al ver su error, se hizo reproches a sí misma: lo aceptaste como tu maestro; así que, ¿por qué no puedes aceptar lo que enseña? Haz sencillamente lo que dice y conocerás por ti misma la verdad de su enseñanza. Cuando el sol ya casi había salido, la niebla de la incertidumbre comenzó a despejarse, y decidió que rápidamente debía redimirse. Obligaría a su mente a sucumbir a la enseñanza, y aceptar de buen grado las consecuencias.

A la mañana siguiente, poco después de la comida, Mae Chee Kaew se excusó de las tareas habituales e inmediatamente se retiró a su cabaña. Con un sentido de urgencia determinante, se sentó en meditación, con la intención de forzar su atención a permanecer estrictamente dentro de los límites de su cuerpo y mente. Estaba decidida a evitar que su mente de se centrara hacia el exterior para involucrarse con cualquier fenómeno externo, el que fuera. Había percibido fantasmas y devas y otros espíritus sin cuerpo durante tanto tiempo que ya no tenía ningún significado especial para ella. Cada vez que centraba su atención hacia fuera durante la meditación, se encontraba con seres

sin cuerpos físico. Aunque ella veía seres sin cuerpos físicos de la misma manera que otras personas veían con los ojos físicos, Mae Chee Kaew nunca había tenido ningún beneficio real por tener esa habilidad. Las impurezas que constantemente contaminaban su mente no se vieron afectados. Sólo a través de la concentración hacia el interior, y observando de cerca el movimiento de su mente consciente, podía entender las impurezas mentales y superar su influencia. Aceptando completamente este principio, centró su atención exclusivamente en la recitación interna de buddho, y continuó hasta que todos los pensamientos cesaron y el flujo de su conciencia convergió en una concentración en un sólo punto en lo profundo de su corazón. Utilizando los plenos poderes de su recién descubierta resolución, mantuvo el foco allí hasta que todo el cuerpo físico desapareció de la conciencia, y su mente quedó totalmente en calma. Retirándose un poco del samadhi profundo, inmediatamente se le pareció otra visión. Esta vez, la visión era un presagio de Dhamma. Abriendo su ojo interior, vio a Ajaan Maha Boowa caminando hacia ella, llevando en la mano un cuchillo radiante, muy afilado. Apuntando el cuchillo directamente al cuerpo de Mae Chee Kaew, anunció que iba a demostrar la forma correcta de investigar en el cuerpo físico. Con eso, comenzó a cortar metódicamente el cuerpo de ella en pedazos. Bajando el cuchillo afilado repetidamente en movimientos como latigazos, desmembró todo su cuerpo, cortándolo en trocitos cada vez más pequeños.

Mae Chee Kaew quedó paralizada cuando partes de su cuerpo cayeron al suelo alrededor de ella. Observó cómo Ajaan Maha Boowa disecaba cada parte aún más hasta que ya no quedaba nada de su cuerpo, excepto un montón inconexo de carne, huesos y tendones. Abordando su atención interior, Ajaan Maha Boowa preguntó: "¿Qué pieza es una persona? Miralas todas compararlas entre sí. ¿Qué pieza es una mujer? ¿Cuál es un hombre? ¿Cuál es atractiva? ¿Cuál es deseable? "

En ese momento, ella se veía enfrentada a un caos sangriento de partes corporales. Eran de naturaleza tan desagradable que estaba consternada por completo al pensar que se había aferrado a ellas durante tanto tiempo. Siguió mirando como los restos de su cuerpo fueron esparcidos hasta que, finalmente, ya no quedó nada más. En ese momento, era como si su mente fuera dirigida de nuevo hacia el interior, y el flujo de su conciencia invirtió de manera determinada la dirección, cayendo a la base de samadhi, y convergiendo al mismísimo centro de su ser. Sólo quedó una atención simple y armoniosa, sin nada más. La sabia esencia de la mente estaba tan excesivamente refinada que no podía ser descrita con palabras. Simplemente sabía – dominaba un estado sumamente sutil de atención al interior.

Volviendo su enfoque hacia el interior con firme determinación, Mae Chee Kaew detuvo el flujo normal de la conciencia y se dio cuenta de la verdadera esencia de la mente -la esencia misma o la fuente de la atención. Dentro de la cámara central del corazón, experimentó una sensación de gran espacio inasible, ilimitado - la naturaleza maravillosa

de la esencia sin forma de la conciencia. Al dirigir el enfoque hacia el interior, de pronto se olvidó de enfocar la concentración, y entró en la quietud absoluta. Ni un pensamiento surgió. Todo era un silencio vacío. Cuerpo y mente se encontraban en un estado de gran libertad, y todos los objetos incluyendo su cuerpo -desaparecieron sin dejar rastro. Absolutamente tranquila, su mente se quedó durante muchas horas bañada en su propia soledad.

Tan pronto como su mente comenzó a salir del samadhi profundo, ella detectó un movimiento sutil de la conciencia -en un primer momento casi imperceptible – que empezó a fluir saliendo de la esencia de la mente, y alejándose del centro. Cuando el impulso de la conciencia creció, observó claramente una fuerte e inmediata urgencia para la mente a dirigir su atención hacia el exterior, en la dirección de las percepciones externas. La tendencia era tanto una parte de su naturaleza, que apenas lo había notado antes. De repente, esta fluctuación saliente consciente destacó claramente en comparación con la serena tranquilidad de la esencia verdadera de la mente. Con el fin de revertir el curso normal de la conciencia y mantener su atención firmemente centrada en el interior, se vio obligada a comenzar una poderosa lucha contra su inclinación de dirigirse hacia fuera. Pensó en Ajaan Maha Boowa y reflexionó sobre sus amonestaciones severas. Segura ahora de que él tenía razón, renovó su determinación de controlar las tendencias díscolas de su mente.

Durante los próximos días, Mae Chee Kaew se concentró en encontrar un método fiable para anclar firmemente su conciencia en el interior. Al salir del samadhi profundo, comprendió claramente el desafío de controlar de flujo saliente hacia el exterior de la mente, y se negó a permitir que su movimiento impulsivo tomara el control y arrastrara su atención. El movimiento de salida de la mente siempre estaba acompañado por las actividades de pensamiento e imaginación. Esa conciencia que fluye y gira creía y mantenía todo el universo sintiente. Pero cuando no surgía ningún pensamiento, nacía atención espontánea y pura. Siendo un momento de atención pura, esta atención en el presente era alerta, pero relajada. No entraba dentro de los elementos de cuerpo y mente, donde las ilusiones materiales y espirituales se mandaban. En el pasado, al retirarse del samadhi, todo tipo de imágenes aparecían en su conciencia sin razón aparente, atrayendo la mente en su dirección. Sentía que no podía quitárselas de encima cuando quisiera, e Incluso se sentía cómoda al seguirlas. Cuando la mente se quedaba unificada hasta que surgiera atención plena, era testigo de la creación y la desaparición en cada momento de una miríada de pensamientos e imágenes, sin dejar de ser desapegada y desapasionada. Habiendo sido testigo de la transformación esencial de la atención pura concentrada, se dio cuenta del valor de recibir instrucciones de un verdadero maestro.

Cuando se sintió segura de que efectivamente podría revertir el flujo dinámico de la mente, unificándola y manteniéndola enraizada en el momento presente, decidió arriesgarse y enfrentarse al disgusto de Ajaan Maha Boowa y volver a la cueva de Nok

An, para poder contar respetuosamente sobre su progreso en la meditación. Cuando llegó a la cueva, se encontró con el rostro severo y poco acogedor de Ajaan Maha Boowa.

"¿Por qué has vuelto a venir?" ladró. "¡Ya te dije que te mantuvieras alejada! Este no es lugar para un gran sabio!"

Ella le rogó que la dejara hablar, para escuchar lo que tenía que decir. Explicó que la experiencia traumática de ser echada le había hecho aceptar sus defectos y tomar en serio sus consejos sobre dirigir el enfoque hacia el interior. En detalle, describió la nueva dirección de su meditación, y cómo había aprendido a mantener la presencia mental desapegada. Sabía que se había equivocado al valorar su conocimiento erróneo de los fenómenos espirituales, que no la habían llevado a ningún sitio, de lo que ahora se había dado cuenta. Había trabajado duramente durante varios días descubriendo cómo controlar las tendencias dinámicas su mente, hasta que finalmente logró mantenerlo centrado ininterrumpidamente en su interior. Inmensamente agradecida, y sintiendo que había logrado algo, había vuelto a homenajear a su maestro, y pedirle perdón humildemente.

Sólo aquellos que practican la meditación pueden comprender realmente el camino espiritual. Pero aprender a meditar correctamente requiere de la orientación de un instructor dotado. El instructor no puede permitirse el lujo de cometer ni siquiera el más mínimo error, especialmente cuando su discípulo está meditando en un nivel muy elevado. El instructor debe saber más que su discípulo, de modo que pueda seguir respetuosamente su ejemplo. No es correcto que un instructor dé enseñanzas por encima de su nivel de comprensión. El discípulo no se beneficiará de tal instrucción. Cuando una enseñanza se basa en la experiencia directa de la verdad, adquirida a través de un agudo entendimiento, un discípulo con talento avanzará muy rápido por la senda de la sabiduría.

Al ver que su meditación ahora se encontraba firmemente en el camino correcto, Ajaan Maha Boowa la aceptó generosamente de vuelta. Le dijo que había estado viviendo con los fantasmas de su mente durante demasiado tiempo. Siguiendo el flujo de su mente consciente de manera compulsiva la había obligado a vivir a merced de los fantasmas y espíritus, y a ser un esclava de los fantasmas creados por su propia mente. Al volver el flujo de la conciencia sobre sí mismo, interrumpió temporalmente su ímpetu, y devolvió la mente a su esencia. Lo que ella había experimentado era la verdadera esencia de la mente - la naturaleza sabía intrínseca de la mente. La consciencia es una función de la esencia de la mente, pero la actividad consciente es pasajera y carece de la calidad de atención, intrínseca de la mente. Estados de la conciencia existen en relación con la atención que las conoce, y la esencia sabia de la mente es la raíz y la fuente misma de esa conciencia. Los estados transitorios de la mente que surgen y desaparecen en el flujo de la conciencia no son más que fenómenos condicionados. Ya que la esencia de la mente no es condicionada por nada, es la única realidad estable.

La conciencia fluye de manera natural desde la esencia de la mente hacia fuera, moviéndose desde del centro de la mente hacia la superficie. La conciencia en la superficie cambia de forma, contorno y sustancia constantemente cuando es agitada por los vientos cambiantes de la codicia, la ira y la ignorancia. Pero la verdadera esencia de la mente no muestra actividades y no manifiesta condiciones. Siendo atención pura, simplemente sabe. Las actividades que surgen de esencia mental, tales como la conciencia del mundo material o del mundo espiritual, son condiciones de la conciencia que emana de la mente. Puesto que la conciencia representa actividades y condiciones mentales que están, por su propia naturaleza, constantemente surgiendo y desapareciendo, la atención consciente es siempre inestable y poco fiable.

Cuando el flujo saliente de la conciencia se encuentra con los ámbitos perceptivos de los órganos sensoriales, la atención se confunde con los objetos de su percepción. Cuando la conciencia se cruza con los ojos, la vista condiciona la consciencia, y la conciencia se convierte en ver. Cuando la consciencia se cruza con los oídos, el sonido condiciona la consciencia, y la conciencia se convierte en oír, etc. Así que, cuando surge conciencia de un sentido, la esencia de la mente es oscurecida y no se puede encontrar. No es que la esencia haya desaparecido, sino que la sabia naturaleza se ha transmutado en conciencia. Por lo general, cuando las personas permiten que sus ojos y oídos persigan vistas y sonidos, se van involucrando emocionalmente con lo que perciben, calmándose sólo cuando esos objetos de los sentidos hayan desaparecido. Obsesionándose con el interminable desfile de fantasmas y espíritus en la mente consciente ordinaria, se pierda por completo la verdadera esencia de la mente.

Al invertir el flujo de la conciencia, los pensamientos son interrumpidos y parados. Cuando el pensamiento cesa, la conciencia converge en el interior, fundiéndose con la sabia esencia de la mente. Con una práctica persistente, esta base se hace inquebrantable en cualquier circunstancia. Entonces, aun cuando la mente se retira del samadhi profundo, todavía se siente sólida y compacta, como si nada pudiera perturbar el enfoque hacia el interior de la mente. Aunque samadhi no pone fin al sufrimiento, sí constituye una plataforma ideal desde la que lanzar un ataque a todos los frentes de las impurezas mentales que causan sufrimiento. La observación se hace espontánea e instintiva, y la atención pura sigue estando plenamente presente. Este enfoque nítido e inmediato complementa la tarea de investigación y contemplación de la sabiduría. La calma profunda y concentración generados por samadhi se convierten en una excelente base para el desarrollo de la introspección aguda en la naturaleza de la existencia.

Hay dos objetivos principales para llevar el pensamiento a parar. Uno de ellos es abrir un espacio para aclarar la naturaleza del pensamiento, distinguiendo el pensamiento compulsivo y habitual del pensamiento deliberado y centrado. El otro es hacer espacio para la operación consciente del conocimiento no conceptual. Ambos son aspectos indispensables de la sabiduría. Si se practica de manera correctamente, samadhi puede

parar el pensamiento temporalmente, pero no distorsiona la razón. Fomenta la capacidad de pensar deliberadamente en lugar de de forma compulsiva. Este uso de la mente abre un espacio más amplio para el pensamiento hábil en cuanto a pensar y observar con claridad desapegada. La percepción directa puede ver claramente a dónde lleva un hilo de pensamiento. El uso de un conocimiento independiente e intuitivo permite abandonar los pensamientos inútiles y seguir los pensamientos útiles, y así construir una base sólida para la sabiduría trascendente. Mientras la mente no haya llegado a la tranquilidad suprema, no es capaz de pensar adecuadamente. Pensamiento causado por el impulso permanente de la conciencia es pensamiento al azar, no pensamiento esencial. Los conocimientos adquiridos a través de pensamiento conceptual es superficial y poco fiable. Carece del entendimiento esencial de la verdadera sabiduría.

Una mente sin distracción por pensamientos y emociones periféricos se centra exclusivamente en su campo de atención, e investiga los fenómenos que ahí surgen bajo la luz de la verdad, sin que interfieran conjeturas o especulaciones. Este es un principio importante. La investigación se lleva a cabo sin problemas, con fluidez y habilidad. Sin dejarse distraer o engañar nunca por conjeturas, la sabiduría genuina investiga, contempla y entiende a un nivel muy profundo.

Debido a Mae Chee Kaew había sido vinculada con los productos de la conciencia durante tanto tiempo, y por lo tanto alejada de su esencia, fue necesario para ella experimentar esa verdadera esencia de la mente directamente. Pero el hecho de experimentar la esencia era más bien un medio y no un fin – un medio para liberar la mente de impedimentos mentales graves, y para establecer una base sólida para un mayor desarrollo. Ajaan Maha Boowa le advirtió que la experiencia de la esencia de la mente podría conducirla fácilmente a tener una falsa sensación de confianza en los conocimientos resultantes de las percepciones conscientes. Esto hizo necesario que todo lo que fluye de la mente se investigara a fondo. Cada vez que ella se retiraba del samadhi profundo, era necesario examinar si en las actividades de la conciencia quedaban restos de las corrupciones del acondicionamiento mental compulsivo, que se rigen por un persistente apego a la forma física, imágenes mentales y la formación de pensamientos.

De esta manera, Ajaan Maha Boowa le enseñó a Mae Chee Kaew cómo llegar más profundamente dentro de su mente para que pudiera aprender a erradicar complemente las impurezas mentales que envuelven con firmeza su corazón. Reiteró que esto - y no la percepción de un sinnúmero de fenómenos en el mundo convencional -era la esencia de la práctica buddhista. Le pidió encarecidamente que primero utilizara su energía mental para resolver el enigma de la forma física, y el apego inevitable de la mente a la forma. Le recordó que la práctica de la sabiduría comienza con el cuerpo humano, con el objetivo de penetrar directamente la verdadera naturaleza del cuerpo.

Al investigar el cuerpo, le enseñó hacer uso del poder de la observación espontánea como técnica contemplativa. Así que, para evitar caer en patrones condicionados de

pensamiento sobre la base de interpretaciones habituales y alimentados por conjeturas y suposiciones -, Mae Chee Kaew debe emplear la atención pura clara y despejada que está presente justo donde la conciencia surge de la esencia verdadera de la mente. Para que una intuición espontánea pueda surgir, hay que superar las limitaciones de pensamiento e imaginación ordinarios. Esto significaba percibir los objetos de investigación tal y como aparecían en su mente, todos a la vez sin conceptualizarlos. Si permitía que la mente consciente los distinguiera, nombrando y etiquetando las formaciones mentales, entonces el condicionamiento mundano normal generaría un sinfín de pensamientos, y la llevaría a una confusión profusa - justo la antítesis de la verdadera visión profunda. Al observar los fenómenos de manera espontánea con atención pura y clara, podría desarrollar un sentido de libertad de las cosas que percibía, y alcanzar la claridad natural sin obstáculos de la sabiduría.

Ver el sufrimiento causado por el apego a nuestro cuerpo es la visión profunda inicial que centra la mente en el Dhamma. Aquellos que ven el cuerpo con claridad tienden a comprender el Dhamma rápidamente.

El cadáver interior

Caminando de regreso al monasterio de monjas aquella noche, Mae Chee Kaew se sentía maravillosamente brillante y pujante tanto física como mentalmente. Alcanzando su pequeña cabaña justo al anochecer, se sentó para meditar como de costumbre e hizo una revisión integral de su práctica de meditación. Los logros en samadhi siempre habían llegado fácilmente a Mae Chee Kaew; su mente tendía de forma natural a la unificación. Sólo una mente bien unificada podría alcanzar el tipo de concentración de acceso necesario para experimentar directamente el vasto mundo de energías espirituales que ella encontraba con tanta facilidad.

Cuando el flujo de su conciencia convergía en su centro natural, llegaba al fondo de la verdadera esencia de la mente, pero sólo durante un momento, antes de rebotar y reanudar su dinámica normal. Esta breve experiencia de la esencia de la mente propició una certeza falsa acerca de los conocimientos derivados de las percepciones posteriores.

En lugar de utilizar ese foco mental tranquilo y concentrado para examinar esos estados transitorios de la mente, Mae Chee Kaew miraba pasivamente el panorama cambiante de su mente, dejando que sus facultades de pensamiento e imaginación especularan sobre el significado de lo que allí ocurría. Dado que las conclusiones alcanzadas por el pensamiento conceptual son superficiales y personales, había perdido contacto con la desapegada atención de la esencia de la mente, y así se había convertido en víctima de elementos corrosivos de la conciencia que daban un sesgo emocional a sus percepciones, y la desviaban del entendimiento verdadero. Su mente consciente se involucró tanto con sus formaciones habituales que parecía tener una existencia independiente de su esencia original.

La dramática intervención por parte de Ajaan Maha Boowa cambió eso. Ahora, cuando su flujo de conciencia convergía en su centro natural, se reunía con la esencia de la mente, fusionándose por completo con la maravillosa naturaleza de la atención pura, y descansando totalmente en la suprema tranquilidad. Cuerpo y consciencia desaparecían. Una atención indescriptiblemente sutil era lo único que quedaba. No había movimiento, ni siquiera el más mínimo murmullo de la conciencia. Sólo cuando su mente se había mantenido inmersa en la tranquilidad durante el tiempo suficiente se movía y empezaba a retirarse del centro. Se produjo una breve onda de consciencia que luego desapareció

rápidamente. La ola surgió de manera natural, por sí sola; no estaba prevista. Un ligero movimiento, inmediatamente seguido de quietud. Momentos conscientes surgieron y desaparecieron muchas veces, aumentando gradualmente su frecuencia hasta que el flujo de conciencia finalmente recuperó su impulso normal.

A pesar de que había recuperado la conciencia de su entorno exterior, las facultades conceptuales de su mente se mantuvieron inactivas. Su conciencia estaba suspendida en un estado fluido y espontáneo de atención pura, donde la naturaleza sabia la esencia seguía siendo más fuerte que los patrones habituales de pensamiento mental. Debido a esta espontaneidad, la atención pura ilimitada y la percepción específica estaban funcionando al mismo tiempo, lo que le permitió entender su mente y su cuerpo a un nivel muy intuitivo de visión profunda. Ella sabía de manera instintiva que debía mantener su atención en ese nivel al examinar los fenómenos con el fin de obtener las profundas visiones penetrantes de la verdadera sabiduría.

La sabiduría pudo funcionar con eficacia en el flujo normal de la conciencia, porque sus patrones de pensamiento habituales ya no le impedían el acceso al conocimiento más profundo espontáneo adquirido a través de la intuición directa por una facultad más sutil de conocimiento.

Al salir de la tranquilidad profunda de samadhi tarde esa noche, Mae Chee Kaew experimentó como su conciencia fluía lentamente por todas las partes de su cuerpo hasta que lo percibió como un todo a la vez. Los preconceptos sobre el cuerpo no se entrometieron en su atención pura. Simplemente se concentró en la forma de su cuerpo como realmente era, en posición sentada. Su atención pura desapegada sabía intuitivamente que es inherente a su forma corporal había un proceso de decadencia continua que finalmente culmina en la muerte del cuerpo y su desintegración.

Con un grado profundo de claridad mental, capturó el hilo conductor de la decadencia continua de su cuerpo y comenzó a seguir ese curso natural hasta su inevitable consumación. El proceso de decadencia comenzó en lo profundo de las cavidades interiores de su cuerpo y poco a poco se extendió a todas partes. Se limitó a observar, sin pensar ni imaginar, y permitió que la desintegración de su cuerpo tuviese lugar dentro del ámbito de su atención pura. Rápidamente el curso natural de descomposición de un cuerpo muerto adquirió un impulso espontáneo propio.

Empezando por la cabeza, Mae Chee Kaew dejó filtrar su atención poco a poco hacia abajo a través de todo el cadáver, dejando que las imágenes de la decadencia se hicieran claras y nítidas. Debido a que su sabiduría intuitiva se había armonizado totalmente con la noción de la muerte y la desintegración, cambios espontáneos comenzaron a surgir en las imágenes que fluían. Sintió que su cadáver interior comenzaba a hincharse y poco a poco iba cambiando de color, la piel se volvía amarilla, a continuación se ponía de color negro azulado. A medida que el cuerpo se hinchaba, la piel se estiraba y se tensaba, luego

se rompió y se desprendió, revelando carne podrida y rezumando líquidos que rápidamente atrajeron a un enjambre de moscas. Poco a poco el hedor a carne podrida se hizo nauseabundo, y casi insoportable para sus sentidos internos. Las moscas pusieron huevos, y aparecieron gusanos, ocupando más y más superficie y moviéndose como una masa, retorciéndose en y alrededor de las aperturas de la piel y las secreciones de la carne, para cubrir finalmente el cadáver entero. En el momento que los gusanos se habían saciado con el tejido podrido, la mayoría de de la carne y de los órganos internos ya habían desaparecido. Sin el tejido intermedio, el esqueleto se vino abajo y cayó formando una pila, dejando así un montón de huesos sucios, manchado de restos de carne en descomposición y unidos con hilos retorcidos de los tendones y cartílagos. Desintegrándose aún más, los huesos quedaron sueltos y dispersos, el esqueleto contorsionado.

Con el paso del tiempo, la lluvia y el clima, los restos residuales de la carne y los tendones fueron arrastrados y apartados, quedando sólo los huesos blanqueados por el sol, del color de la leche. Con el tiempo, los huesos también comenzaron a romperse y a desintegrarse, hasta que sólo quedaron los trozos más grandes en un montón desordenado; el cráneo en un lugar, la pelvis en otro. Por último, incluso estas piezas se desgastaron, siendo engullidas y requeridas por el elemento tierra que les había dado origen. De repente, la tierra misma se desvaneció, dejando nada más que atención pura y cristalina irradiando en todas direcciones. Poco a poco, la sensación de estar en medio de una atención radiante desapareció, llevándose consigo toda la noción del yo y del entorno.

Mae Chee Kaew meditaba de esta manera todos los días. Se centraba una y otra vez en el cadáver interior hasta que la experiencia de muerte y decadencia se convirtieron en rasgos habituales de la perspectiva consciente de su mente, y la imagen mental de su cuerpo empezaba a descomponerse cada vez que dirigía su atención hacia ella. En cada sesión de meditación, el ojo interior de Mae Chee Kaew observaba con una sensación profunda de calma y claridad como ocurría el proceso de disolución. Poco a poco, la ruptura constante de la sustancia corporal dirigió su atención a la naturaleza fragmentaria del cuerpo, por lo que comenzó a concentrarse en sus elementos constitutivos – las propiedades de tierra, agua, fuego y viento que componen toda la materia.

Carne, huesos, dientes, uñas y cabello poseían las características materiales sólidas de la tierra. Sangre, orina, moco y otras secreciones líquidas poseían las cualidades líquidas de agua. El fuego estaba presente en el cuerpo en forma de calor, energía y vitalidad. El elemento aire se hacía evidente en la respiración, la circulación y el movimiento del cuerpo.

Mae Chee Kaew observaba cómo la decadencia iba rompiendo los lazos materiales que mantenía los elementos unidos dentro del cuerpo, y cómo los iba liberando para volver a su estado original, elemental. La ocurrencia de la muerte, cuando la conciencia

abandonaba el cuerpo para siempre, liberaba las vivificantes fuerzas de fuego y viento para que retornaran a sus condiciones elementales. Observando aún más, desde la perspectiva interna de la atención espontánea, miraba como los líquidos corporales se filtraban en el suelo, o se evaporaban en el aire. Cuando los elementos líquidos se habían drenado en el suelo o habían desvanecido en el aire, las partes del cuerpo se secaban, deshidratándose poco a poco hasta que sólo la quedaba tejido endurecido y el esqueleto. Desmoronándose lentamente y luego convirtiéndose en polvo, estas partes finalmente regresaban por completo al elemento tierra.

Mae Chee Kaew vívidamente observó como los huesos se fusionaron con la tierra. Ambos, huesos y tierra, se unieron para convertirse en la misma sustancia. Cuando el último residuo de los hueso volvió a su estado original y elemental, su corazón se absorbió en la realización profunda de la naturaleza insustancial e ilusoria del cuerpo. Surgieron el conocimiento y la comprensión acerca del hecho de que toda sustancia corporal es una combinación de tierra, agua, fuego y viento, y que todos ellos habían vuelto a sus estados originales elementales. De repente, la tierra misma desapareció de la atención pura, quedando sólo una luz brillante en su percepción, que irradiaba en todas direcciones.

Luego, en un instante, su conciencia saltó a un nivel de unificación que nunca antes había experimentado. Con ello, la radiante luz desapareció. Quedó un vacío indescriptible - un estado de unidad absoluta, sin un solo momento de dualidad. Existía sólo atención pura - un estado trascendente y maravilloso de perfecta tranquilidad, que carecía totalmente de características distintivas - el vacío vibrante de la verdadera esencia de la mente.

La transformación elemental del cuerpo en tierra, agua, fuego y viento era vívidamente nítida cada vez que Mae Chee Kaew la investigaba. Vio claramente que nada muere. Pelo, uñas, dientes, piel, carne, huesos: todos ellos reducidos a su forma de elemental original, simplemente son el elemento tierra. ¿Acaso puede alguna vez el elemento tierra morir? Cuando aquellos se descompusieron y desintegraron, ¿en qué se convirtieron? Toda la materia corporal volvió a sus propiedades originales. Los elementos tierra y agua reclamaron sus propiedades originales, al igual que lo hicieron los elementos viento y fuego. Nada quedaba destruido. Estos elementos simplemente se habían reunido para formar una masa en la que la mente consciente fijó su residencia. La mente se apegó a la masa de materia y la animó, luego la llevó como una carga construyendo una identidad propia a su alrededor. Al reclamar un derecho personal sobre el cuerpo físico, la mente adquirió cantidades ingentes de dolor y sufrimiento.

La mente tampoco murió nunca. A lo sumo había un cambio constante, nacimiento y muerte surgiendo y cesando en cada momento consciente, siguiendo el uno al otro continuamente ad infinitum. Cuanto más plenamente Mae Chee Kaew investigaba los cuatro elementos, observando su desintegración en sus propiedades originales, más claramente pronunciada aparecía la mente. Entonces, ¿dónde se podía encontrar la

muerte? Y ¿qué era lo que moría? Los cuatro elementos -tierra, agua, fuego y viento - no morían. En cuanto a la mente, ¿cómo podía morir? Con este entendimiento, su mente se hizo más notable, más atenta y con más visión pura.

Apartándose de la tranquilidad suprema, Mae Chee Kaew contempló implicaciones profundas y de gran alcance del cuerpo físico. Se dio cuenta de que su sentido del cuerpo era una parte de su ego. Desde el nacimiento, había estado organizando el mundo a su a través de percepciones corporales, preocupándose instintivamente por la protección del cuerpo, y la consecución de sus apetitos materiales. Discernía claramente que los pensamientos formados sobre la base del cuerpo eran causas kámmicas que la mantenían continuamente vinculada al ciclo de nacimiento y muerte. La impureza innata del cuerpo era, en realidad, mucho más profunda que su forma física. Se extendía a muchas actitudes y acciones basadas en el cuerpo que no sólo eran repulsivos, sino que también muy perjudiciales. La vanidad, las obsesiones sensuales, la agresión sexual y la violencia física representaban una fealdad de un tipo mucho más insidioso. Siendo responsable de una variedad tan grande de pensamientos y emociones negativos, la identificación con la forma física conectaba la mente con la raíz de la existencia en samsara. Se dio cuenta de que, si quería ir a la fuente del apego al cuerpo, tendría que investigar directamente los pensamientos y emociones impuros, y también el flujo de la conciencia que los vio nacer.

En una piscina de agua perfectamente tranquila y de agua cristalina, podemos ver todas las cosas con claridad. El corazón en reposo absoluto es tranquilo. Cuando el corazón es tranquilo, la sabiduría aparece con facilidad, con fluidez. Cuando la sabiduría fluye, la comprensión clara sigue.

Atención pura espontánea

Meses pasaron y la vida de Mae Chee Kaew se estableció en un pasaje tranquilo y constante, centrada alrededor de los rigores de la meditación intensiva. Retirándose a la soledad de su cabaña poco después de la comida de la mañana, pasaba las horas tempranas caminando en meditación en su sendero. El sendero de meditación se había convertido en un campo de batalla sagrado para Mae Chee Kaew en su lucha para vencer al ciclo de nacimiento y muerte. Lo recorría con un enfoque hacia el interior tan completo que no tenía conocimiento de la posición de su cuerpo o de sus pies descalzos tocando la tierra. Su atención se dirigía tanto a su interior que de vez en cuando su cuerpo se salió del sendero y acabó en la maleza. Sin perder la concentración, volvía instintivamente de nuevo al sendero y reanudaba el caminar en meditación, con su atención firmemente fijada en el fluir presente de la conciencia.

Un dosel de hojas frondosas sobre trozos de madera imponentes y bambú arqueado daban sombra al sendero. En un extremo había una árbol phayom alto y delgado en cuya sombra Mae Chee Kaew había construido una plataforma rústica de bambú sobre la que podía descansar y meditar durante las horas calientes del mediodía. El árbol phayom, una variedad de caoba de la selva, se había convertido en uno de sus lugares favoritos. El phayom tenía una madera tan dura como el acero y compacta que era admirado por sus flores de color amarillo brillantes, que salpicaban el follaje verde durante la temporada y llenaba su plataforma pequeña de meditación con sus pétalos caídos. Combinando dureza y belleza, el phayom era indicativo de la fuerza y el esplendor que caracterizaban el estado presente de la mente de Mae Chee Kaew.

En las primeras horas de una noche Mae Chee Kaew tuvo una visión. Apareció ante su ojo interno una amplia piscina llena de flores de loto de oro. Las flores flotantes eran tan grandes como ruedas de carreta de bueyes, rodeadas de sus pétalos delgados, como plumas de oro fino. Otras flores de loto, con sus pétalos cerrados alrededor del tallo y apuntando hacia el cielo, se encontraban encima del agua azul como templos con cúpulas de oro. Otros estaban sumergidos justo debajo de la superficie del agua fría y clara, su resplandor ondulaba por toda la piscina como una brisa dorada. El agua parecía tan

mágicamente transparente que el barro suave y ondulante en la parte inferior se hizo visible. Separados de sus tallos, algunos de los pétalos flotaban en la superficie, mojados y brillantes, su aroma delicado impregnaba el aire en todas las direcciones. Como Mae Chee Kaew miraba tranquila y con asombro, un pequeño pato dorado se deslizó hacia abajo desde el cielo, pasó rozando la superficie plácida y comenzó a nadar alegremente entre las flores de loto. Picoteaban los pétalos flotantes, comiendo y dando vueltas con gracia alrededor de cada pétalo. Después de consumir cuatro pétalos se detuvo, satisfecho, y permaneció perfectamente inmóvil. Mirando, fascinada, desde el borde del estanque de loto, Mae Chee Kaew sintió como su cuerpo se levantó y flotó, como una nube, por encima del agua. Cuando se acercó al pato dorado, sintió como sus piernas se abrieron a horcajadas sobre su espalda. Pero a medida que se subía al animal, se fusionó completamente con él. En ese instante se dio cuenta de que ella misma era el pato dorado. Inmediatamente se retiró de la meditación samadhi y volvió a la conciencia normal.

Mae Chee Kaew reflexionó sobre esta visión mística durante días, en busca de su significado esencial. Un pato dorado comiendo flores de loto de oro. Las flores de loto simbolizan ofrendas en homenaje al Dhamma, la esencia del noble sendero del Buddha. El oro representa luz, la luz de la mente; la flor representa la maduración, o la apertura, de la luz radiante de la mente. Ella comprendió que los cuatro pétalos de loto eran los cuatro ariya magga, los cuatro hitos en el noble sendero que lleva al estado del arahant. Al igual que el pato dorado, Mae Chee Kaew irradiaba la luz clara y luminosa de la comprensión: el conocimiento que durante esta vida sin duda completaría su viaje a lo largo de este noble sendero.

Mae Chee Kaew sabía que la consciencia penetraba todos los momentos de atención pura, independientemente de si la atención estaba centrada al interior o al exterior. Nada de lo que experimentaba alguna vez se encontraba fuera de la conciencia. Dado que todos los fenómenos se agarran, conciben y experimentan sólo sobre esa base, no tienen existencia propia independiente de la mente consciente. Por esa razón, la atención al cuerpo era inherentemente una función de la conciencia. En esencia, ella estaba investigando una forma interiorizada del cuerpo, una imagen mental del cuerpo sobre la base de sensaciones. La conciencia se repartía con naturalidad a través de todo el cuerpo, animando los ámbitos de los sentidos y la activando la atención sensorial. La experiencia de tener un cuerpo - del cuerpo como yo - se componía principalmente de imágenes mentales formados en relación con la consciencia sensorial de su cuerpo, y coloreada por un apego profundamente arraigado a la forma y la identidad personal.

Con un sentido de espontaneidad y desapego, Mae Chee Kaew se centró en el cuerpo como una construcción mental, como un producto de la mente consciente. Si el cuerpo físico no era más que un conglomerado de elementos, agrupados temporalmente, ¿de dónde salía la sensación de tener un cuerpo? Y ¿qué iniciaba pensamientos de fealdad, o

emociones de repulsión, en respuesta al proceso natural de la decadencia y la desintegración del cuerpo?

A medida que se centraba en las imágenes interiorizadas de la disolución del cuerpo, Mae Chee Kaew prestaba especial atención a los pensamientos y emociones acompañantes que definían su aspecto o bien como agradable o desagradable. Convirtiéndose en un testigo desapegado e imparcial, le dio rienda suelta a la mente discriminatoria para conceptualizar primero, y luego reaccionar a sus interpretaciones. Conocía su cuerpo sólo a través de la información que le daban sus sentidos y la actividad conceptual de la mente. Pero entonces vivía esos conceptos sensuales como positivos y buenos, o negativos y malos. Tenía que entender por qué la mente creaba esas imágenes, y cómo la mente las impregnaba con significado.

En esta etapa, Mae Chee Kaew comenzó a centrarse exclusivamente en las respuestas emocionales que evocaba la contemplación del cuerpo. Se había aficionado a interrumpir el impulso de la mente consciente, e invertir su curso normal hacia la fuente. Así, comenzó a utilizar la misma técnica para revertir el flujo de pensamientos y emociones, y seguirlo hasta su punto de origen. Se concentraba en una imagen de decadencia física avanzada, absorbiéndolo todo a la vez sin conceptualización. Con atención espontánea y percepción específica trabajando juntas, se dio cuenta del surgir de un aumento de repulsión instintivo saliendo desde lo más profundo y haciendo mella en la imagen. Mantenía la imagen atentamente hasta que el objeto y el observador se convirtieron en uno. En ese momento, imagen y emoción se contrajeron gradualmente y se retiraron hacia dentro hasta que ambos estaban absorbidos totalmente por la mente consciente. Luego simplemente desaparecieron. Rápidamente se volvió a centrar en la imagen mental y su sensación adjunta de repulsión; y de nuevo, vio como el flujo de percepción mental volvió a su fuente, infundiendo un impacto emocional a la imagen; se fusionó con el centro de la conciencia y luego desapareció. Cuanto más se concentraba de esa manera, tanto más espontánea se hacía la inversión de imagen y emoción. Con el tiempo, por su cuenta, sin forzar, las imágenes y las emociones se perdieron en la mente, volviendo a su fuente original, donde desaparecieron inmediatamente.

La meditación de Mae Chee Kaew había llegado a una fase decisiva de la contemplación del cuerpo, a un punto de inflexión en el que la causa raíz del apego de la mente a la forma física pudo observarse con absoluta claridad. Cuando los sentimientos instintivos de repulsión se reunieron con su causa principal, de repente se dio una visión profunda: la propia mente producía sentimientos de repulsión y atracción; sólo la mente creaba la percepción de fealdad y belleza. Esas cualidades no existen realmente en los objetos percibidos. La mente proyectaba esos atributos a las imágenes que percibe, y luego se convencía a si misma a creer que los objetos mismos eran hermosos y atractivos, o feos y repulsivos. En realidad, el flujo de la conciencia estaba impregnado consistentemente en una proliferación de imágenes mentales y emociones subsecuentes. Su mente pintaba todo

el tiempo cuadros elaborados - cuadros de sí misma y cuadros del mundo exterior. A continuación, su mente se enamoraba de su propia imaginería mental, creyendo que era sustancialmente real.

En ese momento, la conciencia infinita como el espacio de la esencia mental y la particularidad de la percepción consciente operaban simultáneamente. Poco a poco, la ilusión de imágenes mentales cohesivos comenzó a romperse también. Dentro de la corriente de la conciencia, surgieron miríadas de formas amorfas y fragmentarias, unidas en imágenes, y luego se rompieron de inmediato, sólo para reagruparse y disolverse una y otra vez. Tan pronto como una imagen del cuerpo aparecía, tan pronto se desvaneció al instante. Antes de que un deseo o una expresión particular pudiera formarse, la fuente de la atención pura simplemente simplemente lo envolvía, causando su disolución en el vacío y su desaparición. Innumerables posibilidades de formas en las que el cuerpo y la mente podrían expresarse parecían surgir en sucesión azarosa, sólo para disolverse en el vacío, una tras otra. Conceptos habituales de la existencia física expresaban el deseo de formarse y declarar sus características individuales, pero la esencia sabia los disolvía todos antes de que pudieran establecer una presencia definitiva en la mente.

Las imágenes surgían y se disolvían tan rápidamente que los conceptos de externo e interno ya no eran pertinentes. Al final, formas parpadeaban, apareciendo y desapareciendo de la conciencia en una sucesión tan rápida que su significado ya no era perceptible. Tras cada desaparición, la atención pura experimentaba un profundo vacío - un vacío de imágenes y un vacío de apego a la forma. En la mente destacó una esencia extremadamente refinada de conocimiento puro. A medida que cada nueva imagen apareció y desapareció, la mente sintió el vacío resultante más profundamente. A partir de entonces, la mente de Mae Chee Kaew estaba maravillosamente vacía y clara. Aunque el cuerpo se mantenía, su conciencia estaba vacía. No quedaba en la mente ninguna imagen de ningún tipo.

Esta visión profunda dio lugar a una revolución trascendental de todo el ser de Mae Chee Kaew. Comprendió la verdad con absoluta certeza: la ilusión de las imágenes producidas por el flujo de la conciencia lleva a sentimientos de repulsión y atracción. Se dio cuenta de que ambos tienen sus raíces en una distorsión profundamente instintiva, pero casi subliminal, de la percepción consciente de cuerpo y forma. Cuando la base real de esas percepciones fue descubierto, socavando al completo su validez, el mundo exterior de las apariencias se derrumbó, y su apego a ello dejó de existir por sí mismo. Con el cese de todas las imágenes creadas por la mente, llegó el cese de apego a la forma. Una vez que su mente se había retirado por completo de toda implicación sensual, un sentimiento de profunda serenidad envolvió todo su ser mental.

Finalmente, imágenes corporales, incluso sólo como formas, ya no existían para Mae Chee Kaew en el marco de su mente consciente. Dado que no quedaban contornos en la mente a los que agarrarse, Mae Chee Kaew supo que nunca más podría renacer en los

reinos de la forma. El sentido habitual de la mente de limitación física y de encarnación desaparecieron por completo. Sintió su ser disolverse, expandiéndose hacia fuera y fundiéndose con todas las cosas, como si formara una sola esencia con el universo; descansando en el interior, libre de cualquier dependencia, había un vacío supremo - claro, luminoso y tranquilo.

La pureza es el estado normal de la mente. Se altera sólo porque acepta intromisiones externas, que hacen que surjan y proliferen emociones como la tristeza y la alegría hasta que la mente ya no puede ver su verdadera naturaleza.

Esencia Luminosa

La cabaña, el camino para meditar y la pequeña plataforma debajo del árbol phayom eran compañeros constantes de Mae Chee Kaew a lo largo del año. A excepción de su comida diaria, rara vez salía de los límites de su área de meditación. Aunque las monjas todavía iban a ver a Ajaan Maha Boowa una vez por semana en los días lunares de práctica, Mae Chee Kaew rara vez las acompañaba, eligiendo en vez de ello centrarse en la intensificación de su práctica meditativa. A pesar de la dedicación de Mae Chee Kaew a su práctica, aún tenía una permanente sensación de gratitud y respeto hacia Ajaan Maha Boowa y por ello todas las mañanas preparaba una pequeña olla de arroz glutinoso y llenaba una cesta de nuez de betel para él. Normalmente, Mae Chee Kaew pedía a una de las monjas que llevara su ofrenda diaria a Ajaan Maha Boowa, sólo de vez en cuando iba ella misma; y aún entonces sólo hablaría con él brevemente.

El monasterio de Ajaan Maha Boowa se encontraba al noreste de la ciudad, mientras que el monasterio de las monjas de Mae Chee Kaew estaba a tres kilómetros de distancia hacia el suroeste. Baan Huay Sai se encontraba justo en medio. A pesar de la distancia y del hecho de que él nunca anunciaba sus planes de viaje con antelación, Mae Chee Kaew siempre sabía intuitivamente cuándo Ajaan Maha Boowa dejaba su monasterio para recorrer la región en busca de la soledad. Ella siempre sabía cuándo él había salido de su monasterio, y siempre sabía cuándo su regreso era inminente. Mae Chee Kaew decía que de repente sentía un escalofrío impregnar el ambiente cuando Ajaan Maha Boowa se iba. Y a pesar de que él viajaba a menudo durante meses, Mae Chee Kaew siempre sabía cuándo iba a volver ya que podía sentir la vuelta del calor, incluso antes de su llegada. El escalofrío y el calor eran los signos externos recibidos por la percepción; pero el saber venía desde dentro de su corazón.

Tan pronto como Ajaan Maha Boowa iba a recorrer la región, Mae Chee Kaew de inmediato les decía a las monjas que no cocinaran la olla de arroz glutinoso y que no prepararan la canasta de nuez betel. Varios meses después, cuando sentía su regreso, ella les decía a las monjas que volvieran a cocinar el arroz y que prepararan la nuez betel para él de nuevo. Normalmente, cuando él vivía en el monasterio, las monjas preparaban únicamente arroz glutinoso para él. Pero el día de su regreso, Mae Chee Kaew insistió en

que las monjas preparasen el arroz esponjoso como una ofrenda especial. En la mañana después de su regreso, las monjas se presentaron en el monasterio portando regalos de arroz y nuez betel. Preguntó a las monjas cómo sabían que él estaba de vuelta en el monasterio ya que había llegado el día anterior por la tarde. Las monjas respondieron que Mae Chee Kaew había sentido su regreso y por lo tanto había pedido que se preparasen las ofrendas de costumbre. Cada vez que volvía de estos viajes, Ajaan Maha Boowa escuchaba lo mismo. Mae Chee Kaew siempre lo sabía, nunca falló. Mae Chee Kaew había aprendido a examinar los fenómenos usando las percepciones específicas de la conciencia a la par que la conciencia expansiva de la esencia mental intrínseca. Se dio cuenta de que la conciencia fluía de manera natural de la esencia mental para iniciar la actividad perceptiva. Y las percepciones eran definidas e interpretadas por el movimiento conceptual de la mente, que tenía su origen en la esencia inmóvil. Así que se centraba exclusivamente en el momento en que el flujo de conciencia se veía agitado y salía de la quietud del centro vital de su mente.

Cada pensamiento, cada chispa de una idea, ondea brevemente a través de la mente, después cesa. Individualmente, estas ondas mentales no tienen un significado específico. Se limitan a aparecer brevemente en la conciencia y luego desaparecen sin dejar rastro. Ideas fragmentarias - los elementos del pensamiento – se encienden y apagan con inicios y finales distintos, como destellos de un rayo o el parpadeo de las luciérnagas. Pero el reconocimiento mental que interpreta su significado se dispersa más lentamente a través de la mente, cubriendo el flujo de la conciencia como una niebla en movimiento, antes de unirse en distintas formas conceptuales. Juntos, los recuerdos y los pensamientos se combinan para evocar los conceptos y las nociones de la existencia personal.

La actividad conceptual consiste en fenómenos mentales que ocurren de manera natural que surgen y cesan espontáneamente. Estos fenómenos no tienen conciencia por sí solos. La conciencia que los conoce es la esencia de la mente, la naturaleza sabia que lo impregna todo. La mente básicamente es no-dual; es simplemente una realidad vital. El flujo de conciencia desde el centro sabio crea la ilusión de la dualidad, de dentro y fuera, del conocedor y lo conocido.

Formas y conceptos son fenómenos condicionados por el movimiento de la conciencia. A causa de una ilusión penetrante, engañosa y sutil, que existe en las mentes de todos los seres, la conciencia que conoce las formas y los conceptos se apega a estas creaciones de la conciencia. Aferrándose a una identidad individual y personal, la mente convierte sentimientos, recuerdos y pensamientos en un "sí mismo". Este aferrarse convierte la mente misma en una personalidad. Pero pensar y sentir son en realidad sólo funciones condicionadas de la mente; no su esencia original. Cuando la esencia se hace conciencia crea una realidad conceptual, no una realidad esencial. Y la realidad conceptual de un "yo" es el objeto de un apego profundo.

Mae Chee Kaew se dio cuenta de que la verdadera mente no tenía forma, y que no formaba concepciones. Al observar los fenómenos de manera espontánea con atención pura y clara, logró liberarse del pensamiento conceptual, lo que permitió a la esencia sabia renunciar a las construcciones mentales antes de que pudieran establecer una presencia definitiva en el continuo consciente de la mente. Antes de que un pensamiento o una expresión particulares pudieran formarse plenamente, la esencia sabia simplemente los soltaba, causando que las formaciones mentales se disuelvan en la nada. Finalmente, el carácter independiente de la verdadera esencia de la mente llegó a ser tan global que la multitud de expresiones conscientes no pudieron arraigarse, disolviéndose ante su inmanencia tranquila y potente.

A ese nivel, la mente de Mae Chee Kaew se parecía a un campo de batalla donde las fuerzas de la existencia consciente se enfrentaban a la esencia global, que abarcaba todo, pero no conservaba nada. Ya que la vacuidad profunda constantemente disolvía innumerables formas de existencia emergente, la esencia sabia de la mente se impuso, aumentando su brillo y pureza.

Cuando la visión penetrante penetró a fondo la naturaleza ilusoria de los fenómenos mentales, la esencia sabia renunció a todos los conceptos, reconociendo al completo que no eran más que ondas mentales y no tenían ninguna sustancia real. Independientemente de cómo aparecían en la mente, sólo eran formas condicionadas - convenciones de la mente que simplemente desaparecían en el vacío. Sin excepciones.

La meditación de Mae Chee Kaew destruía los patrones mentales que han dominado la existencia samsárica durante eones. Ni un solo pensamiento logró surgir o formarse, lo que indicaba que la atención plena verdadera y espontánea había nacido. La observación espontánea de la mente era atención pura e impoluta, que conducía de manera natural a la visión penetrante clara y perspicaz. Cuando la mente entiende claramente con sabiduría intuitiva que no se puede encontrar un "yo" dentro de los fenómenos mentales, surge un desapego liberador por sí sólo. Al poderse enfocar mejor la concentración mental, las corrientes enviadas por la mente se hacen más cortas y más limitadas. Mae Chee Kaew había investigado y comprendido los fenómenos conceptuales tan a fondo que la esencia clara y luminosa ya no contactaba con ellos conscientemente. Los pensamientos e imaginaciones en la mente habían llegado a pararse completamente. La naturaleza sabia y esencial de la mente destacaba por sí sola.

A excepción de una atención pura muy refinada - una atención pura que impregnaba el cosmos entero - nada apareció en absoluto. La mente trascendía las condiciones de tiempo y espacio. Una esencia luminosa del ser que parecía ilimitada, aunque maravillosamente vacía, lo impregnaba todo a través del universo. Todo parecía estar lleno de una cualidad sutil de conocimiento, como si nada más existiera. Purificada de las cosas que nublan y oscurecen su esencia que todo lo abarca, su mente reveló su verdadero poder.

Cuando las consecuencias de la ilusión se habían cortado por completo, su mente convergió en un núcleo de resplandor sublime - un resplandor tan majestuoso e hipnotizante que Mae Chee Kaew estaba segura que significaba el final de todo el sufrimiento que ella había estado tratando de lograr. Habiendo renunciado a todo apego a los factores de la identidad personal, el sutil esplendor radiante en el centro de la mente se convirtió en el único foco que quedaba.

El punto objetivo de su atención pura era tan sumamente delicado y refinado que era indescriptible, y emitió una felicidad que no tenía precedentes y era tan maravillosa que parecía transcender del todo el ámbito de los fenómenos condicionados. La mente luminosa exhalaba un fuerte sentido de poder e invulnerabilidad. Nada parecía poder afectarla. Mae Chee Kaew estaba ahora segura de que había finalmente realizado la meta final, Nibbana.

Viendo la ilusión claramente en un golpe de intuición, nos hartamos de nuestro apego a esta masa de sufrimiento y aflojamos nuestro aferramiento. En este momento de frescura, los fuegos de nuestro corazón se reducen, y la libertad del sufrimiento surge de manera natural por sí misma.

Phayom en pleno flor

A mediados de octubre de 1952 el árbol phayom estaba cubierto de flores radiantes. Sentada debajo una tarde, con la mente inundada de esplendor, Mae Chee Kaew sentía que era el momento para informar a Ajaan Maha Boowa sobre su logro final. Él era, después de todo, la inspiración que la había llevado a este resplandor profundo y majestuoso de la mente. Ya era hora de devolver su confianza en ella con los frutos de su triunfo. Como era un día de observancia lunar, fue a visitarlo a última hora de la tarde. Salió del monasterio acompañada por varias monjas, caminando juntas a través de los campos que bordeaban el pueblo hasta llegar al otro lado. Desde allí iniciaron la empinada subida a la cueva, en la montaña de Ajaan Maha Boowa.

Al ver a Ajaan Maha Boowa sentado en la entrada de la cueva, Mae Chee Kaew se postró ante su maestro a rendir obediencia e intercambió saludos con él. Luego inclinó la cabeza, juntó las palmas y pidió permiso para hablar. Habló de su progreso durante el último año, detallando cuidadosamente las etapas consecutivas de su experiencia, y concluyó con su "rugido de león", la vacuidad radiante de la mente que impregnaba todo el cosmos y trascendía todas las condiciones.

Cuando ella dejó de hablar, Ajaan Maha Boowa miró hacia arriba y tranquilamente preguntó: "¿Eso es todo?", Mae Chee Kaew asintió con la cabeza. Ajaan Maha Boowa se detuvo un momento y luego habló:

"Cuando investigas fenómenos mentales hasta superarlos por completo, los restantes elementos impuros de la conciencia se verán arrastrados en un núcleo radiante de de atención pura que se funde con la esencia natural radiante de la mente. Este resplandor es tan majestuoso y fascinante que incluso las facultades trascendentes como la atención pura espontánea y la sabiduría intuitiva invariablemente caen bajo su hechizo. El brillo y la claridad de la mente parecen ser tan extraordinarios e impresionantes, que nada se les puede comparar. La esencia luminosa es la personificación de bondad y virtud perfectas, lo último en felicidad espiritual. Es tu yo verdadero y original - el centro de tu ser. Pero este verdadero yo es también la fuente de todo apego al ser y al devenir. Al final es el apego a la seducción por este resplandor primordial de la mente que hace que los seres

vivos vaguen indefinidamente a través del mundo del surgir y cesar, en constante apego al nacimiento y la muerte incesantes. "

"La causa fundamental de este apego es la misma ilusión acerca de tu verdadero yo. La ilusión es responsable de todos los elementos impuros de la conciencia, y su mejor vía de escape es el impulso constante de la actividad consciente. En este ámbito, la ilusión es la reina suprema. Pero una vez que la atención plena y la sabiduría están lo suficientemente entrenadas para eliminar la actividad consciente y por lo tanto cerrar esta vía, las ilusiones creadas por el flujo de los fenómenos mentales cesan. Cortando la totalidad de sus salidas no deja espacio para que la ilusión se mueva en la mente forzándola para quedarse en el núcleo radiante desde donde emana toda sabiduría.

Ese centro de la sabiduría aparece como un vacío luminoso que realmente abruma y asombra."

"Pero ese vacío radiante no debe confundirse con la la vacuidad pura del Nibbana. Los dos son tan diferentes como la noche y el día. La mente radiante es la mente original del ciclo del devenir constante; pero no es la esencia de la mente que es totalmente pura y libre de nacimiento y muerte. El resplandor es una condición muy sutil y natural cuyo brillo y claridad uniformes hacen que parezca vacío. Esta es su naturaleza original más allá de nombre y forma. Pero todavía no es el Nibbana. Es la sustancia misma de la mente que ha sido purificada hasta el punto donde una calidad fascinante y majestuosa del saber es su rasgo sobresaliente. Cuando la mente finalmente renuncia a todo apego a formas y conceptos, la esencia sabia adopta cualidades extremadamente refinadas. Lo ha soltado todo - excepto a sí mismo. Sigue estando impregnada por un engaño fundamental acerca de su verdadera naturaleza. Por ello la esencia radiante se ha convertido en una forma sutil de un yo sin que te hubieras dado cuenta. Terminas por creer que los sutiles sentimientos de felicidad y el resplandor brillante son la esencia incondicionada de la mente. Ajena a tu ignorancia aceptas esta mente majestuosa como si fuera el producto final. Crees que es Nibbana, el vacío trascendente de la mente pura."

"Pero la vacuidad y la luminosidad, la claridad y la felicidad son todas condiciones sutiles de una mente todavía encadenada por la ignorancia. Si observas cuidadosamente el vacío, con una atención sostenida, te darás cuenta de que en realidad no es uniforme, no es realmente constante. La vacuidad producida por la ignorancia primordial es el resultado de condiciones sutiles. A veces cambia un poco sólo un poco - pero sí lo suficiente para que te des cuenta de que es transitoria. Variaciones sutiles pueden ser detectadas, ya que todos los fenómenos condicionados - no importa cuán refinados, brillantes y majestuosos parezcan - siempre manifiestan algunos síntomas irregulares."

"Si es verdaderamente Nibbana, ¿por qué este estado refinado de la mente muestra una variedad de condiciones sutiles? No es constante ni real. Concéntrate en ese centro luminoso para ver claramente que su resplandor tiene las mismas características - siendo

transitorio, imperfecto y carente de esencia - como todos los demás fenómenos que ya has trascendido. La única diferencia es que el resplandor es mucho más sutil y refinado."

"Trata de imaginarte estando de pie en una habitación vacía. Miras a tu alrededor y sólo ves el espacio vacío - en todas partes. Absolutamente nada ocupa ese espacio - a excepción de ti, de pie en el centro de la habitación. Admirando su vacío, te olvidas de ti misma. Te olvidas de ocupar una posición central en ese espacio. Entonces, ¿cómo puede la habitación estar vacía? Mientras alguien quede en la habitación, no está realmente vacía. Cuando finalmente te das cuenta de que la habitación no puede verdaderamente estar vacía, hasta que salgas, éste es el momento en que aquella ignorancia sobre tu verdadero yo se desintegra, y la mente pura, libre de ilusión, surge."

"Una vez que la mente ha dejado de lado los fenómenos de todo tipo, la mente parece vacía de manera suprema; pero el que admira el vacío, el que queda impresionado por el vacío, aquel todavía sobrevive. El yo como punto de referencia, que es la esencia de toda sabiduría falsa, sigue estando integrado en la esencia sabia de la mente. Esta perspectiva del yo es el principal engaño. Su presencia representa la diferencia entre la vacuidad sutil de la mente radiante y la vacuidad trascendente de la mente pura, libre de toda forma de engaño. El yo es el verdadero impedimento. Tan pronto como se desintegra y desaparece, ya no quedan impedimentos. Aparece la vacuidad trascendente. Como en el caso de una persona en una habitación vacía, podemos decir que la mente está realmente vacía sólo cuando el yo la abandona para siempre. Este vacío trascendente es una separación total y permanente que no requiere de esfuerzo adicional para mantenerse."

"La ilusión es una consciencia intrínsecamente ciega, que se disfraza como luminosidad, claridad y felicidad. Como tal, es el refugio final para el yo. Pero esas cualidades atesoradas son todas productos de causas y condiciones sutiles. Verdadera vacuidad sólo se da cuando cada rastro de tu realidad condicionada desaparece."

"En cuanto te des la vuelta y lo conozcas por lo que es, esa consciencia falsa simplemente se desintegra. Nublando tu visión con su esplendor, ese engaño luminoso ha estado ocultando todo el tiempo la maravilla natural y verdadera de la mente."

Volviendo al monasterio de las monjas esa noche, Mae Chee Kaew reflexionó sobre cómo la mente radiante se había convertido en su único apego persistente. Apreciándolo y protegiéndolo más que cualquier otra cosa, no quería interferir con ella. En toda la mente y en todo el cuerpo no destacaba nada tanto como este brillo. Provocaba tal sentido fascinante de asombro interior - y, en consecuencia, tal sentimiento protector de apego – que no quería que nada lo perturbara.

A causa de la ilusión de Mae Chee Kaew sobre la esencia mental que lo sabe todo, se olvidó de investigar y juzgar a la verdadera naturaleza de esa esencia. Cuando el alcance de la mente se retiró hacia dentro, se concentró en un núcleo radiante - brillante, alegre y atrevido. Cada acto mental surgía de ese núcleo. La consciencia fluía de este núcleo. Los

pensamientos se formaban allí. Toda la felicidad parecía concentrarse allí. Así que había creído que debía ser Nibbana, el centro de su ser que era tan brillante y claro todo el tiempo. Pero ahora se dio cuenta de que era en realidad el núcleo del origen del sufrimiento.

Sin miedo e inquebrantablemente, Mae Chee Kaew comenzó a investigar meticulosamente el resplandor extraordinario de su mente, en busca de cualquier signo de imperfección. La mente luminosa aparecía impecable, quieta y muy pura al principio. Pero cuando ella lo miró más de cerca, comenzó a notar que una insipidez igualmente refinada emergía de vez en cuando y que empañaba esa esencia sabia, radiante y cristalina. Esta irregularidad causó la intrusión de una forma igualmente sutil de insatisfacción e incertidumbre. Las fluctuaciones repentinas que ella observaba revelaban suficiente variación para hacerla sospechar y para aumentar su perseverancia. Al final, se enfrascó tanto en la atención a estas fluctuaciones que perdió toda la noción del tiempo. Se olvidó por completo de la hora del día, la hora de dormir, e incluso, de lo cansada que estaba. Sin dar tregua, continuó durante días y días, dándose cuenta de las más mínimas inconsistencias que surgían, hasta que toda la certeza sobre la conciencia radiante se desintegró y desapareció.

Con las primeras luces del amanecer del 1 de noviembre de 1952, Mae Chee Kaew sintió que su cuerpo estaba cansado. Con la atención pura y perfecta, había estado caminando descalza en su camino de meditación durante horas. Decidió descansar durante un rato antes de ir a la cocina para preparar alimentos para los monjes. Los primeros rayos claros del alba empezaban a iluminar el follaje en la punta del árbol phayom, bañando sus flores amarillas en el suave resplandor del despertar inminente. Caminó despacio hacia la plataforma de bambú bajo el árbol, y permaneció sentada completamente inmóvil durante un largo momento - un momento de tranquilidad profunda y serena, sin concentrarse en nada. Un pausa prolongada se produjo en la que nada se movió hacia delante, nada se movió hacia atrás y nada permaneció quieto. Luego, consciente pero sin saber nada en particular, suspendida en el vacío, el resplandor cristalino de la mente que ella había atesorado durante tanto tiempo se volvió de repente se transformó y se disolvió - revelando una presencia pura, que todo lo sabía, que llenó el corazón e impregnaba el universo entero. El sabedor estaba en todas partes, pero nada se sabía. Sin características y sin fuente, emanando de ningún punto en particular, saber era simplemente una ocurrencia espontánea de expansión cósmica. La conciencia radiante se había disuelto en un instante, dejando sólo la pureza de la mente y la libertad esencial del Dhamma puro - un saber absolutamente incondicionado que trascendía completamente todas las formas de concepción humana.

"Cuerpo, mente y esencia son todos realidades distintas y separadas. Se conoce absolutamente todo - tierra, agua, fuego y viento; cuerpo, sensación, memoria, pensamiento y conciencia; lo que se oye, lo que se ve, lo que se huele, sabe, toca y siente; ira, codicia e ignorancia todos se conocen. Las conozco a todos, tal como existen - en sus estados naturales propios. Pero no importa lo mucho que estoy expuesta a ellos, soy incapaz de detectar ni un solo instante en el que tengan algún poder sobre mi corazón. Surgen, se desvanecen. Están siembre cambiantes. Pero la presencia que los conoce nunca cambia por un instante. Es para siempre incondicionado e imperecedero. Este es el final de todo sufrimiento."

Parte Cuarto

Pureza

La gente dice que quieren alcanzar el Nibbana por lo que estiran el cuello y miran hacia arriba a la inmensidad del espacio. No se dan cuenta de que no importa, que por mucho que miren y cuán lejos, no lo podrán encontrar. Simplemente no se encuentra dentro del ámbito de la realidad convencional.

Río y océano

Los ríos fluyen inexorablemente hacia el mar, cada uno con su propio nombre y su propio estado de ser. Una vez que desembocan, sin embargo, en el vasto océano, las aguas se funden en un elemento esencial y los ríos pierden sus identidades individuales. El agua del río todavía está allí, pero ya no tiene características separadas de las del océano. El río y el océano no son ni el mismo, ni tampoco son diferentes. De manera similar, la esencia pura de ser de Mae Chee Kaew se había fusionado en el océano ilimitado de Nibbana. La esencia era la misma; no había cambiado. Pero era indistinguible del elemento esencial del Nibbana del Dhamma puro. Y tal como el agua del río no puede reunirse con la corriente, la esencia fusionada de la mente ya no puede vincularse con momentos anteriores de conciencia de las que había nacido la ilusión de continuidad del yo. Viviendo en el eterno presente, carente de pasado y futuro, la esencia ya no cosecha los frutos del kamma viejo ni siembra las semillas para kamma nuevo. Ya no deja el menor rastro constando su existencia.

Durante días, la esencia iluminada absorbió la atención de Mae Chee Kaew completamente. El resplandor de la mente que ella había valorado tan altamente ahora parecía tosco y mancillado en comparación, como el estiércol junto al oro. Finalmente, a través del flujo natural de la conciencia, la esencia de la mente comenzó a volver a conectar con sus facultades de atención pura y con la presencia física de su cuerpo - los factores de su personalidad mundana que seguían vinculados al ciclo de nacimiento y muerte. La mente consciente de Mae Chee Kaew y su cuerpo físico eran los restos sobrevivientes de eones de kamma antiguo, y continuarían para experimentar las consecuencias de esas acciones pasadas hasta sus desintegración en el momento de la muerte. A pesar de que todo apego a ellos había sido disuelto en el gran océano de Nibbana, cuerpo y mente seguían funcionando de manera habitual en sus propios ámbitos. Pero, dado que la esencia de la mente estaba purificada, cada pensamiento era una expresión de la libertad de ignorancia, y cada gesto era una expresión de la iluminación. Viviendo en el mundo, pero ya no del mundo, la mente de Mae Chee Kaew estaba sin tocar por los deseos mundanos.

Debido a que su cuerpo y su mente eran los resultados del kamma pasado que aún persistía, pensó en desentrañar la tela de su existencia pasada para ver a dónde conducía.

A través del poder de su ojo divino, comenzó a reflexionar sobre la falta de un principio en la historia de su encarnación anterior. Se sorprendió al ver cuántas veces había nacido y cuántas veces había muerto; al ver cuántas vidas se había pasado atravesando la extensión inconmensurable de la existencia consciente. Si los cuerpos innumerables que había descartado en el camino se repartieran por el campo, no quedaría un trozo vacío de tierra. ¡Imagina la cantidad de tiempo que se necesita para nacer y morir tantísimas veces! Era imposible contar todos los nacimientos y muertes. Había demasiados, demasiados como para siquiera intentarlo. Sentía una profunda consternación al repasar su pasado. ¿Por qué, habiendo nacido tantas veces en el sufrimiento, había hecho todo lo posible para volver a nacer?

Con el tiempo su enfoque se dirigió a los cadáveres innumerables que habían sido descartados en la muerte por todas y cada una de las personas que viven en el mundo. Vio la misma situación en todas partes. Todos los seres vivos, fueran hombres o mujeres, tienen exactamente la misma historia de muerte y renacimiento; todos están atrapados en el mismo círculo vicioso. Todo el mundo es igual a ese respecto. No hay injusticia ni desigualdad simplemente causas y condiciones kámmicas que llevan a las muchas formas de surgir y desaparecer. Volviendo hacia atrás indefinidamente, vio existencia sintiente llena de restos de muerte y decadencia. Lo que vio fue inolvidable.

Mae Chee Kaew siempre había sido compasiva – tenía un profundo interés en el destino espiritual de los demás seres humanos. Pero la realidad del Dhamma supremo que ahora llenaba su corazón trasciende todas las formas de la concepción humana. ¿Cómo podía ser posible explicar la verdadera naturaleza de ese Dhamma a los demás? Aunque lo intentara, la gente común, llena de ignorancia, nunca podía aspirar a comprender tal pureza extraordinaria de la mente. Era poco probable que encontrara suficientes oídos receptivos para que la enseñanza valiera la pena. En consecuencia, Mae Chee Kaew inicialmente sintió poco incentivo para hablar de su experiencia. Como si, habiendo encontrado una salida, estuviera satisfecha de escapar sola. Era libre de vivir una vida en perfecta soledad durante sus años restantes. Bastaba con haber realizado plenamente la aspiración de toda su vida, la de alcanzar el Nibbana. No veía ninguna razón para cargarse de pesadas tareas enseñando lo realizado.

Una reflexión más profunda la llevó al Buddha y a su papel de guía en el descubrimiento del verdadero camino de la cesación del sufrimiento. Reconsiderando el Dhamma transcendente y el camino que recurrió para descubrirlo, por fin se reconoció en todos los demás: ella también era una persona como ellos. Ciertamente, otros con fuertes tendencias espirituales eran capaces al igual que ella. Revisando de manera reverente todos los aspectos de las enseñanzas de Buddha, vio su relevancia para las personas en todo el mundo, y sus beneficios potenciales para los que estaban dispuestos a practicar correctamente. Este profundo entendimiento le dio un renovado deseo de ayudar a todo ser viviente que estaba dispuesto a escuchar.

Mae Chee Kaew había pasado casi dos años en un aislamiento virtual dentro del monasterio de monjas, luchando por la liberación con gran intensidad y decisión de concentración. Ahora salió del auto-aislamiento para estar más íntimamente involucrada con los asuntos diarios de su comunidad monástica. Quería asegurarse, lo mejor que pudo, que cada una de sus compañeras espirituales tenía la mejor oportunidad para alcanzar su pleno potencial. Sin embargo, ella estaba algo en desventaja en sus habilidades de enseñanza. Mae Chee Kaew, la persona, era esencialmente una campesina sencilla, sin educación alguna, que nunca había sido muy elocuente al expresar o articular sus ideas. Este aspecto profundamente arraigado de su carácter no cambió al ser un legado kámmico de su personalidad transitoria. Sólo se encontraba cómoda al hablar en el dialecto local de Phu Tai, expresando sus observaciones en el lenguaje sencillo y terrenal de la gente rural. Nunca dispuso del regalo de la habilidad retórica. Por esa razón, sus charlas tendían a ser breves, directas y sencillas – explicaciones sucintas que iban directamente al corazón del asunto, dejando la mayor parte de las implicaciones más amplias a la deducción propia del oyente. Aunque Mae Chee Kaew conocía intuitivamente el sesgo moral fundamental del corazón de cada persona, y también el consejo que cada uno necesitaba escuchar, tenía problemas para articular esa orientación en un largo discurso por incapacidad para elaborar y ampliar verbalmente los conceptos de las formaciones de su mente. Por su profunda sabiduría Mae Chee Kaew tenía claro que los que realmente conocían la verdad permanecían en silencio, mientras que los que hablaban mucho de la verdad, de hecho, sabían muy poco.

La vida en el monasterio de Baan Huay Sai había mantenido el equilibrio entre centrarse en la práctica de la meditación y el servicio a la comunidad local, y Mae Chee Kaew se encontraba en una posición central para hacer frente a las necesidades y aspiraciones de ambas partes. Al darse cuenta de que cada monja practicaba en un nivel específico de su meditación, alentaba a sus hermanas individualmente en su práctica, hablando desde la perspectiva única de alguien que había pasado por todos los niveles, y más allá de todas las barreras. Su diligencia inflexible convirtió su presencia en una inspiración para todas las monjas -un testimonio vivo de sus propias posibilidades inherentes.

Décadas de soportar los rigores de la vida rural la hacían apreciar de manera empática la carga soportada por las mujeres del pueblo en su vida cotidiana. Ahora ella las aconsejó en los asuntos más pequeños y mundanos con sencilla sabiduría, sabiduría casera nacida del respeto y la comprensión mutua. Las que entraron en el monasterio para buscar su ayuda encontraban su semblante sereno y una alegría sincera que elevaba a las gentes ordinarias a un plano consciente mayor y más brillante, más allá del sufrimiento de su existencia mundana. Por encima de todo, ella tomó un interés especial en el bienestar de los seres invisibles de los planos no físicos de la existencia. En las últimas horas de la noche, a menudo recibía visitas de los diferentes reinos espirituales. Predicaba a los fantasmas y seres celestiales en igual número, empleando una fluidez en el diálogo silencioso que había dominado desde una edad temprana. Ya que estos debates fueron

comunicados en el lenguaje del corazón, eludiendo así las limitaciones de la expresión verbal, su consejo fluía libremente, tan libre como su amor y su compasión puros. Debido a estos talentos especiales, Mae Chee Kaew sintió una responsabilidad personal hacia los habitantes de los planos de existencia no físicos durante el resto de su vida. Aun en la vejez y fallando ya su salud, no se cansaba nunca de prestar su asistencia.

Desde el nacimiento pasando por la infancia, hemos dependido de nuestros padres y maestros cuando crecíamos y madurábamos. Hoy estamos aquí gracias a la ayuda que nos han dado. Les debemos una enorme cantidad de gratitud.

Inmensa Gratitud

Ajaan Maha Boowa y sus discípulos se quedaron en los alrededores del pueblo de Baan Huay Sai, viviendo y practicando en la zona varios años más. Por su conocimiento especial, Mae Chee Kaew constantemente sabía dónde se encontraban; conocía siempre sus idas y venidas. En 1953, después de acabar el retiro de las lluvias, Ajaan Maha Boowa tuvo una visión profética durante su meditación. Levitando sin esfuerzo por encima del suelo y preparado para dirigirse a una gran multitud de seguidores, miró hacia abajo para encontrar a su anciana madre, postrada ante él. Mirándole con tristeza a los ojos, ella le rogó que no se olvidara de ella. "¿Nunca vas a regresar?", parecía estar diciendo. Retirándose de la meditación, Ajaan Maha Boowa reflexionó sobre la visión y comprendió que era una clara señal de que ya era hora de ayudar a su madre a comenzar el camino espiritual. Con un profundo sentido de gratitud por los muchos sacrificios que ella había hecho para él, decidió volver a su pueblo natal y ordenar a su madre de 60 años como monja de hábito blanco. Quería darle la mejor de las oportunidades posibles para el desarrollo espiritual durante el resto de sus años. Rápidamente le envió una carta advirtiéndole que empezara a prepararse para ser ordenada como Mae Chee.

Ajaan Maha Boowa pidió a Mae Chee Kaew acompañarle en su viaje a casa. Estaba seguro de que sería una compañera y mentor ideal para su madre - alguien que podía ayudarla durante sus primeros pasos en el camino de la práctica. Dado que la orientación de Ajaan Maha Boowa había hecho posible su propia trascendencia, Mae Chee Kaew sentía una gran devoción hacia él, y un inmenso sentimiento de gratitud que estaba ansiosa por mostrar. Así, acompañada por otras dos monjas, viajó con Ajaan Maha Boowa y sus discípulos en su largo viaje a la aldea de Baan Taad.

El lugar de nacimiento de Ajaan Maha Boowa se encontraba a varios cientos de millas de Baan Huay Sai, en la provincia de Udon Thani. A su llegada en el pueblo de Baan Taad, encontraron a su madre esperando impacientemente su nueva vida. Enseguida se pusieron a la preparación para su ordenación. Reconociendo que su madre era demasiado vieja para andar con él a través de los bosques y las montañas, Ajaan Maha Boowa buscó un sitio adecuado en las cercanías del pueblo de Baan Taad para establecer un monasterio del bosque. Cuando un tío materno y sus amigos ofrecieron un pedazo de tierra arbolada de unos 70 acres más o menos a una milla al sur de la aldea, Ajaan Maha Boowa aceptó. Decidió instalarse allí y construir un monasterio, donde monjes y monjas podían vivir en

tranquilo recogimiento. Dio instrucciones a sus seguidores para construir una sala sencilla de bambú y con el techo de paja, además de una cabañas pequeñas de bambú para los monjes y las monjas.

Después, Ajaan Maha Boowa llevó a su madre, Mae Chee Kaew y a un grupo de monjes consigo en un largo viaje a la provincia suroriental de Chantaburi, una región costera de pescadores y cultivadores de fruta. Allí pasaron el retiro de las lluvias de 1954, encontrándose con un problema inesperado que aceleró su partida. Su madre y Mae Chee Kaew pronto encontraron dificultades para adaptarse al nuevo clima, más húmedo, y a la tan diferente comida. Era muy diferente de la cocina sencilla en las tierras llanas de la región noreste. Poco después, la madre de Ajaan Maha Boowa cayó enferma de una dolencia no diagnosticada. A finales de la estación de las lluvias, su estado había empeorado en una parálisis progresiva que inhibía seriamente sus movimientos. Ajaan Maha Boowa decidió que rápidamente tenía que acompañar a su madre de vuelta a la tierra familiar del pueblo de Baan Taad y buscar allí tratamiento para su dolencia. En el momento en el que finalmente llegó a casa con todo su grupo, ya había una sala recién erigida y cabañas en los terrenos forestales del nuevo monasterio.

Una vez de vuelta en el monasterio nuevo, Mae Chee Kaew se puso rápidamente a trabajar. Siempre había sido sensible a las propiedades curativas naturales inherentes a las plantas silvestres del bosque. Estos conocimientos le dieron una excepcional comprensión de los medicamentos tradicionales a base de hierbas. Hábilmente buscaba raíces indígenas y tubérculos en los bosques que rodeaban el monasterio, plantas locales a las que el cuerpo de la vieja Mae Chee tenía más probabilidades de responder. Usándolas con buenos resultados, Mae Chee Kaew empezó a tratar a la madre enferma de Ajaan Maha Boowa. Con cuidado, ajustando las proporciones de las hierbas medicinales para adaptarse a los condiciones y síntomas cambiantes de su paciente, cuidaba a la madre de su maestro con dedicación.

Entregándose al cuidado constante de Mae Chee Kaew y las propiedades terapéuticas de sus plantas medicinales, la madre de Ajaan Maha Boowa poco a poco recuperó su salud. Primero recuperó el movimiento. Entonces, después de una larga convalecencia, que duró casi tres años, finalmente recuperó el pleno uso de sus extremidades.

Durante esos primeros años la vida en el monasterio del bosque de Baan Taad fue extremadamente difícil. Todos los artículos de primera necesidad eran escasos. Mae Chee Kaew y las demás monjas hicieron sus hábitos de sudarios para cubrir cadáveres. Sus almohadas se llenaban con paja que se había ofrecido a los monjes. Sus sandalias eran cortadas de bandas de rodadura de los neumáticos viejos. La comida era casi siempre muy sencilla y sin sabor, y sólo había suficiente para pasar de día en día. Más tarde le resultaría difícil a Mae Chee Kaew describir lo difícil que era vivir en el monasterio del bosque de Baan Taad durante aquellos primeros años.

En 1960, el mundo exterior comenzó a afectar a la tradición de la meditación en el bosque de una forma que alteró para siempre el paisaje tradicional. La deforestación fue rápida y generalizada, lo que obligó a los monjes del bosque a modificar y, finalmente, reducir su estilo de vida errante. A medida que el entorno geográfico cambiaba, el monasterio del bosque de Baan Taad se encontraba en la vanguardia de los esfuerzos para establecer comunidades monásticas permanentes donde los monjes y monjas practicantes podrían seguir el legado de Ajaan Mun, esforzándose por mantener las virtudes de la renuncia, la disciplina estricta y la meditación intensiva. Con su presencia carismática y su naturaleza franca, Ajaan Maha Boowa se convirtió en una figura central para los esfuerzos por mantener la continuidad dentro de la fraternidad de los monjes del bosque, y así preservar el estilo único de la práctica de Ajaan Mun para las generaciones futuras. Mostrando una sabiduría y gran habilidad retórica impecables, trabajaba incansablemente para presentar la vida y las enseñanzas de Ajaan Mun a una audiencia cada vez mayor. Los practicantes pronto comenzaron a sentirse atraídos por el monasterio de Ajaan Maha Boowa con la esperanza de recibir instrucción de un maestro verdadero. La afluencia de los buscadores finalmente transformó el monasterio en un centro reconocido de la práctica buddhista. Durante este proceso, Mae Chee Kaew, con su estilo sencillo y poco sofisticado de hablar, se quedó a la sombra de su distinguido maestro, apoyando a las mujeres que venían a unirse a la comunidad monástica y aconsejándolas en voz baja.

A medida que la salud de la madre de Ajaan Maha Boowa mejoró, Mae Chee Kaew suavemente la persuadió para concentrarse plenamente en la meditación. Queriendo que desarrollara una base sólida en la práctica, inculcó a la mujer mayor esforzarse con diligencia y esperar pacientemente a los resultados. El ritmo de su progreso dependería en gran medida de la cantidad de tendencias virtuosas que había acumulado del pasado, y de la cantidad de esfuerzo que actualmente ponía en la meditación en posición sentada y caminando. A fuerza de cultivar la virtud constantemente y no permitir nunca que el mal entrara en sus pensamientos, la presencia de su mente sería más clara y su comprensión más penetrante. Más tarde se daría cuenta de que todo es creado por la mente. Los ojos ven imágenes; los oídos oyen sonidos; la nariz huele olores; la lengua gusta sabores; el cuerpo siente sensaciones táctiles; y el corazón experimenta emociones. Pero la mente es consciente de todas esas cosas. Las conoce y piensa acerca de ellos, imaginándolos ser algo concreto y real. Mediante el cultivo de la atención pura espontánea y la sabiduría, las actividades de la mente pueden ser vistas como lo que realmente son: transitorias, insustanciales y ligadas con el sufrimiento.

Sin el enfoque adecuado, las impurezas arrastrarán a la mente a a su paso, abrumándola con su impulso natural de gran alcance. Antes de que uno se de cuenta de lo que ha sucedido, la lujuria, la ira, la codicia y la ignorancia se han hecho cargo, y la presencia de la mente se pierde. Para evitar ese lapso, Mae Chee Kaew instó a la anciana a observar su mente con cuidado y aprender a discernir el movimiento de sus influencias profanas.

Las palabras sabías y alentadoras de Mae Chee Kaew inspiraron a la madre de Ajaan Maha Boowa, y pusieron su meditación firmemente en el buen camino. Con el paso de los años, su corazón desarrolló un sólido fundamento espiritual. En el momento de la partida de Mae Chee Kaew del monasterio del bosque de Baan Taad en 1967, había logrado en colocar a la anciana Mae Chee de lleno en el camino noble del Buddha.

Antes de hacer una pregunta, buscar la respuesta dentro de tí mismo. Sí buscas, a menudo encontrarás la respuesta por tu cuenta.

Compromiso permanente

En el año 1967 la madre de Ajaan Maha Boowa y las demás Mae Chees que practicaban orientadas por Mae Chee Kaew, ya estuvieron firmemente establecidas en los principios de la meditación. Con la aprobación de Ajaan Maha Boowa, Mae Chee Kaew respetuosamente se despidió de él y volvió al monasterio de monjas en Baan Huay Sai. Durante su larga estancia en el monasterio del bosque de Baan Taad, Mae Chee Kaew se había preocupado por sus hermanas y había mantenido el contacto con ellas. Viajó varias veces al año para visitar a las monjas en Baan Huay Sai, llevando consigo suministros muy necesarios para complementar su almacén de recursos básicos. Ahora, con la bendición de Ajaan Maha Boowa, ella regresó a su residencia en el monasterio de monjas fundado por ella. Mae Chee Kaew siguió viviendo allí hasta su fallecimiento, 24 años más tarde.

Al volver a Baan Huay Sai, Mae Chee Kaew reanudó sus obligaciones como líder espiritual del monasterio de monjas. La vida allí había seguido siendo tranquila y sencilla, con énfasis en el desarrollo de la atención plena en todas las actividades diarias. Todas las monjas cumplieron con los principios rectores estrictos que Mae Chee Kaew había establecido para ellas y observaban conscientemente los ocho preceptos morales. A su manera tranquila pero contundente, inculcó a todo el mundo las virtudes de la renuncia:

"Ahora que has sido ordenada y has venido a vivir en este monasterio conmigo y las demás monjas, siempre has de pensar, hablar y actuar con las más nobles intenciones. Has renunciado al mundo terrenal con el fin de entrenarte en el arte de la limpieza de tu corazón. No te preocupes por la vida mundana que has dejado atrás. Es hora de dejar de preocuparse por el hogar y la familia."

Ella advirtió a las monjas que nunca hablaran de asuntos indecentes; sino que hablaran sólo de cuestiones de sustancia real. Quería que fueran monjas ejemplares, pacientes en su capacidad de resistencia a condiciones de vida difíciles, diligentes en su práctica de la meditación, y esforzándose siempre para conocer la verdad sobre sí mismas. No debían quejarse sobre la pérdida de oportunidades en el pasado o anticipar recompensas futuras. Tales pensamientos sólo las engañarían. Las invitó a luchar contra las tendencias a la pereza, y no simplemente entregarse a sus almohadas. Tenían que observar sus pensamientos con cuidado y buscar sólo la verdad que había dentro de sus propios corazones.

Ella quería que sus estudiantes confiaran en el camino del Señor Buddha. Al mismo tiempo, las animaba a enfocarse intensamente en cada paso hacia adelante en sus intentos de encontrar su propio camino. Porque ese camino se encuentra dentro del corazón y de la mente de cada individuo, le correspondía a cada una de sus estudiantes buscar dentro de sí misma para descubrir la manera de trascender el sufrimiento. Las animó a seguir siendo inflexibles Y diligentes hasta llegar a la meta final.

Cada vez que sintió que las monjas se abandonaban, las desafió a evaluar su progreso:

"Muchas de vosotras han estado estudiando conmigo durante mucho tiempo, pero ¿cuántos éxitos reales podéis contar? Vuestros apegos en estos momentos son mucho más numerosos que vuestros logros. Si no me creéis, preguntároslo a vosotras mismas: ¿Con cuántos apegos he terminado realmente? Incluso los devas celestiales sólo nacen para morir y nacer de nuevo. Al igual que vosotras, están apegados a la importancia de su vida fugaz. Es precisamente este anhelo de nacimiento, este anhelo de la vida, que hace que todos los seres continuamente renazcan en este mundo de sufrimiento."

"No hay lugar para la negligencia en la vida espiritual. Ahora estáis luchando por la virtud moral y la verdadera felicidad. Muchas de nosotras, viejas y jóvenes, estamos viviendo esta vida juntas. Todas tenemos que soportar pacientemente las dificultades inevitables de la existencia sencilla de una monja sin llegar a ser perezosas o descontentas. Que el amor y la compasión sean tu pronta respuesta a cada situación. Se amable y respetuosa con tus hermanas espirituales, y acepta la crítica de tu maestra con gratitud. Cuando me quejo de tu comportamiento, entiendo que te estoy enseñando. Mis críticas son expresadas por tu propio bien. Es imperativo que muestres respeto para con tu maestra y todas las demás monjas. Se espera de una monja más joven en años de ordenación que se incline ante las monjas que tienen más años en ordenación, incluso si esa monja es más antigua simplemente por un día. Mientras aceptéis de buena gana vuestro estatus correcto en la comunidad, todos vamos a vivir juntas con un espíritu de contento. El amor benevolente, la compasión y la alegría simpática se desarrollarán y expandirán hasta llenar nuestros corazones, extendiéndose entre nosotras y a todos los seres vivos en todas partes."

Ajaan Maha Boowa hacía visitas periódicas al monasterio, y con frecuencia elogiaba a Mae Chee Kaew como un ejemplo destacado para ser emulado por monjas y devotos laicos. En realidad, su práctica de Dhamma era un modelo que todos los buddhistas deberíamos seguir. Invitó a sus discípulos a reflexionar sobre su valentía y determinación excepcionales, y sobre su sabiduría y compasión supremos. Eran las cualidades que mantenían a flote su práctica y estabilizaban su rumbo, y finalmente la entregaban al estado inmortal más allá de toda posibilidad de deterioro. Trascendiendo tanto el sufrimiento como la felicidad, Mae Chee Kaew practicaba la enseñanza del Dhamma del Buddha, completamente Iluminado, hasta su trascendencia final.

Como discípulos del Buddha, no debemos vivir nuestra vida sólo para estar expuestos al final a la putrefacción y la descomposición sin haber encontrado algo genuino dentro de nosotros mismos. Cuando llegue la muerte, muere soltando el cuerpo y la mente, abandonándolos sin apego.

Pureza de corazón

Durante los próximos diez años Mae Chee Kaew se dedicó enérgicamente al bienestar espiritual de la comunidad que había fundado. Entonces, repentinamente, en junio de 1977 cayó gravemente enferma. Los síntomas se habían ido acumulando en su cuerpo por algún tiempo. Pero, no queriendo incomodar a las demás, había guardado silencio sobre ellos. Cuando ya no pudo ocultar su condición, fue ingresada en un hospital. Los médicos descubrieron que tenía tuberculosis en uno de sus pulmones. Pruebas posteriores revelaron que tenía también diabetes. Para entonces, su cuerpo estaba débil y pálido, y atormentado por un dolor severo. Sus síntomas ya habían alcanzado un nivel crítico. Temiendo lo peor, el personal médico sospechaba que su caso era terminal. El pronóstico más favorable era que podría vivir otro año o dos con atención médica constante. Luego, cuando Mae Chee Kaew comenzó a resollar y a toser sangre, se realizaron más pruebas. Los médicos descubrieron un tumor maligno en el otro pulmón. Confirmadas tres enfermedades ahora tuberculosis, diabetes y cáncer -sus perspectivas de supervivencia se atenuaron.

Un mes después de ser admitida, Mae Chee Kaew insistió en abandonar el hospital y regresar a su monasterio, a pesar de que su condición seguía siendo muy crítica. Si ella iba a morir, prefería morir en la paz y tranquilidad del bosque que amaba, rodeada por la atención y el afecto de sus compañeras espirituales. Aunque su cuerpo estaba agobiado por la enfermedad, su corazón estaba libre de todas las cargas. Mae Chee Kaew no se preocupaba por su propio bienestar, y no tenía miedo a morir. El bienestar de sus compañeras, sus seguidores y sus amigos era mucho más importante para ella. Su naturaleza brillaba con tanta claridad que les iluminaba el camino y aligeraba sus corazones. Las dificultades parecían disolverse en presencia de su amor puro. Sólo había un lugar donde quería vivir sus últimos días: el lugar en el que pudiera ser de más beneficio para más personas.

Una médico de Bangkok, una seguidora con el nombre de Dr. Pensri Makaranon, se ofreció a unirse a Mae Chee Kaew en Baan Huay Sai para supervisar el tratamiento médico. La Dr. Pensri, que había practicado medicina durante 20 años, inició el tratamiento de la tuberculosis y de la diabetes con los remedios más modernos conocidos por su profesión. Administraba un régimen estricto de antibióticos para combatir la

tuberculosis y dio inyecciones regulares de insulina para controlar la diabetes. Pero, para el cáncer no tenía remedio, así que no pudo administrar ninguno.

La Dr. Pensri recordaría más tarde que el tratamiento de Mae Chee Kaew fue lo más difícil de su carrera médica. Ella sentía que carecía de la la formación espiritual necesaria para tratar a una arahant lo mejor posible, sin faltar, al mismo tiempo, a los deseos de su ilustrada paciente. Consciente de que las personas que se recuperan de una enfermedad morirán de otra, la Dr. Pensri se centraba en tratar la persona enferma, no la enfermedad. Ya que Mae Chee Kaew ya sabía que iba a morir un día de todos modos, la médico simplemente hizo todo lo posible para garantizar la mejor comodidad de Mae Chee Kaew. Por esta razón, cada vez que la Dr. Pensri quiso dar a Mae Chee Kaew una medicina en particular, la médico explicaba su diagnóstico y describía el tratamiento recomendado. La decisión de aceptar o no el tratamiento recomendado era después de Mae Chee Kaew. Si se negaba, la Dr. Pensri no la presionaba de ninguna manera.

A pesar de que se prolongó durante 14 años más, su mala salud no evitaba que Mae Chee Kaew cumpliera con sus obligaciones religiosas y la práctica de la meditación. Simplemente seguía viviendo la vida lo mejor que podía compensando las enfermedades mediante la adaptación de una rutina diaria para corresponder al aumento de las limitaciones impuestas por la decadencia física. Su presencia exudaba una suavidad y humildad excepcionales. Nunca se cansó de ensalzar las virtudes de aquellos que le prestaban ayuda. En agradecimiento a la generosidad de la doctora, siempre elevaba los medicamentos que recibió por encima de su cabeza con ambas manos antes de tomarlos. Trataba a cada persona que se presentaba en su monasterio de monjas de la misma manera, sin prejuicios, y respondía a sus preguntas con palabras inspiradoras de sabiduría. Su mente seguía siendo clara, y no paraba de enseñar. Sabiendo que el cuerpo humano está atrapado en una marcha imparable hacia la muerte, aceptó su condición sin remordimientos, y desinteresadamente compartió su tiempo y energía restantes con los que venían a buscar su gracia.

A lo largo de su prolongada enfermedad, era cada vez más difícil para Mae Chee Kaew comer y digerir los alimentos. Como consecuencia de ello, comía con moderación, un pequeño bocado cada vez. La mayoría de sus dientes los había perdido por los estragos de la vejez, por lo que masticaba muy lentamente y con determinación, tardando a menudo una hora para terminar una ración escasa de comida. A veces, debido a la debilidad o falta de interés, se dormía mientras masticaba. Ella sabía que la forma humana no tiene esencia duradera; pero, sin embargo, aguantarla era realmente una carga pesada. Y cuánto más vieja y frágil se hacía, más pesó esta carga.

El marco físico de Mae Chee Kaew se derrumbó poco a poco; sus facultades poco a poco se fueron consumiendo. Conociendo la verdad sobre el cuerpo humano, no esperaba menos. Desarrolló glaucoma en un ojo, causado por su presión arterial al elevarse peligrosamente. Pero se negó incondicionalmente a recibir tratamiento médico. La

naturaleza simplemente tomaba su curso, así que dejemos que lo haga. Muchos meses después, cuando por fin se dispuso un examen médico, los doctores descubrieron que el glaucoma había causado ceguera en un ojo. El otro ojo llevaba una capa opaca de cataratas, aunque su efecto no fue tan grave como para impedir que viera.

También sufría de un dolor de espalda debilitante, que causó que caminara con la espalda encorvada, lo que obstaculizaba enormemente sus movimientos. Sus piernas se hacían débiles, y pronto fue incapaz de moverse sin ayuda. Finalmente, una mañana se despertó y vio que ya no podía caminar. Ahora debe ser llevada a todas partes, incluso para bañarse y aliviar el cuerpo.

Mae Chee Kaew había dedicado su vida al buddhismo en un espíritu de amor y amistad. Incluso cuando la muerte se acercaba, fue un ejemplo trabajando sin descanso para ayudar a los demás, impresionando a largo plazo a sus discípulos más cercanos y al médico que la cuidó con tanta devoción. A pesar de que su cuerpo estaba atormentado por el dolor, permaneció imperturbable y nunca se quejó. Libre de sufrimiento, conociendo los muchos reinos de la existencia sintiente, conociendo sus vidas pasadas y su iluminación actual, sabiendo cómo realizar milagros y leer las mentes de otros, Mae Chee Kaew estaba impasible de manera serena ante el estrés de las dificultades físicas.

Con la barbilla caída, la cara hundida, la piel de color de ceniza y arrugada profundamente, el cuerpo de Mae Chee Kaew yacía en su lecho de muerte, proclamando en voz alta los signos inconfundibles de la edad y la enfermedad. Sus facultades de mantener la vida sucumbían lentamente al estrés, desgastándose y desfalleciendo, como si la fuerza vital se dispusiera a irse. Cuerpo y mente esperaban que el kamma pasado soltara su control y permitieran que comenzara su cesación. Sin embargo, vacía de mente y cuerpo, la esencia pura indestructible lo impregnaba todo, y esperaba nada.

Cuando Ajaan Maha Boowa vino a visitar ese día a su discípulo en crisis, les aconsejó a los médicos que la atendían que permitieran que la naturaleza siguiera su curso. Mae Chee Kaew había vivido su vida por el bien de los demás. Ahora había llegado la hora en la que la tenían que dejar morir en paz. No debían perturbar la ida final de una arahant. Para entonces, sus pulmones se había hecho tan densos y se habían obstruido con líquido de tal manera que apenas podía respirar. Su cuerpo demacrado yacía rígido e inmóvil, con la boca estando abierta, los ojos medio cerrados. Buscando señales de vida, sus asistentes ya no podían escuchar los sonidos de la respiración. Era obvio que el fin se estaba acercando, y ninguno de ellos se atrevió a quitarle sus ojos de encima. A medida que su respiración se hizo más débil y más fina, disminuyendo muy suavemente, finalmente pareció cesar por completo. Terminó con tanta delicadeza, tan serenamente, que nadie estaba seguro de en qué momento preciso había fallecido finalmente. Su presencia física se mantuvo tan quieta y tranquila que no reveló nada fuera de lo común.

Mae Chee Kaew murió en completa paz en la mañana del 18 de junio de 1991. Su esencia individual, fluyendo libremente como un arroyo, fusionándose con ríos y mares, al fin se había disuelto por completo en un océano amplio y tranquilo de vacío intemporal. Poco después, Ajaan Maha Boowa llegó a ver su cuerpo. Se quedó de pie en silencio durante largo rato contemplando el cadáver marchito envuelto cuidadosamente en una tela blanca y fina, y después, solemnemente, llevó a cabo un baño ritual. Puso la fecha para su cremación, el 23 de junio, lo que dio tiempo suficiente para que sus familiares y fieles seguidores en sitios distantes presentaran sus respetos finales y participaran en la ceremonia. Ajaan Maha Boowa se negó a permitir los cantos típicos de un funeral durante la ceremonia, argumentando que Mae Chee Kaew ya había logrado el cumplimiento dentro de sí misma, y nada más tenía que añadirse.

En la tarde del 22 de junio, Ajaan Maha Boowa dio una charla de Dhamma para inspirar a la gran multitud de monjes y simpatizantes que se habían reunido para honrar a Mae Chee Kaew, la principal arahant femenina de la era moderna.

"En la muerte, Mae Chee Kaew dirige nuestra atención hacia la verdadera naturaleza de este mundo: ya que todos nosotros, sin excepción, moriremos un día. Habiendo nacido como seres humanos, debemos hacer buen uso de este nacimiento auspicioso, ya que es nuestra mejor oportunidad para luchar por la perfección espiritual dentro de nuestros corazones. No hay razón para dudar de las Enseñanzas del Señor Buddha. Las Cuatro Nobles Verdades son testimonio de su veracidad. Si seguimos fielmente la enseñanza del Buddha en nuestra práctica de meditación, desarrollaremos inevitablemente los caminos y su fruición a la perfección." "Mientras haya gente que practique el buddhismo correctamente, el mundo nunca estará desprovisto de arahants. Mae Chee Kaew era un ejemplo brillante de esta verdad, un arahant moderno de rara virtud. Ella murió, al igual que le pasará al resto de nosotros; sin embargo, fueron las cualidades virtuosas que había desarrollado en lo profundo de su corazón que tienen verdadero significado - la verdadera esencia de su ser - y no su muerte. El corazón es fundamental. Dicta todas nuestras acciones, tanto buenas como malas. Por lo tanto, corresponde a nosotros desarrollar nuestros corazones al máximo, mientras todavía tenemos la oportunidad de hacerlo. " La ceremonia de cremación para Mae Chee Kaew se llevó a cabo al día siguiente por la tarde, dentro del complejo del monasterio de monjas en Baan Huay Sai. Más de 200 monjes y miles de dedicados seguidores laicos asistían para darle un homenaje final. Como gesto de devoción y respeto, largas filas de monjes, monjas y seguidores laicos desfilaron ante su ataúd, colocando flores hechas de virutas brillantes de madera de sándalo fragante alrededor del ataúd adornado, hasta que se amontonaban en la pira funeraria. Mientras la multitud estaba sentada en silencio reverente, Ajaan Maha Boowa acercó una llama a la yesca seca debajo del ataúd. Las llamas se dispararon y columnas de humo espeso se elevaban alrededor de la hoguera y subían al aire en la tarde calurosa. De repente, y bastante inesperadamente, comenzó a caer una lluvia refrescante y suave sobre toda la asamblea.

Ya avanzada la noche, cuando el fuego se había consumido y las cenizas empezaron a desmoronarse y enfriarse, los monjes y las monjas se reunieron en silencio alrededor de los restos humeantes de la pira funeraria de Mae Chee Kaew. El calor extremo de la pira había causado la rotura de los huesos de su cuerpo y su desintegración, dejando tras de sí muchos fragmentos pequeños y porosos, blanqueados hasta adquirir un tono blanco ceniciento por el fuego. Con cautela, con una sensación de temor y reverencia, los monjes con más años recogieron los fragmentos de hueso de la ceniza gris y negra, colocando las piezas con cuidado sobre bandejas con tela blanca. Las reliquias fueron recuperadas con gran cuidado y se mantuvieron solemnemente hasta la mañana siguiente, cuando innumerables fragmentos de huesos del cuerpo de Mae Chee Kaew fueron compartidos entre sus seguidores fieles como recuerdos sagrados. Han sido apreciados desde entonces como joyas raras de virtud pura. Siendo las reliquias de un arahant, están infundados con una potencia supramundana e espiritual que bendice a sus poseedores con buena fortuna – e incluso parece que con milagros - en proporción directa a la fuerza de fe y virtud que los propietarios mantienen en sus corazones.

En los siguientes meses y años, muchos de los pedazos de hueso sufrieron una transformación milagrosa. Con el tiempo, los elementos físicos poco a poco se unieron y cristalizaron, formando piedras preciosas densas y duras - algunas translúcidas como el cristal, otros de colores y pulidos como guijarros de playa. Tales reliquias de hueso, los restos físicos de la esencia pura de un arahant, son un misterio inefable de la esencia pura de la mente: fragmentos de huesos sin vida transmutando en diamantes y perlas. Indican el efecto de purificación que la mente pura de un arahant ejerce sobre los elementos materiales del cuerpo. El nivel intrínseco de samadhi que un arahant mantiene en todas las actividades diarias trabaja constantemente para limpiar estos elementos básicos hasta que también se purifiquen. Esta acción purificante resulta en una transmutación de hueso ordinario en reliquias cristalinas después de su muerte. La belleza extraordinaria de las reliquias de los huesos de Mae Chee Kaew y su brillantez a menudo eran citados como prueba – si fueran necesarias más pruebas – de que efectivamente era una ariyasāvikā, una hija auténtica del Señor Buddha.

Epílogo

Ajaan Inthawai Santussako, un monje mayor altamente respetado en la tradición tailandesa del bosque, tomó un interés especial en Mae Chee Kaew y su legado perdurable. Nacido en una aldea cerca de Baan Huay Sai y ordenado como novicio a la edad de once años, había conocido a Mae Chee Kaew desde la infancia. Se decía que compartían una conexión espiritual desde hacía muchas vidas - una relación kámmica que la misma Mae Chee Kaew reconoció en diferentes ocasiones. Poco después del funeral, Ajaan Inthawai decidió honrar su memoria con un monumento dando forma y aspecto a su gracia simple y pura compasión. Tuvo la visión de un lugar donde gente de todos los sectores de la vida pudiera reunirse para recordar su virtud extraordinaria y rendir homenaje a las reliquias de un arahant femenino.

Después de muchos años de cuidadosa planificación, su visión finalmente se convirtió en realidad. Conjuntamente con un grupo de ingenieros de ferrocarril de Bangkok, Ajaan Inthawai diseñó y construyó una stupa memorial con una amplia base trapezoidal rematada por un chapitel con gracia convergente. El edificio tomó forma en un tramo de tierra alto y plano adyacente al monasterio de monjas de Baan Huay Sai - una imponente estructura que se levanta cerca de 80 pies de la base hasta la corona. La stupa que alberga sus reliquias se encuentra rodeada por una piscina circular de agua limpia y fría, su superficie está llena de rosas y flores de loto púrpuras. El agua está bordeada por secciones ajardinadas de jardines de flores tropicales entremezclados con formaciones rocosas naturales y cubiertos por hileras de arbustos bien recortados. Árboles altos que dan mucha sombra trazan la línea de su periferia. Una atmósfera de paz y serenidad inusual impregna todo el área.

La Stupa en Memoria de Mae Chee Kaew fue inaugurada oficialmente el 21 de mayo de 2006. Desde entonces se ha convertido en un lugar de peregrinación para buddhistas devotos de todo el mundo. Sus reliquias magníficas, parecidas a piedras preciosas, están dispuestas de manera destacada en el altar. La stupa contiene tres estatuas de tamaño natural de Mae Chee Kaew. En la estancia principal se encuentra una estatua de Mae Chee Kaew de pie hecha de materiales compuestos. En el segundo piso de la stupa, en lo alto del altar del santuario hay una reproducción sentada de cera elegante, vestida con el hábito blanco de una mae chee. Una estatua de pura fibra de vidrio blanco que la representa caminando en meditación domina el piso bajo de la stupa. Las puertas y ventanas intrincadas de cobre en el segundo piso fueron diseñadas y construidas por un artista nacional de renombre.

Ajaan Maha Boowa amablemente presidió la ceremonia oficial de apertura, cuando sus reliquias fueron incluidas formalmente en la stupa.

> "En esta auspiciosa ocasión estamos honrando a Mae Chee Kaew, una discípula noble de Ajaan Mun cuyos huesos han sido transformadas ahora en reliquias exquisitas de cristal. El logro del estado de arahant no depende del género. Cuando cualquier persona, sea hombre o mujer, tiene éxito en eliminar todas las impurezas mentales a través de la perfección de la virtud espiritual, esa persona se convierte en arahant. Todos debemos esforzarnos por seguir el ejemplo excelente que dio Mae Chee Kaew perfeccionando la virtud espiritual en nuestros propios corazones. El respeto incondicional por su logro espiritual supremo es equivalente a admirar al Señor Buddha, el Dhamma y el Sangha. Todos podemos refugiarnos en su intachable pureza ".

Enseñanzas recopiladas

Habiendo nacido en este mundo, debes confiar en tu sabiduría innata. Puedes buscar dolor o placer, buscar cosas de valor o cosas sin valor alguno. Dependiendo de la dirección que elijas, puedes encontrar el cielo o el infierno, o los caminos y fruiciones que conducen al Nibbana. Puedes encontrar cualquier cosa: tú decides.

La bondad de los demás es la suya propia. No podemos compartir los frutos de sus acciones, por lo que debemos hacer buenas obras nosotros mismos.

No dudes de la eficacia del kamma ni subestimes las consecuencias de tus acciones. Como seres humanos, deberíamos sentir compasión por el sufrimiento de todos los seres vivos, porque todos experimentamos sufrimiento como resultado de nuestros actos pasados. En este sentido, todos somos iguales. Lo que nos diferencia como buenos o malos, ordinarios o refinados, es el tipo de acciones que hemos cometido en el pasado.

No puedes sembrar suficiente hierba tú sólo para cubrir todos los tejados de la ciudad. Sé generoso según tus posibilidades.

No vayas presumiendo y jactándote por toda la ciudad. Si algo hace que te vean con malos ojos, tendrás que esconderte, como una rana que salta al agua tan pronto como ve venir a alguien. Si eres tonto, no te anuncies como si fueras inteligente.

Los que no pueden frenar su habla no son conscientes de si tienen razón o no con lo que dicen. Los que conocen la verdad por lo general permanecen en silencio; los que hablan a menudo de la verdad saben muy poco sobre ella.

Sé determinado en la observación de tus acciones físicas, de tu habla y de tu mente, y compórtate de manera calmada. No hables demasiado ni crees dificultades para ti mismo. No pierdas tu auto-control ni les faltes al respeto a los mayores. Cuida tus palabras, y ríe comedidamente.

No importa lo cercana que te sientas a alguien, no te permitas descuidar las palabras. No importa qué tan frustrada que estés, no te permitas hablar con enojo.

No seas hábil y astuto, tratando de engañar a la gente para que piensen que eres una buena persona cuando no lo eres. Una persona que finge la virtud y la inteligencia en realidad es un idiota estúpido y tonto, que carece de bondad moral.

Habiendo nacido en el mundo, damos mucha importancia a los días y los meses y los años que pasan. Creemos en la importancia de nuestras vidas y de las vidas de otros. Por esta razón, nuestras mentes están constantemente preocupadas por el dolor y el sufrimiento. Tan pronto como nacemos nos aferramos con fuerza a nuestro precario

estado y empezamos a preocuparnos. Tenemos miedo de esto y tememos lo otro. Nuestras mentes son inmediatamente consumidas por las influencias mundanas y las tendencias engañosas impulsadas por la codicia, el odio y el miedo. Hemos nacido con esta condición, y si no hacemos algo al respecto ahora, vamos a morir todavía llevando esas tendencias con nosotros. ¡Qué pena!

El sufrimiento -una vez nacidos, es todo lo que tenemos; desear, no desear, estar satisfechos o insatisfechos; sentados, acostados, comiendo, aliviándonos - pero no hay alivio. Siempre hay sufrimiento. Así que, cuando meditamos, deberíamos examinar este montón de sufrimiento en su totalidad.

Nunca estamos satisfechos. Nos gusta escuchar el sonido del canto de los pájaros, pero luego nos enojamos cuando hacen demasiado ruido.

Los corazones de la gente están tan atascados con el dolor y el sufrimiento que no pueden ver nada con claridad. Al correr detrás de sus deseos y deleitándose en ellos, la gente estúpida da la bienvenida al sufrimiento con los brazos abiertos. Confunden el sufrimiento con la felicidad. La gente inteligente mira al interior y se examinan a si mismos hasta que ven lo que realmente es la felicidad y lo que el sufrimiento es en realidad. Sus corazones no se obstruyen tan fácilmente. Cuando observan su propia terquedad, reconocen esa terquedad. Cuando ven oscuridad, ellos reconocen la oscuridad. Cuando ven estupidez, también la reconocen. Buscan sus propios defectos; no tratan de culpar a otras personas.

La virtud moral se basa en la renuncia. La verdadera bondad se encuentra en el corazón.

Observa bien tu propio corazón y mente. Examínalos de cerca. Sólo allí encontrarás el cielo y el infierno, el noble sendero que conduce a la iluminación, y lo que es seguro, más allá de todo dolor y sufrimiento.

No te resientas la crítica ni te sientas elogiado por la alabanza. Simplemente concéntrate en tu práctica de meditación desde el alba hasta el anochecer. Desarrolla virtud espiritual de día y de noche, y siempre di la verdad.

Ser honesto contigo mismo es la base de la virtud moral. Conócete a ti mismo, acepta tus faltas y trabaja para superarlas. No ocultes nada de ti mismo. Sobre todo, no te mientas a ti mismo. Mentirse a uno mismo es una violación fundamental de la virtud moral. Puedes mentirle al mundo entero si quieres, pero nunca debes mentirte a ti mismo.

Cultiva tu mente, como un agricultor cultiva sus campos. Poco a poco despeja la tierra; preparar el suelo; ara las filas; siembra la semilla; echa el estiércol; riega las plantas y quita las malas hierbas y, finalmente, recogerás una cosecha dorada.

Si no practicas, no aprenderás a meditar. Si no ves la verdad por tí mismo, no entenderás realmente su significado.

No permanezcas inactivo, alegando que hace demasiado frío por la mañana, demasiado calor por la tarde y que tienes demasiado sueño por la noche, y luego quejándote de que no tienes tiempo suficiente para practicar la meditación. No escuches la melodía profana de la pereza ni te opongas a la enseñanza de los sabios. Una persona tímida que se escucha sólo a sí misma está tan ocupada buscando a tientas su almohada que nunca puede avanzar en el camino hacia la iluminación.

Sé decidido al desarrollar tu mente practicando diligentemente la meditación. Dedica tu cuerpo y mente a la búsqueda de Dhamma. Usa tu corazón como una antorcha para iluminar el camino. Sé firme en el camino, y trascenderás el sufrimiento. Como ser humano, deberías procurar ser virtuoso y nunca menospreciar la importancia del Dhamma.

Mantén la moral de la virtud y medita con diligencia. No cuesta ni un centavo. Evita ser perezoso. Cuando la calma y la visión penetrante están completamente desarrollados, la mente estará muy lejos de la impureza. Renuncia a todos los apegos y trasciende el mundo del sufrimiento. El resultado es Nibbana.

Date prisa y establece un refugio seguro dentro de ti mismo. Si no lo haces, cuando mueras, tu corazón no tendrá ninguna base firme a la que recurrir. Todos los seres vivos, sin excepción, experimenta nacimiento y muerte. Cada persona que nace tiene que morir y renacer una y otra vez en un ciclo continuo de sufrimiento y penurias. Personas de todas las edades y estatus sociales son iguales a este respecto. Tal vez muramos por la mañana, tal vez por la noche, no lo sabemos. Pero podemos estar seguros de que la muerte llegará cuando haya llegado el momento.

Nacemos y morimos una y otra vez. Nacimiento, envejecimiento y muerte se siguen el uno al otro. Al ser descendientes de Buddha, no debemos vivir nuestra vida sólo para pudrirnos y descomponernos sin haber encontrado nada genuino dentro de nosotros mismos. Cuando llegue la muerte, muere bien, muere puro. Muere soltando el cuerpo y la mente, dejándolos sin apego. Muere en contacto con la verdadera naturaleza de las cosas. Muere tras las huellas del señor Buddha. Muere así y conviértete en "inmortal".

¡Escúchame! No te limites a comer y dormir como un animal común. Asegúrate de seguir desengañado de la vida mundana y teme de manera saludable todos los nacimientos en el futuro. Abre tu corazón a la verdadera felicidad. No te limites a sentarte sin hacer nada, mantente vigilante sobre las cenizas humeantes de tu vida.

El conocimiento sobre el mundo en que vivimos puede ser útil, pero ningún otro conoimiento se compara con el conocimiento verdadero de ti misma. El entendimiento que surje a través de nuestro ojo físico es muy diferente del de nuestro ojo espiritual interior. La comprensión superficial que obtenemos de pensamiento y reflexión no es la misma que la comprensión profunda nacida de la penetración en la verdadera naturaleza de algo.

Alguien preguntó una vez a Ajaan Mun: "¿Qué libros estudian los monjes que meditan en el bosque?". Su respuesta fue:" Ellos estudian con los ojos cerrados, pero la mente despierta." Tan pronto como me despierto por la mañana, mis ojos son bombardeados por formas; de modo que investigo el contacto entre el ojo y la forma. Mi oídos son golpeados por los sonidos, mi nariz por los aromas, y mi lengua por sabores; mi cuerpo siente calor y frío, duro y blando, mientras mi corazón es asaltado por pensamientos y emociones. Investigo todas estas cosas constantemente. De esta manera, cada una de mis facultades de sentidos se convierte en un maestro; y estoy aprendiendo Dhamma todo el día sin interrupción. Depende de mí en qué sentido elijo centrarme. Tan pronto como estoy centrada, trato de penetrar en su verdad. Así es como Ajaan Mun me enseñó a meditar.

El cuerpo es un importante objeto de deseo; y el apego resultante es una impureza tenaz. El sufrimiento es la consecuencia. Para superarlo, concentra tu atención en la decadencia y la desintegración del cuerpo humano de modo que la mente esté claramente disgustada con la condición humana, bien cansada de la verdadera naturaleza del físico humano. Cuando el rechazo a la forma física se hace más fuerte, la ligereza y el brillo de la mente se vuelven más prominentes. El cuerpo humano es un montón de carne y huesos, dos pies de ancho y seis pies de largo, que está cambiando a cada momento. Ver el sufrimiento causado por nuestro apego al cuerpo, es la visión penetrante inicial que centra nuestras mentes en el Dhamma. Aquellos que ven el cuerpo tienden claramente a entender el Dhamma rápidamente.

Cuando ocurren cosas extrañas e inusuales durante tu meditación, simplemente deja que sucedan. No te apegues a ellas. Estas cosas son, en realidad, un enfoque al exterior y se deben soltar. Déjalas y sigue – no te aferres a ellas. Todos los reinos de la conciencia se originan en la mente. El cielo y el infierno se originan en la mente. Pretas y devas, laicos, gente, monjas todos los seres vivos se originan en la mente. Por eso, es mucho mejor centrarte exclusivamente en tu propia mente. Allí encontrarás todo el universo.

En una piscina completamente inmóvil y con agua cristalina podemos verlo todo con claridad. El corazón en reposo absoluto está en calma. Cuando el corazón está en calma, la sabiduría aparece con facilidad, con fluidez. Cuando la sabiduría fluye, la comprensión clara sigue. La naturaleza impermanente, insatisfactoria e insustancial del mundo se ve en un golpe de visión penetrante, y nos hartamos de nuestro apego a esta masa de sufrimiento y aflojamos nuestro agarre. En ese momento de frescura, los fuegos en nuestro corazón se reducen, mientras la liberación del sufrimiento surge de manera natural por su propia cuenta. Esta transformación se produce porque la mente original es, por su propia la naturaleza, absolutamente pura y sin impurezas. La pureza es su estado normal. Se mancha sólo porque acepta intromisiones externas, que a su vez causan emociones como la tristeza y la alegría que proliferan hasta que la mente se vuelve

totalmente ciega a su naturaleza propia y verdadera. Al final, es inundada con las turbias aguas del mundo, nadando como loca en su propia piscina del deseo.

Todo es creado por nuestras mentes. Los ojos ven imágenes, los oídos escuchan sonidos, la nariz huele aromas, la lengua gusta sabores, el cuerpo siente sensaciones, y el corazón experimenta emociones. Pero la mente se da cuenta de todas estas cosas. Las conoce y piensa en ellas, imaginándose que son esto o aquello. Si nuestra atención pura y sabiduría son fuertes, podemos ver estas creaciones para nosotros mismos. Pero la mayoría de las veces, las impurezas nos llevan consigo, arrastrándonos en su caudal, en su impulso natural poderoso. Antes de darnos cuenta de lo que ha sucedido, nos enojamos, sentimos codicia, nos dejamos engañar o presumimos de algo - porque hemos sido engañados por las impurezas. Así que, por favor, observar el flujo y reflujo de las influencias profanas con cuidado. No dejes que te engañen tan fácilmente. Cuando estemos lo suficientemente capacitados para seguir sus movimientos de cerca, podemos transformar su fuerza negativa en energía espiritual positiva.

Lucha con diligencia y se paciente. El ritmo de tu progreso depende en gran medida de las tendencias virtuosas acumuladas en el pasado y de la cantidad de esfuerzo que pones en este momento en la meditación sentada y caminando. Así que cultiva siempre virtud y nunca dejes que malos pensamientos entren en tu mente. Cuanto más practiques de esta manera, más clara será la presencia de tu mente, más completa será tu comprensión. Cuando el conocimiento sobre tu propia naturaleza verdadera crece y florece en tu corazón, el final del largo camino de sufrimiento poco a poco vendrá a la vista.

Pero si eres negligente en el cultivo de tu atención y sabiduría inherentes, esforzándote a medias, indiferente a la verdad sobre ti mismo, los obstáculos en tu camino crecerán y se multiplicarán hasta tapar todas las vistas del camino, dejando el final del camino para siempre en la oscuridad.

La gente dice que quiere ir a Nibbana, así que estiran sus cuellos y miran hacia la inmensidad del espacio. No se dan cuenta que no importa cuán lejos y bien miren, aún no pueden encontrar Nibbana. Simplemente no se encuentra en el reino de la realidad convencional.

Las prácticas que he mantenido durante todos estos años no son fáciles de realizar -son extremadamente difíciles. He soportado muchas dificultades para poner a prueba mi determinación y mi resistencia a lo largo del camino. He aguantado sin alimentos durante varios días. Me he negado a acostarme para dormir durante muchas noches. La resistencia se convirtió en el alimento para nutrir mi corazón y la diligencia se convirtió en la almohada para descansar mi cabeza. Pruébalo tu misma. Pon a prueba tu determinación. Pronto descubrirás el poder misterioso de tu propia mente.

Sé una monja en el sentido más verdadero. No quieras echar a perder tu vocación mezclándote con la arenilla maloliente de la vida mundana, así que no mires hacia atrás,

con nostalgia por tu hogar y tu familia. Evita ser una monja perezosa que habla mucho y pide favores. Conténtate siempre con vivir una vida sencilla, y nunca tengas miedo a la muerte. Nunca hables de asuntos indecentes; en vez de ello habla de cuestiones con fondo real. Mis monjas siempre deben comportarse correctamente. Si realmente deseáis ser mis discípulos, prestad atención a lo que digo. Cuando me quejo de vuestro comportamiento, entended que estoy enseñándoos a seguir siempre mi ejemplo, hagáis lo que hagáis.

Vosotros que habéis venido aquí para ser mis discípulos, haced el esfuerzo para convertiros en seres humanos ejemplares. Sed monjas hermosas, pacientes en vuestra perseverancia de las dificultades y diligente en vuestra práctica de meditación, siempre con el objetivo de aprender la verdad acerca de vosotros mismos.

Mis discípulos deberían confiar en el camino del Señor Buddha, centrándose intensamente en cada paso hacia adelante. No os preocupéis por oportunidades perdidas del pasado ni anticipéis recompensas futuras. Tales pensamientos sólo os engañarán. Luchad contra cualquier tendencia a la pereza - no os entreguéis simplemente a vuestras almohadas. Observad vuestras mentes diligentemente y buscad la verdad dentro de vuestros propios corazones.

Antes de hacer una pregunta, buscad la respuesta dentro de vosotras mismas. Si buscas, a menudo encontraréis la respuesta por vuestra cuenta.

En la práctica del buddhismo, debes encontrar tu propio camino. Depende de ti buscar y descubrir la manera de trascender el sufrimiento. La forma correcta de buscar es mirar dentro de ti mismo. El camino está en el interior de los corazones y las mentes de cada uno de nosotros. Así que sé fuerte y sigue siendo diligente hasta llegar al destino final.

La gente sufre porque se agarra y no suelta. Abrigan malas intenciones y mala voluntad, y no las sueltan. El sufrimiento les sigue a todas partes. Así que debes investigarte y aprender a soltar.

No dudes del valor de la práctica de la meditación. No subestimes tus habilidades. Conténtate con cualquier progreso conseguido, porque representa parte de la verdad de quién eres. Como tal, es algo en lo que puedes confiar. Ten en cuenta quién eres realmente: ¿Quién es el que nace, se enferma, envejece y muere? Tu cuerpo, tu mente, tu vida -éstos no te pertenecen. No manches tu verdadera naturaleza con el sufrimientos del mundo.

Desde el día en que me ordenaron monja, nunca he dejado de limpiar mi corazón de las impurezas. Estoy constantemente consciente de que tengo que pulir y refinar mi naturaleza básica.

Sólo el verdadero sabio puede refugiarse en la sombra fresca de los tres árboles Bodhi, el Buddha, el Dhamma y el Sangha.

Acerca del Autor

Bhikku Sīlaratano nació como Richard E. Byrd, Jr. en Winchester, Virginia en 1948. Comenzó su vida como monje buddhista en 1975 en Bangalore, India, donde fue ordenado como novicio por el Venerable Buddharakkhita Thera. Cuando todavía era un novicio, se trasladó a Sri Lanka, tomando la ordenación como bhikkhu en Sri Vajiragnana Dharmayatanaya en Maharagama en junio de 1976. A principios de 1977, Bhikkū Sīlaratano viajó a Tailandia, donde fue ordenado en el Dhammayutha Nikāya en Wat Bovornives Vihāra en Bangkok, el 21 de abril de 1977. Pronto se trasladó al monasterio en el bosque de Baan Taad, en la provincia de Udon Thani, donde ha estado viviendo y practicando bajo la tutela del Venerable Ajaan Maha Boowa Ñāṇasampanno y sus discípulos mayores desde entonces. Otros libros de Bhikku Sīlaratano incluyen *Ācariya Mun Bhūridatta Thera: una biografía espiritual* y *Arahattamagga Arahattaphala: El camino para convertirse en Arahant*.

Otros libros de Publicaciones Forest Dhamma Books (en inglés):

Venerable Mun Ācariya Bhūridatta Thera – *A Spiritual Biography*, Paṭipadā – *Venerable Ācariya Mun's Path of Practice*, Arahattaphala Arahattamagga – The Path of Arahantship, Venerable Ajaan Khao Anālayo – A True Spiritual Warrior, Wisdom Develops Samadhi – A Guide to the Buddha's Meditation Method, A Life of Inner Quality – A Comprehensive Guide to Buddhist Practice, Forest Dhamma -A Selection of Talks on Buddhist Practice, The Dhamma Teaching of Ācariya Maha Boowa in London, Amata Dhamma – Six Talks on Dhamma, Things As They Are – A Collection of Talks on Training the Mind, Straight from the Heart – Talks on the Practice of Meditation

Para descargas gratuitas, por favor visitadnos en:

www.Forestdhamma.org

Contáctanos en:
fdbooks@gmail.com

[En el reverso del libro]

Mae Chee Kaew (1901 – 1991) era una mujer del campo que vivía una vida sencilla en un pueblo en la región noreste de Tailandia. Superó grandes dificultades durante su empeño en abandonar la vida laica y seguir el noble camino de Buddha. Fue bendecida con la buena suerte de encontrarse con los maestros de meditación más excelentes de su época cuyas enseñanzas llevó a la práctica de todo corazón. Mae Chee Kaew cultivaba en su corazón con gran diligencia una atención clara y espontánea. Su persistencia, valor y sabiduría intuitiva hicieron posible que superara los límites convencionales – tanto los que le eran impuestos por el exterior como los interiores – así pudo encontrar la libertad de nacimiento, vejez, enfermedad y muerte.

Mae Chee Kaew es una de las pocas Arahant femeninas de la época moderna que conocemos y es testigo de que todos los seres, independientemente de su raza, sexo o clase social, pueden llegar a la meta de Buddha – completa y suprema iluminación.